



**EL CLUB DE LOS CABALLEROS: UN ROMANCE  
DE LA GUERRA CIVIL DE CLARA ADCOCK**

**PRISCILLA STUART**

El club de los caballeros:  
un romance de la guerra civil de Clara Adcock  
por Priscilla Stuart

Traducido del inglés por Priscilla Stuart

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es totalmente casual.

Derechos de autor en inglés © 2017  
Derechos de autor en español © 2019  
Arte de la cubierta por Priscilla Stuart  
Imagen de portada cortesía de 123RF

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en ningún formato impreso o electrónico sin permiso.

Para J.M., con amor y gratitud.

"A todos nosotros, en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular, intransferible y precioso" - Octavio Paz

## Capítulo uno

Una lluvia repentina cayó en Richmond, Virginia, ese día de verano de 1864, el segundo año de la guerra de agresión del norte, que sorprendió a las mujeres del público en la plaza del capitolio y las obligó a regresar a sus casas indecentes. Dentro del burdel en la calle Décima, la señora de la casa se sintió distraída por la tormenta que azotaba la ventana de la habitación en la que estaba sentada. Pero fue solo una distracción momentánea. Volviendo su atención al trío frente a ella, Clara A. Adcock retomó su papel como audiencia al servicio de uno de los detectives fuera de servicio de la ciudad. Este oficial en particular era un flaunter bien conocido. El hecho era que le gustaba que lo vigilaran durante sus indiscreciones sexuales y, en este día de verano, Clara había aceptado complacerlo. Ahora estaba sentada cómodamente en una silla de color rojo lujoso mientras una de sus chicas favoritas se llevaba la verga rosada del detective a la vez que otra chica bajaba los muslos separados sobre la cara ansiosa del oficial. Se moverían las lenguas, pensó maliciosamente Clara, si tan solo lo supieran. Y ellos lo hicieron.

Al día siguiente, El Investigador de Richmond publicó la historia de lo que había sucedido a continuación.

"La incursión en la calle Diez", decía el titular. "Clara Anne Adcock, una persona blanca y propietaria de una casa mal gobernada en la calle Décima llamada El paraíso de Eva, fue arrestada el 20 de agosto bajo el cargo de que su propiedad fue utilizada como un lugar de recurso por clientes indecentes. También fueron arrestadas cinco hembras blancas y una hembra de color libre. Un esclavo varón de color no fue detenido.

"La señorita Adcock fue acusada en el tribunal de circuito de Richmond por mantener una casa indecente y por el cargo de conducta desordenada. Ella fue representada en el tribunal por el aclamado abogado criminalista, Don Ricardo Mansfield. Sin embargo, la señorita Adcock fue declarada culpable y multada con 2,000 dólares Confederados y sentenciada a 540 días en la prisión de Castillo del Trueno".

¡Quinientos cuarenta días! El juez había hecho un ejemplo de ella en lo que claramente era un gesto político para apaciguar a la población ofendida de Richmond. Si Clara cumpliera su condena completa, sería el quince de febrero de 1866 antes de que la vieran liberada. Clara temía que nunca sobreviviría al paso insoportablemente lento del tiempo dentro de las tristes paredes

manchadas de moho donde ahora se encontraba prisionera. Ella había servido solo cuarenta días hasta el momento dentro del Castillo del Trueno, y ya había perdido el brillo en sus mejillas y el descaro en su paso. Hace apenas unas pocas semanas, ella había caminado sobre alfombras de Bruselas y se había sentado en mesas de mármol, bebiendo champán Piper-Heidsieck importado de Francia. ¡Qué diferente es esta litera de madera en bruto de su colchón caro y cojín de plumas! Se sentía desesperada.

Su única esperanza era un perdón, si el presidente Jefferson Davis pudiera encontrar en su corazón perdonar a una mujer común cuyo supuesto pecado simplemente estaba tratando de ganarse la vida. ¿Y por qué no se debe considerar a una prostituta como una trabajadora como cualquier otra? ¿Como una enfermera, proporcionando cuidado y comodidad a los soldados y hombres de Virginia? Incluso el estado de Tennessee había visto la sabiduría en este enfoque más razonable de lo que no era, como se decía, "un gran mal social". En Nashville, se decía que los burdeles estaban regulados como empresas bien administradas. Ella deseó los líderes cívicos de Richmond pudieran enfrentarse a lo que eran: hipócritas a los que les gustaba montar a una muchacha bonita y luego arrestarla cuando terminaron.

Ella sabía que era verdad por experiencia. Quince años antes, Clara había comenzado su carrera trabajando dentro del Hotel de Intercambio bajo la guía de Lucy Hart, una de las courtesanas exitosas de Richmond. Lucy, a quien Clara pensaría siempre como "la dama del pavo real" por los colores brillantes que vestía, le había enseñado a Clara todo lo que necesitaba saber para convertirse en una cortesana muy deseada. Lucy le había enseñado a Clara cómo hablar, cómo bajar la voz y enunciar como un aristócrata.

Ella le había dado el libro de los modales de Clara Beadle y la había hecho memorizar sus reglas de etiqueta. Lucy le había enseñado a Clara a leer no solo las noticias locales, sino también el Tribune de Nueva York para poder conversar con los caballeros sobre los temas que les interesaban: política, negocios, deportes. Lucy dio sus volúmenes de poesía y obras para memorizar, Shakespeare y Shelley y Baudelaire. Clara había aprendido tan bien sus lecciones que en menos de una década había ahorrado suficiente dinero para comprar su propio negocio, una residencia en calle Diez. Clara había llamado a su casa el Paraíso de Eva.

El Paraíso de Eva era un lugar donde las mujeres estaban a cargo, no los hombres. Siempre había habido redadas, pero en los últimos tiempos la policía se había vuelto más firme en cuanto a hacer cumplir la ley (aunque

todavía estaban encantados de llenar sus bolsillos con el dinero del soborno de Clara, por todo el bien que le hizo ahora). Todo estaba en nombre de la Decencia Pública, como si los buenos hijos de la Confederación tuvieran tal noción. Oh no, la culpa tuvo que caer en algún lugar y, como siempre, no cayó sobre los hombres sino, en cambio, sobre las damas de la noche.

Ahora, asentada en su miseria dentro de la prisión del Castillo del Trueno, Clara se llevó la pluma al papel y escribió la fecha: 14 de septiembre de 1864.

"Mi president honorable", comenzó ella. "Yo digo mi, porque no tengo otro. Vengo a usted una mujer sencilla cuyo futuro se ve muy triste. Vengo a usted, la reliquia de una dama que ha pagado la pena por sus malas acciones, si se equivocó. Vengo a usted mendicidad.

"Dicen que deshonro a los buenos hombres de Virginia. ¿Una madre hace daño a su hijo, un hijo a su madre? El sur es mi madre. No le hago daño a ella, ni a sus hijos. Su gloria es mi orgullo. La miro como un pájaro herido en busca de socorro.

"Yo he sufrido. ¿Puedes sentir por mi sufrimiento? Déjame ir para que pueda pasar el resto de mis días sin problemas en esta ciudad que llamo mi hogar. Dios conoce mi corazón. Rezo para que tengas piedad de esta criatura abandonada.

"Respetuosamente, su obediente sirviente, Clara Anne Adcock".

¿Era eso lo suficientemente humilde? ¿Se había postrado lo suficiente a los pies del gran Jefferson Davis? Presidente o privado, comandante o convicto, los hombres necesitaban sentirse superiores al sexo más justo. No fue bueno discutir el punto. Un hombre siempre vería a una mujer como la costilla de Adán. A veces, el curso más sabio era simplemente rogar como una mujer lamentable y orar por misericordia. Una rata pasó apurada, posponiendo su inevitable destino como la cena de alguien. Señor presidente, Clara pensó miserablemente, le ruego.

Miserable, en efecto. La prisión era verdaderamente un lugar miserable. El almacén de ladrillos de tres pisos de dos pisos y un gabinete, una vez fue conocido como la Fábrica de Tabaco de Green. Durante el verano de 1862, la fábrica se convirtió en una prisión cuando las cárceles existentes en Richmond se habían llenado demasiado para dar cabida a todos los nuevos prisioneros que entraban en la ciudad. Después de la conversión apresurada, una variedad de prisioneros de guerra, delincuentes comunes y personas sospechosas fueron lanzadas juntas. Entre ellos se encontraban algunos

desafortunados de los muchos prostitutas de la ciudad: las hussies, las chicas holandesas, los ángeles caídos, las chicas elegantes o las hijas de Eva, como también se las conocía. Últimamente se les había llamado de otra manera: “hookers,” el apodo dado a los seguidores del campamento del mayor general José Hooker, el yanqui.

Cada pocas semanas en Richmond, unas pocas prostitutas desafortunadas fueron víctimas de una redada policial. Siempre fueron las mujeres las que fueron arrestadas, nunca los hombres, la mayoría de los cuales eran soldados, políticos y miembros respetados de la sociedad educada. Todos sabían que los barridos eran para mostrar, y sin embargo, el castigo era lo suficientemente real. Era una situación imposible. Clara estaba condenada si rechazaba a los policías que aparecían en su puerta y condenada si los dejaba entrar. ¡Hipócritas!

Se rumoreaba que el peor hipócrita de todos era el hombre a cargo del Castillo del Trueno, el capitán James Arnold Hamilton. Corrompido, dramático, vano, esas fueron las palabras que se escucharon con más frecuencia al describir al rastrillo sumamente guapo que se vestía como un pirata. De hecho, se creía que el capitán Hamilton alguna vez había sido un pirata. Después de muchos años en la marina de los estados unidos, se dijo que el capitán Hamilton renunció en 1861 para unirse a una banda confederada para robar los barcos yanquis y navegarlos desde la bahía de Chesapeake hasta Richmond. Los oficiales de Virginia se dieron cuenta de la joven y audaz Rebelde, y un año más tarde se le ofreció al capitán Hamilton el puesto de comandante sobre la prisión de Libby, pobremente administrada y desbordada en Richmond. Aprovechando la oportunidad, volvió a bautizar la prisión del Castillo del Trueno, un nombre que esperaba transmitiera una imagen de "venganza olímpica". Hamilton advirtió que quería que sus prisioneros fueran "atónito".

El trueno y el relámpago y todo el drama teatral de la vida de un pirata, ese fue el extravagante capitán Hamilton. Se decía que era un disciplinario cruel con un corazón tan negro como la ropa que usaba habitualmente. Clara lo había visto en alguna ocasión, vestida siempre con pantalones negros ajustados, botas negras y una camisa negra suelta. A veces le había añadido una faja roja brillante en la cintura. Inevitablemente, llevaba un cinturón negro grueso con una gran hebilla de plata. De la correa colgaban una pistola, un cuchillo Bowie, un juego de esposas y una mochila de cuero en un cordón.

Aunque el Capitán Hamilton no era un patrón del Paraíso de Eva, él

era el tipo de hombre que Clara conocía muy bien. Si los instintos de Clara eran correctos, el Capitán Hamilton era el tipo de bestia que necesitaba someter a una chica a su voluntad, del tipo que saboreaba la sensación de una palmada en el trasero rosado y tierno. Ella lo tomó por un sádico, como el Marqués de Sade. Sí, ella conocía su tipo. Y Clara fue lo suficientemente inteligente como para saber cómo interpretar a Justine para el capitán Hamilton de Sade, si se trata de eso. Si sirviera a sus propósitos, Clara haría cualquier cosa para satisfacer los oscuros deseos de un hombre.

Ella incluso rogaría, como lo hacía ahora. El presidente Davis no estaba sin piedad, había oído. El era ineficaz, dijeron algunos en la intimidad de las sábanas de satén. Premió a sus amigos con puestos militares de alto rango, incluso cuando hombres más calificados hubieran servido mejor a la causa. El presidente Davis evitó el conflicto y se mostró indeciso. Pero él no era cruel. Seguramente él tendría lástima de ella.

Hoy era miércoles, el veintiocho de septiembre de 1864. Tal vez hoy ella escucharía buenas noticias. Clara acababa de terminar su magra porción de cerdo para la cena cuando un centinela fornido y de cuello grueso se acercó a los barrotes de hierro que separaban el ala de las mujeres del resto de la prisión. Al girar una llave grande en la cerradura, abrió la puerta y gritó: "¡Clara Anne Adcock! Clara Anne Adcock!

"Aquí", respondió Clara, dando unos pasos tentativos hacia su guardián.

Los ojos del guardia se abrieron de par en par antes de que descansaran sobre Clara en reconocimiento de lo que vio. A pesar de la pobreza de sus circunstancias, Clara se comportó con un aire de elegancia y clase. Al jalar su largo cabello negro hasta el hombro en un moño, se había enmarcado la cara: la piel pálida sin manchas, los ojos azules, la nariz de botón, los labios ni demasiado delgados ni demasiado llenos, y la barbilla pequeña. Llevaba un sencillo vestido de día color ciruela, de estilo victoriano. En sus delgados pies llevaba un par de botas de tacón bajo.

"Un momento, señor, si me lo permiten", ella dijo.

Se inclinó para alcanzar la bolsa de alfombra con estampados de rosa que su esclavo Scopio había podido entregarle en la cárcel. Se quitó un par de guantes negros y se metió las manos en el suave cuero. Mantuvo la cabeza en alto mientras seguía al centinela por un pasillo de ladrillos a través de tres arcos y dos puertas más cerradas. Cada celda que pasaban contenía prisioneros, hombres barbudos con ojos desesperados que gritaban y silbaban

mientras ella pasaba.

“¡Silencio!” Gritó el centinela, una y otra vez.

Pero la visión de una mujer hermosa necesitaba más que una reprimenda para ser silenciada. En secreto, a Clara le agradó la atención, aceptando la raqueta como un cumplido grosero.

Por fin llegaron a la puerta de madera maciza que era su destino. Al desbloquearlo, el guardia lo abrió y esperó hasta que Clara hubiera entrado. Detrás de ella, oyó el giro de la llave en la cerradura. La habitación estaba vacía de habitantes, pero Clara sentía como si hubiera entrado en otro mundo. De alguna manera, en medio de la miseria del Castillo de los Truenos, el Capitán Hamilton había creado un espacio refinado con buen gusto. Tomando lo que una vez había sido la oficina de negocios de la fábrica de tabaco, el comandante había transformado la habitación en un salón de caballeros. El piso de madera estaba cubierto con una gran alfombra persa, de color rojo óxido y crema con un diseño de medallón. El rojo combinaba exactamente con el color de una media docena de sillas victorianas con respaldo de cuchara, tapizados en mechones y brazos enrollados plisados. Entre las sillas había mesas laterales, con lámparas de cristal que brillaban suavemente. Directamente enfrente de ella, contra la pared, había un piano cuadrado de Stieff en madera de cerezo pulida.

En el extremo más alejado de la sala, en un rincón discretamente oscuro, Clara vio un sofá de dos asientos con respaldo de serpentina y una tela de color crema. Clara notó tales detalles. Como empresaria, se había acostumbrado a respetar el valor de las cosas buenas. A su derecha, en la parte superior de un gabinete, había tres botellas de whisky Tennessee, vasos de cristal y una caja amarilla de puros Marsh Wheeling. Junto al armario había otro sillón, mucho más grande que los otros, hecho de cuero que había sido teñido de rojo sangre. Su caoba había sido tallada en patas de carbriol con pies que se asemejaban a las patas de animales salvajes.

Esto, Clara lo sabía sin lugar a dudas, era la silla del capitán Hamilton, su trono. Detrás de la silla en la pared había un espejo ovalado enmarcado, que reflejaba la imagen de Clara. No había visto su imagen en un espejo desde que la habían llevado al Castillo del Trueno y ahora estaba consternada por lo que veía. Su rostro estaba demacrado. Ella había perdido peso. ¡Pero por supuesto! ¿Quién no lo haría? ¿En una dieta a base de cerdo? Justo en ese momento, oyó de nuevo el giro de una llave en la cerradura cuando se abrió la puerta de la sala. El capitán Hamilton entró. Como el

mismo Cristo, pensó Clara. ¡Si hubiera habido agua, el habría dado un paseo!

Entró en la habitación con sus pesadas botas negras. Era alto, tal vez un pie más alto que ella, y su camisa negra y sus pantalones negros conspiraban para que pareciera un hombre diabólico. Afeitado con un corte de soldado de su cabello negro medianoche, el Capitán Hamilton era ancho en los hombros, estrecho en la cintura y las caderas. Un verdadero caballero no tenía necesidad de músculo, los hombres de la clase baja los desarrollaron naturalmente de su trabajo, pero Clara sintió que debajo del atuendo que fluía del Cap. Hamilton acechaba un ser primordial y musculoso.

"Señora", dijo él, asintiendo.

Ella asintió a su vez. "No estoy casado, señor", respondió ella.

"Señorita", corrigió. "Por favor tome asiento."

Echó un vistazo a una de las sillas más pequeñas, la más cercana al armario de licores. Clara se ajustó la falda y se sentó, con gracia. El capitán Hamilton se sentó en "su" silla, su trono de cuero, tal como ella había sabido que haría. Mientras lo hacía, sacó un sobre del bolsillo trasero de su pantalón. En ella, Clara vislumbró la bandera confederada. Volcando el sobre, el capitán Hamilton usó su cuchillo Bowie para cortar la cera de sellado en la parte posterior.

Desplegando el contenido, levantó una pieza de papelería fina en la que se escribían letras fluidas y cursivas. Leyó en voz alta, "26 de septiembre de 1864. Estimada señorita Adcock..."

El capitán Hamilton hizo una pausa para apartar la vista de la carta, directamente a Clara. Sus ojos eran profundos, fieros y oscuros, tan profundamente marrones que eran casi negros. Él tenía labios atractivos. Estaban más llenos que muchos de los hombres, sensuales y muy atractivos. Casi como la de Scopio, que Clara siempre había admirado por su plenitud. No había nada menos atractivo que un fino par de labios. A diferencia de muchos en su profesión, a Clara le encantaba besar. Le encantaba sentir la boca de un hombre contra la de ella, la presión hambrienta de su deseo contra sus labios. Y siempre era más agradable besar a un hombre guapo. El capitán Hamilton era uno de los hombres más hermoso que había conocido. Él continuó.

"He considerado este día cuidadosamente tu petición del catorce de septiembre. El poder de perdonar a los delincuentes convictos es una de las autoridades más profundas otorgadas al Presidente de los Estados Confederados de América. Asumo mi responsabilidad con la mayor seriedad.

“Una condición para la liberación es que el criminal es de buen carácter o ha visto el error de sus formas. Desafortunadamente, no encuentro evidencia de tal carácter ni cambio indicado en su carta. Por lo tanto, lamento informarle que no califica para un perdón.

“Espero que use su tiempo durante su encarcelamiento para examinar bien los contenidos de su corazón y mente.

"Atentamente, Jefferson Davis, Presidente C.S.A."

El capitán Hamilton miró de nuevo a Clara y luego miró el documento. Devolviendo la carta a su sobre, la colocó en el gabinete.

Plegadizo sus grandes manos en su regazo, la estudió por un momento de tranquilidad. Clara sintió su decepción en silencio. Por primera vez desde que había entrado en el salón, se dio cuenta del aire en la habitación. Ella se sentía el aire sofocante. De hecho, las ventanas industriales habían sido cubiertas con cortinas cosidas de terciopelo negro que se extendían hasta el piso. Clara inhaló y cerró los ojos. La sala olía dulce y sudorosa, como whisky y humo de cigarro y algo más que ella reconocía: el sexo.

"Me temo que son malas noticias", dijo el capitán Hamilton en voz baja. Clara abrió los ojos.

"Sí, lo es", dijo ella, manteniendo su tono tan desapasionado como el suyo. Cruzó una pierna sobre la otra, un gesto que solo un hombre podía hacer sin implicar algo impropio. Cuando una mujer hizo el mismo movimiento, incluso debajo de una falda de aro, quedó bastante claro que estaba coqueteando con el caballero.

"Por supuesto que deja tu sentencia de prisión intacta. Has cumplido treinta y seis días con nosotros aquí en Castillo del Trueno. Según mis cálculos, eso deja quinientos cuatro días para ser atendidos". Clara sintió que se desmayaría. ¡Quinientos cuatro días por servir! Ella moriría aquí en el Castillo del Trueno. El capitán Hamilton pareció leer sus pensamientos.

"Pero creo que tengo una solución a su problema", dijo. Involuntariamente, sintió que sus ojos se ensanchaban.

"¿Oh?" Ella respondió. "¿Y qué podría ser eso?"

Ahora hizo una sonrisa, una amplia sonrisa mostrando dientes finos, rectos y blancos. Clara detectó pequeñas líneas de risa alrededor de sus ojos y se preguntó su edad.

"Bienvenido al club de los caballeros", dijo. "Permíteme explicarte. A pesar de lo que se rumorea de mí, no soy un monstruo. Soy el primero en admitir que las condiciones en Castillo del Trueno no son como deberían ser.

Aquí alojamos a casi mil prisioneros, y la mayoría de ellos viven en condiciones que solo pueden describirse como deplorables. Duermen en pisos descubiertos en celdas superpobladas. Subsisten con un poco de pan y sopa infestada de gusanos. Sus vidas son una miseria. Pero algunos de nuestros prisioneros viven muy bien. Son miembros de lo que yo llamo el club de los caballeros".

Hizo una pausa para el efecto. Era cierto lo que ella había oído. Realmente fue bastante dramático.

"Poco después de asumir mi puesto aquí como comandante del Castillo del Trueno, me di cuenta de que algunos de nuestros prisioneros, la mayoría de nuestros huéspedes yanquis, habían sido bendecidos con amigos y familiares que se preocupaban por su bienestar. Estas buenas personas habían estado enviando paquetes a través del correo que contenían regalos de comida, monedas de oro y dinero del dólar. Por supuesto, como director de la prisión, estoy obligado a revisar todos los paquetes en busca de contrabando".

"Por supuesto", comentó Clara.

El capitán Hamilton continuó. "En consecuencia, pensé, ¿por qué no evitar a estos caballeros los caprichos de la desgracia? Si hubiera una manera de que ellos mejoren sus circunstancias, ¿ellos no serían tontos eludir esa propuesta?"

"Lo harían", coincidió Clara.

"Cada hombre tiene su precio", citó el capitán Hamilton.

"¿Shakespeare?"

"Señor Roberto Walpole", corrigió. "Y así decidí ofrecerles a estos prisioneros una manera de mejorar su posición. Por un precio, estos señores podrían cumplir sus sentencias con relativa comodidad".

"Ay", comentó Clara. "Este es su club".

Su mano barrió la habitación. "Sus habitaciones son más de lo que cabría esperar de uno de los mejores hoteles de Richmond".

"Ya veo", dijo ella.

"Alojamiento fino, placeres finos y placeres horizontales finos también".

"Ay", reconoció ella. "Creo que esa es mi señal para entrar en la etapa correcta".

Por primera vez vio una luz en sus ojos oscuros. Le gustaba el chiste del teatro.

"Sí", él estuvo de acuerdo. "Esa fue tu señal. En verdad, eres tu una

profesional. Desafortunadamente, las damas que he provisto para mis caballeros hasta ahora han sido amateurs o mujeres que no son de su clase. Alguien con tu experiencia es exactamente lo que necesito”.

Clara se sintió sonrojarse. Y luego se sonrojó al pensar que el capitán Hamilton podría hacer que se sonrojara. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que un hombre había podido hacer eso?

"¿Y si estoy de acuerdo?"

"Tu vida mejorará".

"¿Y si no lo hago?"

"Seguirá siendo el mismo. No te castigaré por tu decisión. Independientemente de lo que hayas escuchado, no soy injusto. Solo castigo cuando el castigo es merecido. O requerido. "

Hizo una pausa de nuevo, dejando que sus palabras quedaran en el aire. Él era persuasivo, ella tenía que admitir eso. Había un cierto encanto peligroso sobre el capitán Hamilton.

"Sé que necesitarás tiempo para considerar mi oferta", dijo al fin. Clara pensó por un momento y luego respondió con convicción. ¿Qué elección tuvo ella?

"Yo no", dijo ella. "Estoy encantado de complacerlo, señor, y a los excelentes caballeros de su club".

El capitán Hamilton aplaudió sus grandes manos. Ella notó que sus dedos eran anchos y gruesos.

“¡Bien entonces!” dijo, con más entusiasmo del que ella había escuchado hasta ahora. "Está resuelto".

"Sí", ella estuvo de acuerdo.

"¿Te unirás a mí en una bebida para celebrar? ¿Whisky? ¿Champán?"

¡Champán en la cárcel! Tal vez su estancia en el Castillo del Trueno no sería tan miserable después de todo.

"Champán", dijo ella, dulcemente.

## Capítulo dos

Qué irónico que la ofensa por la que Clara había estado encarcelada sería la misma ofensa que la haría su vida más llevadera dentro la cárcel. Clara fue una sobreviviente, ella de eso estaba segura. Si alguien le preguntara cómo había llegado a esta estación poco probable en la vida, sería fácil de explicar. A los quince años de edad, había dejado que un joven tomara su virginidad sin una oferta de matrimonio. A esa edad, ella había sido demasiado tonta como para prestar atención a las advertencias de su padre, quien le dijo que el niño se estaba aprovechando de una niña ingenua. Clara estaba enamorada.

Ian McShane era el apuesto chico del establo, con más de doce años mayor que ella, en la Escuela Morganton para Sordos y Mudos, donde había sido enviado su hermano sordo. No hubo oportunidades en Morganton, Carolina del Norte, dijo Ian, pero Richmond, Virginia era diferente. Richmond fue una gran ciudad llena de grandes promesas. Ella lo siguió ahí como un cachorro.

Cuando las oportunidades no se presentaron y su dinero se agotó, también lo hizo su amante. Una mañana se encontró sola en el hotel de intercambio. La señora residente del hotel, Lucy Hart, sugirió una forma en que Clara podría pagar su factura. Avergonzada de volver a casa para pedirle perdón a su padre y admitir que él tenía razón, Clara consintió. Fiel a su palabra, Lucy le enseñó a Clara todo lo que la joven necesitaba saber para convertirse en cortesana. Con su rápida lengua, su dulce sonrisa y su pequeña figura, Clara era más popular de lo que podría haber imaginado. Ella fue al sexo como una polilla luminosa a una llama, de modo que ahora, a los treinta años, era dueña de su propia casa y solo atendía a los hombres que deseaba.

Sí, Clara fue una sobreviviente. Y ella sobreviviría a sus circunstancias una vez más. Se sentía un poco mareada por el champán cuando se le ocurrió que el capitán Hamilton estaba retrasando su salida de su salón. ¿Podría ser que este hombre bruto temido por prisioneros y centinelas se sintiera, de hecho, solo?

"¿Puedo contarte un secreto? " preguntó Clara. Se habían movido al sofá y estaban sentados muy cerca uno del otro ahora, bebiendo un segundo—¿o era un tercio?—botella de champán.

"Por supuesto."

"He oído un poco de canción sobre ti. ¿Quieres que la cante?"

"Me encantaría", dijo el capitán Hamilton.

Ella cantó.

"El capitán solía tomar las raciones / Y las vendía todas por dinero / Para que el pudiera ser para las damas/ como un chico amante en Rio de Janeiro. "

Se echó a reír, un profundo sonido de bramido que vibró desde su pecho. "No había escuchado eso. Eso es bueno. Y tienes una encantadora voz de canto, querida."

"Por que gracias."

"Tal vez te perdiste tu vocación", sugirió.

"Y tu, señor, ¿cuál es tu vocación?"

Él suspiró.

"La verdad sea dicha, ya no estoy seguro".

"Si puedo ser tan audaz entonces", comenzó ella, dándose cuenta de que estaba sintiendo los efectos de la bebida burbujeante. "Creo que naciste para el escenario".

"Ah", dijo. "Me temo que el critico de Richmond no estaba de acuerdo. Mi Virginia Cavalier fue muy alabada por los propios soldados, pero, por desgracia, los críticos se mostraron menos entusiastas".

"¿Ese eres tú?" preguntó Clara.

"No yo, no, no aparecí en el escenario. Yo era el dramaturgo".

"¡No!" exclamó ella. Ella cantó de nuevo.

"Bob Roebuck es el nombre de mi novio. / Se fue a las guerras y la Montaña de Esplanada. / Él está luchando por su querida. / Su espada está abrochada".

El capitán Hamilton se echó a reír.

"¡Lo viste!"

"Yo si. Yo si. Y lo disfruté de verdad".

Ella cantó de nuevo. "Cuando Roberto vuelva a casa despues de que termine la guerra / comenzaremos de nuevo en la vida. / Me entregaré a él / y seré su esposa muy ávida".

"Bueno, bueno", se rió el capitán Hamilton.

"Oh, los críticos estaban equivocados. Fue una delicia ", le aseguró Clara.

¿Se sonrojó? Era difícil decirlo en la luz tenue, pero ella creyó ver sus mejillas enrojadas de vergüenza.

"¿Y cómo tienes este talento?", ella preguntó.

Tomó otro sorbo de champán.

"Mi madre. Ella era una actriz. Mi padre también fue actor, aunque no lo recuerdo".

La pregunta estaba en su cara de Clara. El pauso.

"Nos abandonó cuando yo era un niño pequeño. Un año después, mi madre murió de neumonía y me enviaron a vivir con la hermana de mi madre y su esposo, el reverendo Baker en Baltimore".

"¿Dónde estabas antes de Baltimore?" preguntó Clara.

"Boston. Mi madre y yo vivíamos en Boston".

Se aclaró la garganta.

"No me gusta Baltimore. No el señor y la señora Baker. El reverendo Baker fue un ministro en la tradición de John Knox. 'Después de muchas batallas no encuentro nada en mí sino corrupción.' Esa fue una de sus citas favoritas. Lo escuché a menudo".

"Oh querido", Clara la consoló.

"Sí. Me temo que el reverendo Baker tenía una sensación de pecado que no compartí. Nos enfrentamos por algunas deudas en las que había incurrido mientras jugaba, y me fui de Baltimore antes de llegar a la mayoría de edad".

"Y..." incitó Clara.

"Y mentí sobre mi edad y me alisté en la Marina".

"Ay", ella dijo en voz baja.

Sus ojos oscuros parecían nublarse con el recuerdo. ¿Era posible que dentro de este temible hombre todavía hubiera un niño herido? Parecía consciente de los pensamientos de Clara. Sus ojos se enfocaron agudamente.

"¿Y tú?" preguntó, desviando la atención de sí mismo.

"Oh, mi historia es completamente menos interesante que la tuya", le aseguró. "Mi padre es un médico rural en el condado de Caldwell, Carolina del Norte. Mi madre murió cuando yo era niña, de la viruela. Perdí a mi hermano mayor por un accidente minero en California y otro por la guerra con los cherokees. Tengo un hermano sordo en una institución en Morganton y una hermana en San Francisco donde ella siguió a su esposo. El es un tahúr. Mi padre nunca lo aprobó, por supuesto. Pero basta de mí. Prefiero hablar de ti".

"Hermoso e inteligente", comentó el capitán Hamilton.

"Me adulas".

"Y sin embargo, no debemos olvidar lo que eres", dijo con un abrupto

cambio de tono que la hizo detenerse. Clara se erizó y de repente se sintió más sobria.

"¿Y qué podría ser eso?", ella preguntó bruscamente.

"Una cortesana", respondió el capitán Hamilton.

Clara consideró la palabra. La habían llamado peor. De todas las palabras que se le podían lanzar, la cortesana era la menos ofensiva. Una cortesana seguía siendo una prostituta, sí, pero su clientela la levantó de la clase baja de putas.

"Soy una cortesana", estuvo de acuerdo Clara.

"Y esta noche seras mi cortesana", dijo el capitán Hamilton con una certeza que la hizo estremecerse.

Con ese pronunciamiento, el capitán Hamilton desabrochó los botones de bronce de sus pantalones y retiró su verga dura. Clara no estaba sorprendida por su tamaño, era, después de todo, un hombre grande.

"¿Te gusta?", preguntó el capitán Hamilton.

"Sí", respondió Clara, con la verdad.

"¿Lo quieres para tu boca?"

"Sí", dijo ella, de nuevo en verdad.

El capitán Hamilton presionó la cabeza de Clara en su regazo. La cortesana Lucy le había enseñado a Clara que el miembro de un hombre era como una escultura, la carne como arcilla que podía moldear hasta que estuviera satisfecha con su forma endurecida. Lucy le había enseñado a Clara cómo usar su lengua como una artista. Clara había llegado a pensar de esa manera, como una mujer experta en el arte de amar a un hombre.

"Bésalo", ordenó el capitán Hamilton.

Ella bajó los labios sobre la cabeza de su verga y lamió la parte superior del eje y la parte inferior veteada hasta que se levantó en respuesta.

"Chúpalo", él ordenó.

Ella chupo lo tomó en su boca y comenzó lentamente a bombear hacia arriba y hacia abajo, dejando que su verga se deslizara contra la superficie dura y resbaladiza del techo de su boca. Ella sintió su mano apoyada en la parte posterior de su cabeza, ejerciendo una presión constante.

"Bueno", dijo él.

Ella lo tomó de una manera superficial al principio, lamiendo y chupando la punta sensible, todavía respirando con facilidad alrededor de la expansión de su circunferencia.

"Eres una puta", dijo de repente. "¿No es esto cierto?"

¿Una puta? Ella pensó que habían acordado que ella era una cortesana. ¿Pero una puta? Sí, si eso es lo que el capitán Hamilton deseaba que fuera, bueno, sí, sería una puta. Ella haría el rol. Ella asumió que no esperaba respuesta a esta pregunta, dada su preocupación en este momento. Tal vez fue uno de esos hombres que encontraron emoción en burlarse de una mujer durante el acto sexual. Clara acababa de terminar este pensamiento cuando notó otro cambio inesperado en el estado de ánimo del capitán Hamilton. Solo un momento antes había sido el caballero educado que estaba recibiendo un placer especial de una dama. Ahora, abruptamente, se había convertido en un animal, necesitando demostrar su dominio sobre una criatura atrapada.

Él agarró los lados de su cara y empujó su erección profundamente en su boca, alcanzando el tejido que colgaba en la parte posterior de su garganta. Ella se atragantó y sintió que iba a vomitar.

"Te encanta esto", gruñó.

Asfixiándose y sacudiendo la cabeza, ella luchó por recuperar el control. A los pocos minutos ella pudo relajarse lo suficiente como para abrirse para él. Ella sabía cómo hacer esto. No era eso. Simplemente la había pillado desprevenida. Ella se aflojó la garganta. Una película resbaladiza de saliva se formó en su boca. Sabía salado. Él entró y salió con gran necesidad.

"Ay..." gimió.

Ella trabajó en serio en él ahora, tomándolo profundamente. Ella se concentró, aspirando con fuerza cuando él no la estaba llenando y bloqueando sus vías respiratorias. La golpeó como si le hubieran negado este placer durante demasiado tiempo. Cuando por fin ya no pudo contenerse más, emitió un gemido gutural y empujó hasta el fondo, cortando la respiración. Clara sintió que el mundo retrocedía, la habitación en la que estaba sentada, la prisión en la que estaba encerrada. Todo se fue, excepto la fuerza de la verga en su boca y el sonido de su corazón latiendo fuertemente en sus oídos.

Cuando pudo respirar de nuevo, Clara vio que el capitán Hamilton había retirado a su miembro y se estaba abotonando los pantalones. Él la miró con los ojos entrecerrados en lo que ella creía que era la repugnancia. Pero en un instante sus ojos cambiaron de nuevo. Parecía preocupado. Él se agachó y le tocó la mejilla. Sus dedos eran sorprendentemente suaves.

"Eso estuvo así así", dijo.

¿Así así? ¿Así así? ¿Eso fue todo? Clara no estaba segura de cómo responder. En el Paraíso de Eva, ella habría sido insultada por su descaro. Clara le habría mostrado la puerta al caballero. Pero esto no era el Paraíso de

Eva. Esta era la casa del capitán Hamilton. Ella optó por una respuesta más prudente.

"Gracias", dijo ella, simplemente.

"Haremos esto de nuevo", respondió el capitán Hamilton. "Y ofreceré sus servicios a los miembros del club de los caballeros".

Con eso se levantó y salió de la habitación. Un momento después reapareció el fornido centinela para acompañar a Clara de regreso a su celda. Ella se preguntaba qué pensaría él de ella, este taciturno guardia, pero su expresión no revelaba nada más que una cara en blanco de mandíbula cuadrada. Clara se puso los guantes y lo siguió, solo que esta vez, en lugar de caminar en línea recta por el largo camino, giraron a la izquierda y pasaron por otra ala que conducía al patio de hombres. El sol se ponía en algún lugar más allá de las paredes de listones de Madera. El cielo sobre la capital de la Confederación se estaba oscureciendo. ¿Cuántas horas había ella pasado con el capitán Hamilton? Ella había perdido la pista.

No hubo silbidos esta vez, a pesar de que los prisioneros se dieron cuenta de ella. Su atención estaba distraída por la figura de un hombre colgado de un palo. Esta desafortunada alma había sido suspendida por sus pulgares, que estaban atados a una polea. El peso de su cuerpo demacrado había sido levantado hasta que se puso de puntillas. Su cabeza estaba abajo; Clara solo podía ver la parte superior desaliñada. Se había desmayado. Involuntariamente, jadeó Clara.

"¿Cuál fue el crimen?", ella preguntó a la centinela, en voz baja.

El resopló.

"No hay crimen", dijo con voz áspera. "Él se fue contra el capitán Hamilton. Él chocó al capitán de la manera incorrecta, podría decir".

Este fue el lado sádico del Capitán Hamilton, el lado que necesitaba infligir dolor a los demás. Clara tendría que tener cuidado. Siguiendo a la guardia, ellos entraron en una tercera ala de la prisión. Inmediatamente después del primer arco de ladrillos, el centinela abrió una puerta, permitiéndoles acceder a una gran sala abierta con un bloque de celdas a cada lado. Mantuvo la puerta abierta para ella.

Al entrar en su nueva residencia, a Clara le sorprendió su contraste con su celda anterior. Aquí no había pisos de tierra, ni literas duras. No, en comparación, esto era como un hotel respetable. Cada celda ofreció a su ocupante una cama con estructura metálica con colchón, sábanas y manta de lana. También había un sencillo aparador de roble de tres cajones, sobre el

cual se colocaba una lámpara de cristal con una vela de cera de abeja. Igualmente atractivo fue el carro en el que se encontraba una jarra y una cuenca de agua. Las únicas abluciones que Clara había tomado hasta ahora habían estado en una bomba de agua compartida en el patio más pequeño reservado para las mujeres, en el extremo sureste de la prisión.

Sobre la cama de Clara yacía su bolsa de moqueta, su contenido cuidadosamente puesto sobre la manta gris: dos vestidos de falda de falda; ropa interior, una falda, medias, un corpiño y zapatillas de raso. En el carrito estaban sus artículos de tocador: su cepillo para el cabello, su peine, su cepillo de dientes, una lata de pasta de dientes y una barra de jabón de lejía.

"El Buford privado te traerá el desayuno por la mañana", dijo el centinela.

¿Buford privado me traerá el desayuno? Clara pensó. ¿No es el pan duro y la sopa de frijoles en el comedor de mujeres, sino el desayuno que se entrega en esta cámara de damas? Clara se preguntó qué habría en el menú por las rameras de Hamilton. Dejándola en su nueva residencia, el guardia cerró la puerta del arco detrás de él. Las puertas a las celdas individuales quedaron abiertas y sin llave.

Clara todavía estaba disfrutando de la libertad de sus nuevas circunstancias cuando fue sobrepasado por una ola de brazos inesperadamente lanzada a su alrededor. ¡Sus niñas! Aquí estaban Bebé, Gertie, Lil y Marie riendo como colegialas. Y Maggie, de pie con los brazos cruzados, pero con una expresión de satisfacción en su rostro.

"¡Clara! ¡Clara! "

Alguien besó la mejilla de Clara. Alguien más la asfixió en su amplio seno (que debe ser Gertie).

"¿Qué prometiste al viejo Hamilton para conseguir esto?", preguntó la dulce Bebé.

Clara se sacó del nido de brazos acogedores el tiempo suficiente para responder. "Nada que ustedes mismos no harían", respondió ella.

El grupo tittered al unísono.

"Y él no es viejo", agregó Clara.

La mayoría de sus chicas eran muy jóvenes, en esa etapa temprana de la vida cuando pensaban que lo que hacían era malo pero no serio. Ellos aprenderían. A su edad, Clara entendió la naturaleza voluble del macho. Un hombre siempre escogería a un joven compañero en lugar de a una mujer madura de la edad de Clara, treinta. Las chicas de Clara vendían su juventud

junto con sus cuerpos. Lo que no se dieron cuenta fue que una mujer nunca puede separar realmente las dos. ¿Cuál fue el dicho? Si no has capturado a un esposo cuando tienes treinta años, seguramente morirás como una vieja criada.

Clara contó: cinco niñas.

"¿Dónde está Mabel?" preguntó ella.

"Mabel se ha ido", respondió Bebé.

Maggie, la más sensible del grupo, explicó.

"Mabel fue liberada. Parece que la ciudad de Richmond no sabe dónde encarcelar a una mujer de color. No pudieron ponerla en el ala de color con los hombres. Y no la pondrían en el ala de las mujeres, que es solo para mujeres blancas. Así que la soltaron, los tontos.

"¡Todos deberíamos ser tan afortunados!", Gritó Gertie. "¡Todas deberíamos ser chicas de colores!"

Las chicas rompieron en risas burbujeantes.

Qué estúpidos son estos burócratas, pensó Clara. En el Paraíso de Eva, sus niñas, blancas y negras, trabajaron juntas, por igual. Y, sin embargo, esta estupidez burocrática había resultado afortunada para Mabel. Justo en ese momento apareció otro centinela en la puerta del arco, este menos grueso en el cuello y más amable en la cara que escolta anterior. Con su cabello ondulado de color arena, sus ojos del color del humo azul y su sonrisa fácil, esta era más atractiva, al menos a juzgar por la respuesta de sus chicas, especialmente a Bebé, que ya parecía gustarle. Este guardia era más joven, también, solo un chico realmente, con solo una sombra de barba.

"Apague las luces, señoritas", dijo el soldado Buford.

¿Ya era hora de dormir? Clara había perdido completamente la noción del tiempo de hoy. Al decir buenas noches a sus chicas, Clara se aclaró la cama, se quitó las sábanas y se dejó caer en sábanas limpias, un lujo después de tanta privación. Habría un precio que pagar, por supuesto. Todo tenía su precio. Clara había aprendido eso hace mucho tiempo, cuando ella era una niña de quince años.

\*\*\*

*Clara dejó la habitación en el Hotel de Intercambio, en la que Ian los había registrado tres semanas antes. Aún sin trabajo y su dinero gastado, Ian había empezado a apostar por la noche. Deslizándose lentamente en sus zapatillas de seda por el largo y tranquilo pasillo, Clara se maravilló de sus circunstancias. ¿Alguna otra niña había visto tal lujo? Seguramente ninguna otra niña de quince años de Caryville, Carolina del Norte, pensó Clara. Ella*

*era especial, tal como Ian le había dicho.*

*Mientras bajaba la escalera, Clara oyó el sonido de risas y gafas tintineando desde algún lugar debajo. La primera mañana que ella e Ian habían llegado al hotel, Clara no había notado la taberna adyacente al vestíbulo. El área para beber estaba separada del resto del hotel solo por una línea imaginaria demarcada por el piso de madera del bar. Ahora Clara se dirigió hacia el pub, de pie fuera de la periferia, observando a los clientes. Había docenas de caballeros en los esmoquines y tres damas en vestidos. Cuando se dieron cuenta de su presencia fuera del círculo, todos los ojos se volvieron hacia Clara con sorpresa y aprecio, y luego se volvieron hacia sus compañeros de conversación.*

*Hubo una dama en particular que se destacó entre la multitud. Era pequeña en estatura, con el pelo marrón oscuro cortado escandalosamente corto. Vestida con un vestido de noche de un color sorprendentemente brillante de azul y verde, la dama le recordó a Clara una foto que había visto una vez en un libro escolar de un pájaro llamado pavo real. Alrededor del cuello de la dama brillaban diamantes y oro.*

*La dama del pavo real se destacó entre dos caballeros que bebían de vasos cortos y sólidos. Un hombre fumaba una pipa, el otro un puro. La señora estaba mirando a Clara. Cuando sus ojos se encontraron, la señora sonrió. Era una sonrisa extraña, atractivo y, sin embargo, había algo casi cínico en eso.*

*Clara bajó los ojos y, cuando los volvió a levantar, la señora seguía mirándola. Hombre cigarro estaba hablando, hombre pipa se reía. La señora rió con ellos sin apartar la mirada de Clara. Después de un interminable período de tiempo, la dama puso una mano elegante en el brazo de hombre cigarro y le susurró algo al oído. Él se rió y asintió.*

*La señora se acercó a Clara.*

*"Buenas noches", dijo la señora con una voz como la miel de trigo sarraceno.*

*"Buenas noches", respondió Clara.*

*"Te he estado observando", le informó la señora.*

*"Lo sé", admitió Clara.*

*"Eres nuevo. No te he visto antes".*

*"Yo soy", dijo Clara. Ella pensó rápidamente para tratar de encontrar una explicación que se adaptara a sus extrañas circunstancias, pero fracasó por completo. La dama pareció captar la situación*

*intuitivamente.*

*"Déjame que te traiga una bebida, cariño", dijo la señora. Puso sus delicados dedos sobre el hombro de Clara de una manera que la tranquilizó, casi como el toque de una madre. Por una razón que no podía comprender, Clara sintió que las lágrimas crecían detrás de sus ojos. La dama guió a Clara a un rincón vacío de la barra, donde pidió dos whiskies a un barman con chaleco.*

*"Nunca he..." comenzó Clara.*

*"Silencio", le dijo la señora, entregándole a Clara uno de los dos vasos de cristal.*

*"¡Apurar las copas!", dijo la señora y se tragó su porción de un trago. Clara hizo lo mismo.*

*Así que este era el whisky. Por eso los hombres lo ansiaban tanto. La celebrada bebida le dio a Clara la sensación más extraña que alguna vez había sentido en su boca y luego en su garganta y luego en su estómago. El licor era como un fuego amargo al principio y luego un calor agradable que se convirtió en una ola de alegría relajada. De repente, sin ninguna razón, las circunstancias de Clara parecen haber mejorado con respecto a lo que ellos habían sido solo unos minutos antes.*

*"Lo hiciste bien", observó la dama. "Veo potencial en ti, querida."*

*Clara no lo entendió, pero de alguna manera en la confusión del momento no le importó mucho. Aún así, la pregunta se mantuvo.*

*"¿Potencial?" preguntó Clara después de que había pasado un minuto.*

*La señora sonrió, esa misma sonrisa. ¿Qué había detrás de esa sonrisa? Clara se preguntó.*

*"¿Dónde te ves a ti mismo? Digamos, un año después de hoy ", preguntó su compañera de bebida.*

*El futuro, la hermosa dama del pavo real, preguntaba sobre el futuro de Clara. Pero ¿cómo podría Clara saberlo? Hasta hace unos días su futuro había sido en Caryville. Y ahora estaba escondida en un hotel en Richmond con un chico del establo que había tomado su virginidad. ¿Cómo podría Clara saber cómo sería su vida dentro de un año?*

*"No lo sé", respondió Clara, estúpidamente.*

*"Déjame ayudarte con esto", dijo la señora, apoyando un delicado codo en la barra. "En un año a partir de hoy, ese hombre que pensabas que sería tuyo para siempre te dejará, y de repente te encontrarás solo en la*

*gran ciudad. ¿Supongo que eres una chica de ciudad pequeña?"*

*"Sí", admitió Clara. "Caryville, Carolina del Norte".*

*"Caryville", repitió la dama. "Así que tu compañero se ha ido y ahora tienes una opción: vuelve a Caryville con vergüenza o quédate en Richmond y vive como una princesa".*

*"No entiendo", balbuceó Clara.*

*La dama puso la palma de su mano debajo de la barbilla de Clara, levantándola para poder mirar profundamente a los ojos azules de Clara.*

*"Cariño, con ese dulce cara y ese dulce gatito puedes llegar tan lejos como quieras en este negocio".*

*Clara sintió que sus mejillas se sonrojaban.*

*"En quince minutos podrías ganar más de lo que tu novio está pagando por esa habitación en la que te ha metido. Los hombres son tontos. Ellos hacen la mayor parte de su pensamiento con su cabeza del pene, si entiendes mi significado. Los hombres son como los perros. Pones una correa en esa cabeza y puedes guiarlos por la correa. Puedo enseñarte todo lo que necesitas saber," terminó la dama, liberando su barbilla.*

*"Yo... yo..." Clara tartamudeó y luego se calmó lo suficiente como para decir, "Gracias. Necesito ir ahora."*

*"Sólo recuerdas lo que te he dicho", la señora la llamó. "Estoy en el quinto piso... cuando ese hombre tuyo te deja afuera en el frío".*

*Ian nunca me dejaría, pensó Clara, volviendo rápidamente a la protección de las cuatro paredes sólidas de su habitación de hotel. Ian nunca me dejaría, pensó Clara otra vez en la cama mientras se dormía inquieta. Y sin embargo lo hizo. Al día siguiente se fue.*

*Sí, todo tenía su precio y todo se podía comprar por un precio. Clara pagaría por su acuerdo con el capitán Hamilton y su club de caballeros, de eso estaba segura. Pero eso fue una preocupación para otro día. Esta noche ella dormiría como un bebé.*

*\*\*\**

*Ella hizo. Ella dormía como un bebé. Clara se despertó renovada y justa a tiempo para el desayuno del joven centinela. Ella tenía razón, ninguna papilla para ella ni para sus niñas. No, hoy era salchicha de cerdo y huevos, galletas con salsa y sémola. Una verdadera fiesta después de tanta hambre. Por eso Clara estaba segura de que recibiría una invitación a cenar.*

*Si no es la cena, al menos una solicitud para unirse al Capitán Hamilton en el club de los caballeros para una velada después de la cena.*

Cuando ni siquiera esa invitación apareció, Clara comenzó a preguntarse por qué. Sin embargo, las dudas no sirvieron de nada y, a medida que pasaban las horas, Clara no tuvo más remedio que esperar. Un día y luego el siguiente y el siguiente. La duda llenó su mente. Seguramente su actuación no había sido tan insatisfactoria como para anular sus acuerdos. Ella recordó el gemido del orgasmo del capitán Hamilton y pensó que tenía que haberse sentido satisfecho.

¿Podría ser que él hubiera estado con mujeres más talentosas que ella? Desde luego, ahora podía permitirse el placer de las cortesanas de Virginia, y solo Dios sabía las desventuras que el joven Hamilton, el capitán de la Armada, había encontrado durante muchos años en muchos puertos de escala. Por primera vez en más de una década, Clara comenzó a dudar de sí misma.

Sus comidas mejoraron: un desayuno sureño y una cena continental, entregados puntualmente a las siete de la mañana ya las cuatro de la tarde por privado Buford, pensado por las chicas como "señor ojos azules."

Clara seguía siendo la inocente que esperaba a su príncipe, pensó Clara. Pero la vida no era un cuento de cuentos. A los diecinueve años de edad, Bebé debería haber sabido mejor. Aunque señor ojos azules parecía tan inocentemente infatuado por la joven belleza como ella lo estaba por él. Pero eran jóvenes. Ellos aprenderían.

Y luego apareció, una invitación formal en un excelente papel para escribir. En la caligrafía perfecta se escribieron las palabras: "El capitán James A. Hamilton saluda cordialmente a la señorita Clara A. Adcock, y solicita el placer de su compañía para cenar el sábado 8 de octubre a las siete. Se solicita una respuesta".

Cada una de las chicas de Clara recibió la misma nota dirigida individualmente. Blue Eyes esperó la respuesta de Clara en nombre de la camarilla.

"Dígale al capitán que aceptamos con gusto", respondió Clara.

"Lo haré", privado Buford— señor ojos azules — le informó. "El capitán dice que tus vestidos se entregarán el sábado por la tarde". Y con eso se fue. Clara observó cómo los ojos de Bebé seguían el movimiento de las nalgas musculosas del joven centinela bajo sus pantalones de lana.

"Veo lo que estás mirando", le dijo Clara.

El color inundó las mejillas de Bebé. "¿Quién no lo vería?", ella dijo en su defensa.

## Capítulo tres

Los vestidos eran vestidos de noche, cuatro de tafetán blanco con tul hinchado en las mangas cortas y lazos de cinta negra en las faldas del aro. El quinto vestido era el de Clara. Era seda pesada, suave como la promesa de un amante. De color rojo cereza, se hundió inmodestamente en el escote revelando los pechos perfectos de su portador. El borde de encaje negro atrajo la atención de un caballero a las mangas fuera del hombro. Guantes rojos vinieron con eso. Las otras chicas vestían de blanco.

Eran impresionantes.

"Damas", dijo el capitán Hamilton en bienvenida.

Clara hizo una reverencia completa, ¿y cuándo fue la última vez que ella hizo eso? El capitán Hamilton la hizo sentir joven y, bueno, sumisa. "Esposas, sométanse a sus esposos". ¿Con qué frecuencia había escuchado el edicto de Pablo golpeado desde el púlpito a las buenas mujeres cristianas de Morganton? Mujeres como su propia madre, cuya corta y triste vida se había pasado cuidando a su esposo y sus hijos. No, Clara no se sometería a ningún hombre, de eso estaba segura. Ni siquiera el capitán Hamilton. Ella hizo una genuflexión, con la cabeza hacia abajo, pero mantuvo su columna vertebral rígida.

A pesar de que ella pensaba que él se veía muy masculino esta noche con su camisa de vestir con pliegues en el frente, sedoso y blanco con el cuello levantado para una corbata negra. Sobre la camisa llevaba un chaleco negro brillante. Y sobre todo era un elegante abrigo negro. Sus pantalones eran de lana negra, con una delgada franja vertical que apuntaba a sus botas de cuero negro. Se veía elegante.

Los otros cinco hombres en la habitación estaban vestidos de manera similar. Se habían agrupado en el extremo más alejado de la mesa del comedor, parado hablando hasta que las damas fueron escoltadas por el guardia de ojos azules. La gran sala en la que ahora se encontraba el grupo había servido una vez como el área donde se batían las hojas de la fábrica de tabaco. Desde el cierre de la fábrica un año antes, el espacio había estado vacío.

Esta noche, para la ocasión, el salón se había transformado en un elegante comedor. Una mesa de banquete de cerezo había sido traída y cubierta con un mantel blanco que llegaba hasta el suelo. Se habían preparado

una docena de lugares: cinco a cada lado, uno al final y el anfitrión a la cabeza. Los cubiertos de Gorham estaban junto a platos de porcelana blanca. En cada lugar había una servilleta de tela blanca cuidadosamente doblada. A la espera de ser llenado estaban los vasos de agua y las flautas hechas del producto inglés superior conocido como vidrio de pedernal. Los comensales se sentarían en sillas Queen Anne sobre cojines de terciopelo rojo.

Cada configuración contenía una tarjeta de lugar, permitiendo a las damas encontrar sus asientos asignados por nombre. En sus nuevos vestidos, eran un conjunto impresionante. Había Bebé de ojos verdes, de pelo tiziano y cara peca, con un cuerpo flexible.

Gertie, a los veintidós años, fue una rubia de fresa de figura grande con ojos azules y una tez como melocotones y crema. El pecho de Gertie había sido descrito por un cliente de Eve que estaba satisfecho porque parecía "como huevos de avestruz debajo de su blusa".

Lil, madura a los veinticuatro años, la belleza de ojos negros y pelo negro con extremidades largas, piel de olivo y una sonrisa de complicidad.

Marie, con su cabello rojo, ojos azul líquido debajo de largas pestañas negras y una cara que un político local había llamado, con un toque de ironía, un "óvalo de inocencia".

Maggie, la más peligrosa de todas, astuta, desapasionada, su cuerpo un reloj de arena de sexualidad bruta que usaba para salirse con la suya. Solo ella tenía que tirar hacia atrás su largo cabello de ébano y volver sus ojos violetas a un hombre para quitarle su voluntad.

El capitán Hamilton hizo las presentaciones. "Señoras, permítanme presentarles a mis señores. Primero está el señor Ricardo West, periodista del Herald De Nueva York".

Los ojos del señor West sonrieron cuando pasaron de la cara femenina a la cara femenina. Un caballero con de cabello arenoso con una pipa perpetua en la boca, el señor West tenía un arcón como un barril y una sonrisa tan bienvenida como una clara mañana de primavera.

"Señoras", dijo el señor West con una voz tan suave como la miel.

"También del Herald está el señor Leonard Mortimer, periodista junior", continuó el capitán Hamilton. Una especie de flaco y de pelo delgado hombre, con anteojos detrás de ojos de rata y una expresión ligeramente perturbada en su rostro moteado, el señor Mortimer asintió pero no dijo nada.

"El señor Lewis Carpenter, un espía yanqui de la agencia Pinkerton ", continuó el capitán Hamilton. El señor Carpenter era el más alto de todos, con

la excepción del capitán Hamilton, con una nariz aguileña y ojos oscuros e inteligentes.

"Es un placer", dijo el señor Carpenter a todos.

"Señor José Martínez de Cuba ", anunció el capitán Hamilton. "Otro espía entre nosotros". Una vez cuando fue un corredor de bloqueo de la Confederación, el señor Martínez fue capturado por la marina de los Estados Unidos y se convirtió en traidor contra la Confederación, aceptando espiar de parte del Unión. El señor Martínez dice, "¿Qué dices, el señor Martínez?"

"Tengo buena suerte con las damas, pero no tanto con los hombres", dijo el señor Martínez con un acento que a Clara le pareció encantadora.

"Sí", comentó el capitán Hamilton. "El señor Martínez pronto fue capturado de nuevo, esta vez por los rebeldes en Richmond. Así es como llegó a ser nuestro invitado".

"Y si ser su invitado, señor, significa deleitarse con la compañía de mujeres como estas damas, estoy más que feliz de estar aquí", dijo el señor Martínez.

"Por último, pero no menos importante, te doy al señor Gabe Woods", agregó el capitán Hamilton. "El señor Woods descubrió que no estaba preparado para la vida de un soldado".

Un desertor confederado que se veía apenas lo suficientemente vieja para afeitarse, el joven rubio era demasiado dulce para esta multitud. Se dijo que el señor Woods provenía de una hermosa y antigua familia de Georgia que enviaba sus bendiciones en forma de paquetes mensuales de melaza y dinero.

"Caballeros", concluyó el capitán Hamilton. "Le entrego a la señorita Bebé Cannon, a la señorita Gertie Rucker, a la señorita Lil Beall, a la señorita Marie O'Hara ya la señorita Maggie Mason. Y, por supuesto, señorita Clara Anne Adcock".

El grupo se reconoció con sonrisas y sutiles asentimientos de sus cabezas.

"Por favor, siéntate", Hamilton instruyó.

Los caballeros sacaron las sillas para las damas. Hamilton sostuvo la silla para Clara.

Educada en las gracias sociales, Clara conocía el libro de los modales de Beadle y los temas adecuados para conversar durante la cena. Arte o libros o personas o eventos del día, instruyó el señor Beadle. Cuando salieron de la calle para trabajar en el Paraíso de Eva, cada una de las chicas de Clara recibió una copia del libro de los modales de Beadle para damas y caballeros.

A las chicas del Paraíso se les exigía leer todo el libro de ochenta páginas y, cuando hubieron terminado, se les interrogó sobre su contenido. Si no pasaron la prueba, una vez más se encontraron en calle de Ancha.

Mientras cenaban codornices y zanahorias con guisantes pequeños y bebiendo champán importado, Clara y sus chicas conversaron agradablemente. Después de un tiempo, el señor West, el principal periodista, dirigió su atención a Clara.

"¿Has oído hablar de la proclamación del presidente?", preguntó el señor West.

"No", respondió Clara. "¿Qué ha hecho el presidente Davis ahora?"

"No, no", respondió el señor West. "Presidente Lincoln. Lincoln ha declarado el último jueves de noviembre como un día nacional de acción de gracias".

Las mujeres se miraron sorprendidas.

"¿Qué?" preguntó Clara. "¿Un día nacional de qué?"

"Acción de gracias", respondió el señor West. "Lincoln quiere que recordemos agradecer a Dios por bendecir a Estados Unidos a pesar de esta guerra civil".

"Oh mi", dijo Clara. Clara era deísta como el héroe de su padre, Thomas Jefferson. No estaba segura de si había un Dios, pero si lo había, a ella le parecía que Dios había puesto al mundo en movimiento y luego lo había abandonado a su propio trabajo. Como un relojero con su reloj, como sugirió Jefferson.

"No veo cómo Dios requeriría sus propias feriado", dijo Clara. Este comentario provocó una ronda de risas de los hombres.

"Tienes toda la razón", dijo el capitán Hamilton en su defensa.

"No creo que Dios necesite mucho de nosotros", comentó el señor Carpenter, el espía de Pinkerton.

"De acuerdo", dijo el señor Mortimer, el segundo periodista.

"El señor Woods", dijo Maggie, volviendo sus ojos de amatista al niño. "¿Qué piensas de Dios?"

El señor Woods se sonrojó furiosamente.

"Yo... yo..." tartamudeó.

Maggie sostuvo su tenedor mientras esperaba su respuesta.

"¿Sí?" dijo ella.

El señor Woods tragó saliva, su manzana de Adán subió y bajó en su garganta.

"No soy amigo del señor Lincoln. Pero creo que le debemos a Dios nuestro agradecimiento".

El capitán Hamilton miró desde el señor Woods a Maggie, a Clara y luego a señor Woods.

"Bien dicho, joven", dijo el capitán Hamilton. "¿Más champán a alguien?"

La cena terminó con un brindis, las mujeres todavía bebían el champán y los hombres bebían whisky.

"A nuestras hermosas damas", dijo el capitán Hamilton, levantando su vaso. "¡Gracias a Dios por ellas!"

"Aquí, aquí", dijeron los hombres al unísono.

"¿Vamos a ir al club de los caballeros?", preguntó el Capitán Hamilton.

"Lo haremos", respondieron los hombres.

La habitación se veía igual a la que Clara recordaba de su visita nueve días antes, con una notable excepción. Ahora en el centro de la cámara había una cama, un marco de latón con respaldo alto y un generoso colchón cubierto con una colcha roja. La cama sirvió como punto focal de la habitación y la pieza central de la noche.

Clara se volvió para susurrar algo en privado al oído del capitán Hamilton.

"Aprecio tu sutileza", es lo que ella dijo. Se rió entre dientes y guardó el comentario para sí mismo.

"Caballeros", dijo con una leve inclinación de cabeza. "Y señoras. Háganse cómodos".

Clara siguió su ejemplo cuando dio unos pasos hacia el piano cuadrado. En su tapa, cinco velas brillaban intensamente en un candelabro de latón. Colocando un sillón en posición junto al banco, hizo un gesto a Clara para que se sentara. Ella lo hizo mientras él se sentaba en el banco.

"¿Juegas?" Preguntó ella.

Él estiró los dedos en respuesta.

"Sukoshi", respondió.

"¿Perdonarme?" Dijo Clara.

Él sonrió.

"Un peu", dijo.

Ella entendía el francés, no el otro, que sonaba como una lengua oriental.

"Un poco", tradujo desde el francés.

"Sí", confirmó.

Apoyó sus grandes manos sobre el marfil, los dedos curvados bajo los nudillos inmóviles. Y entonces comenzó. Era bueno, hábil, un verdadero pianista.

"¿Beethoven?" Preguntó Clara.

Él negó con la cabeza, causando que un mechón negro de cabello cayera sobre su frente. Necesitaba un corte de pelo, pensó Clara distraídamente y se preguntó cómo se pondría el pelo si no estuviera restringido por las regulaciones militares.

"Franz Liszt", el corrigió. "Es húngaro. No tan conocidos como nuestros amigos alemanes. Este es uno de sus estudios. "

"Ah", dijo Clara.

Era perfecto, el flujo de sus manos se movía en direcciones opuestas sobre las teclas, su mano derecha saltaba sobre su izquierda en un trémolo de notas. El capitán Hamilton se inclinó sobre el teclado y asintió con la cabeza hacia el sonido en un esfuerzo concentrado. Sus ojos hundidos estaban cerrados. Clara también cerró los ojos y dejó que la música se la llevara. A veces, el etude sonaba como el tren Richmond-Danville retumbando por la vía. Y luego se convirtió en un pájaro en vuelo, un cardenal en el ala. Y luego las campanas del jardín, sonidos de hadas en un escenario fantástico. Clara dejó volar su imaginación mientras se sentía transportada por la música.

Y entonces el sonido se convirtió en una ola en el océano. Imaginó a Hamilton como el capitán de un barco mágico, guiando a Clara a puerto seguro. El viento parecía correr del piano cuando los dedos del capitán Hamilton corrían sobre las teclas, arriba y abajo, adelante y atrás. La ola se hinchó, se construyó, se crestó y se rompió en un crescendo de liberación vibrante. Y luego... silencio perfecto.

Clara abrió los ojos. El capitán Hamilton estaba agotado, con la cabeza colgando en reposo. Después de unos momentos levantó la cara y se volvió hacia ella. En sus ojos ella vio algo que no había visto antes. Orgullo. Estaba satisfecho con su actuación.

"¡Bravo!" Clara dijo. "Eso fue magnífico".

Él sonrió en reconocimiento, casi con timidez.

"Gracias", dijo y se volvió hacia el piano.

Comenzó a jugar de nuevo, solo que esta vez fue Beethoven. Ella estaba segura de eso.

"Für Elise", dijo ella.

El asintió.

Para Elise. ¿Y quién era esta mujer desconocida, Elise, que había inspirado a Ludwig a semejante homenaje? Nadie sabía. Tal vez ella era una cortesana como Clara.

A Clara se le ocurrió de repente que esto era lo que el capitán Hamilton esperaba de ella esta noche. Quería una escolta a su lado, una compañera lo suficientemente refinado para apreciar la alta cultura de la forma en que lo hizo. Una mujer a que lo haría, sin duda, se le pedirá que satisfaga el deseo del capitán de intimidad más tarde, en privado, discretamente. Bueno, Clara ciertamente podría ser esa mujer esta noche.

Pero primero ella necesitaría más champán. Clara levantó el vaso para indicar sus intenciones al capitán Hamilton, pero él ya estaba perdido, con los ojos cerrados, jugando. Ella volvería a llenar el vaso de la botella en el gabinete de licor.

Fue en ese momento que Clara vio lo que ella había extrañado durante el ejercicio musical. Mientras que ella y el capitán se habían entregado a sus naturalezas más finas, el resto del grupo había buscado deporte menos refinado. Ella vio ahora que se habían emparejado y estaban en varias etapas del congreso amoroso.

Había Lil y el señor Carpenter en la gran cama de bronce, compartiéndola con Marie y el señor Woods. En una silla, Gertie estaba hábilmente sentada ahorrajada sobre el señor West, sentada. En el rincón oscuro de la habitación en el sofá, Bebé y el señor Martínez estaban acostados juntos. No muy lejos de ellos, en la alfombra oriental, Maggie y el señor Mortimer habían asumido una postura canina. Debajo de las cepas de Beethoven, Clara escuchó ruidos crudos de animales, jadeo y bofetadas de carne contra carne.

Bueno, tal vez Clara también cedería un poco a su naturaleza carnal. Ella estaba segura de que al capitán Hamilton no le importaría echar un vistazo a esta parte de ella. Si lo miraba desde otra perspectiva, era parte de su deber hacia sus niñas, supervisarlas, asegurarse de que estaban satisfaciendo a sus clientes. Tan silenciosa como el proverbial ratón en la casa de los gatos, Clara volvió a llenar su vaso y volvió a su silla, colocándose de forma inclinada para poder observar mejor los acontecimientos.

En su espalda, en medio de la cama, yacía Lil desnuda sobre sábanas blancas, la colcha roja empujada hacia el pie del marco. Su chocha estaba oculta a la vista por la parte posterior de la cabeza de pelo negro y rizado del

señor Carpenter. Gimiendo lo suficientemente fuerte como para que Clara escuchara por encima de Beethoven, Lil de repente tiró de la cara del señor Mortimer por un puñado de su cabello de color barro al su impaciente gatito. Él lamía allí como un perro.

Mientras tanto, en el borde de la cama, la pelirroja Marie se sentó con las piernas separadas para el señor Woods, que estaba en cueros salvo por sus calcetines y zapatos. Marie acarició su miembro rosado con una mano mientras masajeaba sus nalgas pálidas con la otra hasta que sus nalgas temblaron de anticipación, y el embistió su pene rígido con un profundo empujón en su nido rojo. Ella jadeó y echó la cabeza hacia atrás, exponiendo su largo cuello.

En una de las sillas victorianas, el señor West se había sentado, todavía con su atuendo de noche. Se había quitado la chaqueta, pero su camisa de vestir permanecía, ahora desabotonada para revelar su pecho sin pelo y poderoso. Sus pantalones se habían desplazado hacia abajo y estaban envueltos alrededor de sus zapatos, y de sus cajones su brillante verga invitó a Gertie a montar.

Clara observó cómo la rubia fresa se sentaba ahorrajada sobre el miembro erecto, subiendo y bajando su largo eje. Otro gran hombre, observó Clara, pero no tan grande como el capitán Hamilton. Su capitán Hamilton era realmente el capitán Standish, el capitán Erguido, ella pensó y se rió para sí misma con su pequeña broma. El capitán Standish y la señorita Laycock, la señorita Polvo, como los rufianes se referían a sus partes privadas. Los voluptuosos pechos de Gertie rebotaron mientras montaba al señor West como una verdadera amazona. Inclinandose más atrás en su silla, el señor West se empujó hacia arriba en su coño húmedo cuando ella pellizcó los brotes rosados de sus propios pezones.

En el sofá del otro extremo de la habitación, Clara solo podía ver la sombra de Bebé y el Sr. Martínez haciendo la bestia con dos espaldas, como lo llamó el señor Shakespear. La pareja más ardiente de todas fue Maggie y el señor Mortimer. Maggie estaba sobre sus manos y rodillas en la alfombra persa con el Sr. Mortimer detrás de ella, ambos completamente desnudos. Con un gruñido primitivo, el señor Mortimer la golpeó como a un animal, deteniéndose solo para jalar su cabeza hacia arriba y hacia atrás por su cabello. Sus manos vagaban continuamente desde su cuero cabelludo hasta su cintura y sus caderas, donde azotó sus nalgas con la palma de su mano antes de desviarse hacia su cabello. Tiró de su cabeza hacia atrás y envolvió un largo

de su largo cabello negro alrededor de sus nudillos, sosteniéndolo como las riendas de un caballo mientras el hombrecillo entraba y salía a un ritmo frenético.

Esto no era nada que Clara no hubiera visto antes. En un diario secreto, Clara mantuvo un registro de los hombres que visitó el Paraíso de Eva, enumerando sus inclinaciones. ¡Eso les daría mucho qué hablar si solo supieran! Hubo notas sobre el gobernador de Maryland que la tomó inclinándose, diciéndole que ladrara como un perro. Hubo un viejo general llamado el señor Flácido que insistió en vestirse con ropa de mujer durante el acto. ¿Y cómo podría olvidar a el predicador, un bruto bruto? Después de que Clara lo atendió, el predicador se arrodilló y le rogó a Dios que perdonara a Clara por sus pecados. ¡Por sus pecados, no por los suyos! ¡Hipócritas todos!

Pero ella se había equivocado con el capitán Hamilton. No era un hipócrita. Esta fue una transacción comercial honesta. Clara proporcionó a las niñas; a cambio, el capitán Hamilton proporcionó una salida a la miseria que era la vida en prisión. De hecho, Clara se sintió orgullosa de su camarilla. No le cabía la menor duda de que había moldeado a sus hijas para convertirlas en profesionales de la clase más alta. Estos no eran las chicas de puta piel amarilla, dopados y borrachos encontrados en calle Ancha. No, las chicas de Clara eran damas. Damas de la noche tal vez, pero eran damas no obstante. Y les estaban dando a estos caballeros el valor de su dinero, incluso si el dinero iba al bolsillo del capitán Hamilton en lugar del bolso de Clara.

Pasaron horas antes de que la sala hubiera terminado su ópera de la pasión y estuviera vacía de sus sibaritas. En el piano, las cinco velas blancas se habían quemado hasta convertirse en trozos de cera y mecha. La única luz verdadera que quedaba era la lámpara de cristal en la mesa cerca del trono del capitán, en la que el capitán Hamilton se había sentado hacía algún tiempo para disfrutar mejor del espectáculo sexual. Como ella, a la capitana Hamilton le gustaba mirar. Clara había movido su silla junto a la suya, y se tomaban de la mano mientras observaban los acoplamientos, aunque ellos mismos se comprometieron en lo más mínimo. Eran como una respetable pareja victoriana en el teatro. Solo que en lugar del olor a pintura, esta etapa desprendía el olor del sexo.

Con la partida del último invitado, el capitán Hamilton deslizó el pestillo de metal por el interior de la puerta. "La intimidad por fin", dijo como si esto fuera una línea en una obra en la que actuó. Se sentó en su silla.

"Tengo una sorpresa para ti", anunció Clara. Una mirada de deleite

cruzó su rostro.

"¿Y tú?" preguntó él.

"Cierra los ojos", arrulló ella, sus propios ojos todos menos cerrados. Había alerta y centelleo.

El capitán Hamilton obedeció. Todavía con su vestido rojo, Clara se arrodilló ante él de rodillas. El Capitán Hamilton escuchó el chasquido de algo pequeño, se partió en dos, y olió el mentol justo antes de sentir la suavidad del toque de Clara, sus dedos desabrochándose hábilmente los pantalones y retirando su sexo. Y entonces sintió su boca sobre él.

Bien, pensó Clara, recordando su valoración de su última felación. Esto no solo estaría bien, no solo sería adecuado, esto sería extraordinario. El contraste de calor y frío, el calor de sus labios y la frescura de la menta en su boca... Clara se metió el caramelo en el bolsillo de la mejilla mientras chupaba y lamía la verga rígida. El capitán Hamilton gimió.

Ella se detuvo el tiempo suficiente para preguntar: "¿Cómo se siente eso?"

"Genial", respondió él. Se estremeció.

"Bien", dijo y regresó a su arte, haciendo que su miembro quedara completamente erguido.

"Frío", dijo el capitán Hamilton. "Ahora se siente frío".

Clara usó su lengua para mover la menta alrededor de la cabeza de su verga. El capitán Hamilton cerró los ojos y gimió profundamente. Y luego, de repente, abrió los ojos y dejó de gemir.

"¡Oh Dios mío!", gritó. "¡Mi verga está en llamas!"

Él empujó su rostro lejos de su erección con tal fuerza que ella cayó hacia atrás, aterrizando de forma poco elegante en su trasero. Al ver su expresión de sorpresa, Clara no pudo evitar reírse.

"¡Bruja!" aulló él. "¡Ella diablo!"

Clara se rió aún más fuerte.

"Ahora, ahora", dijo ella condescendentemente.

Qué ridículo se veía con su miembro flojo colgando de rojo como un pimiento de Louisiana y su cara como un cachorro azotado. Se levantó con tanta gracia como pudo reunir.

"Arreglaré eso", le aseguró ella.

Desde una lámpara de aceite oscurecida, Clara quitó el quemador para acceder al tanque. Inclinando la base, vertió ella un puñado de aceite de ballena en su palma. Volviendo al capitán Hamilton, ella le masajeó el pito

con el aceite calmante.

"Esto lo enfriará", le dijo ella. Y lo hizo. Ella vio como su órgano se volvía de rojo a rosa.

"Zorra", murmuró el capitán Hamilton, aunque obviamente se sintió aliviado de que el calor estuviera disminuyendo.

"Tu zorra, señor", respondió Clara, notando que el órgano sobrecalentado estaba ahora, una vez más, respondiendo a su toque.

"Aquí", exigió el capitán Hamilton, empujando su mano, con la palma hacia arriba, hacia la boca de ella. Obedientemente, ella escupió lo que quedaba de la menta. Lo examinó antes de metérselo en la boca. Cerrando los ojos, se recostó en su silla.

"Zorra", repitió, con más suavidad.

"Sí, señor. Yo soy", admitió Clara.

"Mi zorra", dijo el capitán Hamilton y suspiró. Ella viene como anillo al dedo.

## Capítulo cuatro

"¿Qué harás después de que termine esta guerra?"

Bebé hablaba en su suave y dulce voz. Ella y el soldado Buford estaban parados muy cerca uno del otro en la puerta de su celda. El privado Buford acababa de terminar de servir el desayuno para las damas. Era la mañana después de la mañana después. Ayer todos tuvieron una resaca. Nadie había comido mucho ayer, pero hoy tenían hambre. Las chicas descendieron sobre sus bandejas de galletas y salchichas, mientras que Bebé y el centinela conversaban tranquilamente.

"¿Cuándo esta guerra terminó?", repitió el privado Buford. La pregunta trajo una mirada de tristeza a su rostro juvenil. "Apenas puedo recordar un momento en que no hubo esta guerra, señorita".

"Bebé", respondió ella. "Por favor llámame Bebé".

"Bebé", repitió. "¿Es ese tu nombre de pila?"

Bebé sacudió la cabeza, causando que su pelo rojo cayera en ondas alrededor de su cara. Antes de que pudiera detenerse, el centinela de ojos azules se estiró para tocar un mechón de pelo. Lo acurrucó alrededor de sus delgados dedos. Bebé inclinó su rostro hacia él, rogando por un beso. El guardia parecía estar tentado, pero, recordando su deber, se obligó a resistir.

"No, señor", murmuró ella. "Mi nombre es Betha. Betha Cannon".

"¿Betha?", Repitió.

"Betha. Significa la vida en irlandés".

"La vida", dijo lentamente, en reflexión. "Entonces es apropiado. Está llena de vida, señorita Cannon. "

"Y tu vida, señor. ¿Qué hay de tu vida? "preguntó Bebé.

"Acantilado", le dijo a ella. "Por favor llámame Cliff. No el señor. Es la abreviatura de Clifford. Clifford Buford es mi nombre."

"Acantilado", dijo Bebé. "¿Y qué harás con tu vida, Clifford Buford, después de que termine esta guerra?"

Acantilado desenrollado el pelo de sus dedos.

"Cuando termine esta guerra, me iré al hogar".

"¿Y dónde está el hogar?", preguntó ella.

Él miró en sus ojos verdes.

"El hogar es el condado de Chesterfield", respondió el. "¿Has oído hablar de la isla de Farrar?"

Ella negó con la cabeza.

"Tengo el pedazo de tierra más bonito que puedas imaginar, sentado en el río James. Nada más que cielo azul por encima y río azul a su alrededor. Excepto cuando la nieve llega en invierno y luego es tan silenciosa que casi puedes oír a Dios respirar. Te digo verdad, puedes cazar o pescar o cultivar esa tierra y ese río. La vida es buena en el condado de Chesterfield".

"Suenan encantador," Bebé suspiró.

"Es. Ahí es donde iré cuando termine esta maldita guerra. Disculpe, señorita".

"Estás excusada", dijo ella. "¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿A esta prisión?"

"Me ofrecí voluntario", respondió. "Realmente no tenía otra opción. Todos se apuntaban para luchar contra los malditos yanquis. Oh ahí voy otra vez. Lo siento, señorita. Me alisté con la Primera Infantería, Compañía B bajo el capitán Jackson. El pobre murió en Manassas. Te lo digo, señorita, he visto algunas cosas que ningún hombre debería ver. Maté a un chico en Manassas que no era mayor que yo y cuando lo miré tendido en el lodo, con rizos negros alrededor de su cara, estaba enfermo de corazón por lo que había hecho".

Cliff se quedó en silencio por un momento, perdido en el recuerdo.

"Después de eso, algunos de nosotros nos mudamos a Richmond. Algunos de mis compañeros están guardando la Armería. Tengo este deber".

Bebé tocó la tela rígida de la manga de la camisa de Cliff, acariciando su brazo.

"Mi buena fortuna", ella dijo.

"Y el mío", estuvo de acuerdo.

\*\*\*

Pasaron dos semanas antes de que Clara volviera a tener noticias del capitán Hamilton después del incidente de la menta. En una nota fechada el lunes 24 de octubre de 1864, Clara recibió una invitación escrita a mano del capitán para reunirse con él en privado en su salón a las ocho de la noche de esa noche. Poco antes del tiempo asignado, Clara se puso su vestido favorito. De color azul, sacó el azul de sus ojos. Añadió zapatillas azules y guantes blancos para completar el conjunto. Cliff la escoltó de su alojamiento a través del patio de los hombres, ahora vacío. En lo alto, brillaba una luna llena. "Como Pyramus y Thisbe, nos encontramos a la luz de la luna", pensó Clara. Tendría que repetir la cita al capitán Hamilton. Sin duda, él apreciaría la línea del Sueño de una noche de verano del señor Shakespeare. Cuando ella terminó

de pensarlo, ya habían llegado a la puerta del capitán.

El salón era como ella lo había visto por última vez, con una diferencia. La cama de bronce se había ido, dejando un espacio abierto en el centro de la habitación. El capitán Hamilton se levantó de su silla cuando ella entró. Clara hizo una reverencia cortesa. A cambio, el capitán Hamilton asintió y le pidió que se sentara.

"¿Puedo ofrecerte una bebida?", él preguntó.

"Por favor", respondió ella. "Champán."

Riéndose, se dirigió al gabinete donde se encontraba una botella de Piper-Heidsieck enfriándose en una caja de hielo.

"Tienes hielo", comentó Clara.

"Lo hacemos", respondió el capitán Hamilton. "El hospital Chimporazo es muy amable de compartir con nosotros. Lo hacen en su máquina de hielo Carré".

"Qué considerado de ellos", dijo Clara, con sólo un rastro de sarcasmo. En su negocio de ella, había aprendido hace mucho tiempo el significado de "quid pro quo". Nadie regalaba nada libremente sin pensar en el favor, la ventaja o la necesidad, excepto quizás las tontas jóvenes necias con su virginidad.

Se dejar por un hechizo, él en su sillón de cuero rojo, ella en lo que ahora parecía ser designada como su silla, bebiendo champán e intercambiando bromas. De hecho, Clara repitió la cita de Shakespeare y se alegró de ver un destello de aprecio en los ojos oscuros del capitán Hamilton. Cuando terminaron la botella, Clara se preguntó sobre el propósito de esta invitación. ¿Una tarde de conversación? ¿Otro recital de piano? ¿O eran más placeres carnales lo que el capitán Hamilton tenía en mente?

Tan pronto como ella dejó su vaso, el capitán Hamilton dejó en claro sus intenciones.

"Tengo miedo, querida, de que me hayas hecho mal", le advirtió. Inervada por un momento, Clara vaciló brevemente antes de recuperar la compostura.

"¿Cómo te he hecho mal?", preguntó ella, inocentemente. "¿De qué manera, señor?"

Soltó una risita y puso su vaso en el gabinete de licor, junto a una caja de cigarros de madera. Dándose palmaditas en la rodilla, dio la orden.

"Aquí", él ordenó, simplemente.

"¿Le ruego me disculpe?"

Repitió el movimiento.

"Aquí", dijo de nuevo.

Clara pretender ser tímida. Ella conocía su corazón. El capitán Hamilton no fue el primer hombre en ponerla sobre su rodilla. Ella fingió modestia pero obedeció, arreglando los pliegues de su falda y enaguas mientras se acomodaba en su regazo del capitán. Una vez que se estableció allí, ella estiró el cuello para mirarlo con una sonrisa descarada. El capitán Hamilton frunció el ceño y al momento siguiente barrió toda la tela que protegía sus nalgas y las empujó sobre su cabeza de Clara. En otro momento sus pantalones de él estaban abajo alrededor de sus tobillos.

"¡Oh!" gritó ella, el sonido amortiguado por las capas de algodón que cubrían su rostro.

Ella sintió su gran mano tocar la tierna carne de su trasero e hizo una mueca de anticipación. Y luego vino.

¡Whap!

Madre de Dios, él era fuerte. Y otra vez, whap!

Eso fue dos. Con su mano izquierda, él retiró sus brazos de ella hacia atrás y sostuvo sus muñecas juntas de ella.

¡Whap!

Tres. Su rostro se sacudió involuntariamente cada vez que fue golpeada, levantando y crujendo las capas de prendas que aún estaban sobre su cabeza.

¡Whap!

Cuatro. Clara apretó la mandíbula, pero se negó a gritar.

¡Whap!

Cinco.

¡Whap!

Seis. Sus dientes de ella se sentían como si se molieran en tiza.

¡Whap!

Siete. Ella se mordió el labio.

¡Whap! Whap!

Ocho. Nueve. Gracias a Dios, ella había logrado tener suficiente presencia mental para contar. El siguiente golpe sería el número diez. Ella rezó para que eso fuera suficiente.

El capitán Hamilton hizo una pausa. Durante las breves ordalías, no había pronunciado una palabra. Clara se quedó paralizada por el miedo de lo que sabía que se avecinaba.

¡Whap!

La última bofetada fue suficiente para impulsarla hacia adelante y, de hecho, ella se habría caído del regazo del capitán si él no la hubiera detenido. Las lágrimas brotaron de sus ojos de ella. Eso fue diez. Seguramente esto había saciado su deseo de castigarla.

Y así parecía. El capitán Hamilton soltó los brazos de Clara, se quitó la falda y las enaguas de la cabeza y la ayudó a levantarse. Clara estaba enrojecida, tanto por la disciplina como por su vertiginosa posición. Ajustándose el vestido, corrigió su postura y levantó la barbilla.

"Bueno, señor". Ella tragó saliva. "Espero que esté satisfecho".

Todavía no habló. En cambio, el capitán Hamilton se movió en silencio hacia la caja de cigarros del gabinete. Abriendo la tapa, miró dentro, pero no dijo nada. Volviéndose a Clara, comenzó.

"Necesito que hagas dos cosas por mí", explicó. "Primero, te desnudarás por completo. En segundo lugar, una vez que te hayas quitado la ropa, te encima en una silla que he seleccionado para ti, boca abajo".

Asintiendo con la cabeza, indicó la silla que tenía en mente. Clara vaciló, entendiendo la primera instrucción pero no lista para creer la segunda.

"¿Te pido perdón?" preguntó ella.

"Me escuchaste", declaró el capitán Hamilton rotundamente. "No me desafíes. Harás lo que te digo porque me complace.

"Oh", murmuró ella. "Veo."

Ella hizo lo que él le dijo. Ella puso sus ropas con cuidado en el sofá en el extremo más alejado de la sala, alisándolas para evitar que se arrugara. Al regresar a través de la habitación, ella estaba consciente de su desnudez y de los ojos del capitán Hamilton sobre ella. Ella disminuyó el paso y dejó que él la apreciara. Era una mujer pequeña, de apariencia fina y aristocrática. Sus senos no eran suntuosos, pero eran agradables para la mayoría de los hombres. Su cintura era pequeña incluso sin corsé y caderas su era modestas, no demasiado llenas. Su piel era clara, lisa y suave al tacto. Ella llevaba su pelo negro hacia atrás y hacia arriba. Por el momento estaba rizado en un moño.

"La silla", él dijo, tirándolo de la alfombra y raspando sus piernas a lo largo del piso de madera hasta que estuvo exactamente donde lo deseaba, cerca del gabinete. Era una de las sillas de terciopelo rojo sin brazos traídas del comedor. El capitán Hamilton levantó la silla con facilidad y la inclinó hacia arriba para que se apoye en el suelo, con las piernas en el aire.

Clara lo miró expectante, sin saber cómo proceder.

"Mi querida", dijo el capitán Hamilton con un suspiro.

Tomándola por los hombros, él giró a Clara hasta que ella se colocó a la cabeza de la silla al revés. Con la mano izquierda sobre su hombro de ella y la derecha sobre el coxis, la presiona hacia ella abajo y hacia adelante hasta que sus rodillas encontraron su lugar en la espalda acolchada. Sus muslos cremosos de ella se presionaron contra el asiento invertido mientras aplastaba sus senos contra el relleno de terciopelo. Ella estiró los brazos a lo largo de las piernas. El capitán Hamilton moldeó cada una de sus manos de Clara alrededor de un pie de la silla.

"Quédate", ordenó el capitán Hamilton.

¿Permanecer? ¿Permanecer?

"No soy tu perro deportivo para romper", dijo Clara con desafío, aunque no se movió de la posición en la que había sido metido. En el siguiente momento ella sintió que su cabeza retirado por su pelo.

"¡Harás lo que te digo!" el capitán Hamilton gruñó en su oído. "Si digo que eres mi perra, entonces eres mi perra. ¿Se entiende eso?"

Su mano sacudió su cabeza de ella para enfatizar.

"Sí, señor", respondió ella.

Aflojó su agarre. El moño se había deshecho, dejando que su cabello cayera suelto. El capitán Hamilton acarició los mechones lisos.

"Mi hermosa perra", susurró.

Apareció un trozo de cuerda. Clara sintió las hebras de cáñamo envueltas alrededor de cada tobillo y atadas al respaldo de la silla. El capitán Hamilton ajustó su cuerpo de ella, empujándola un poco hacia adelante para que sus nalgas blancas quedaran más expuestas. Con otra cuerda, él ató sus muñecas de ella a las patas delanteras de la silla.

"¿Señor?" Ella comenzó en un tono de respeto. No importa. Ella sintió la fuerza de su palma contra su trasero desnudo.

¡Whap!

Su cuerpo se sacudió involuntariamente con el golpe.

"¡No hablarás hasta que yo te permita hablar!", gritó.

¡Whap!

"Sí, señor", gritó ella.

¡Whap! Whap!

"¡Qué obstinado eres!" ladró.

¡Whap! Whap! Whap!

Ahora ella permaneció en silencio.

La faja roja fue arrancada de su cintura de él y forzada entre sus dientes de ella. Apretó la tela de seda hasta que evitó que su lengua de hablar. Su captor retrocedió entonces y consideró su trabajo. Clara se sintió completamente indefensa. Con rudeza, el capitán Hamilton le puso una mano en la espalda y hundió un dedo en su vagina. Ella se estremeció y luego se fundió en la sensación y la idea de ser llenado por él. El dedo salió y se dirigió a su nariz. ¡Qué verdaderamente grosero era este hombre! ella pensó.

"Ay", el capitán Hamilton se burló y luego citó al bardo, el señor Shakespeare. "¿Estarías lo suficientemente limpio como para escupir sobre?"

Una vez más estaba sobre sus nalgas de ella con una serie de rápidas palmadas. Ella se estremeció pero se rindió, dejando caer su cabeza, que había comenzado a sentirse demasiada pesada para levantarla. Tal vez otras diez veces fue golpeada, aunque había perdido la cuenta a las siete, esta vez el castigo era tan fuerte.

Eventualmente, ella escuchó sus pesados pasos mientras se movía hacia el gabinete. Se escuchó el sonido de una tapa que se abría con un leve chirrido, algo fue removido y colocado abajo. Dos cosas, pensó. Un sonido muy tenue. Ella no podía girar su cabeza lo suficiente para ver. El capitán Hamilton estaba detrás de ella ahora. Incluso sin tocarla, podía ella sentir su presencia en sus nalgas expuestas. Ella se dio cuenta del silencio de la habitación. Sin querer, ella estaba conteniendo la respiración.

Ella respiró de nuevo cuando sintió que su mano de él acariciaba cada mejilla. Su ternura duró poco. Con la misma rapidez, su mano se deslizó entre su grieta y la abrió. Ella jadeó. La mano se fue y volvió. Se dio cuenta de un olor extraño, como la leche y el pepino. Un momento después, un dedo resbaladizo estaba haciendo jugando con su agujero fruncido, el agujero que es el mismo en hombres que en mujeres, rodeándolo con una sustancia aceitosa. ¡La impertinencia de este bruto! Clara comenzó a protestar antes de recordar la mordaza en su boca.

El dedo se insertó lentamente en su agujero más privado, entrando y saliendo a un ritmo suave, cada vez presionando un poco más profundo.

"Usted es virgen aquí, ¿verdad?", preguntó el capitán Hamilton retóricamente. Él sabía la respuesta. Clara nunca había permitido que nadie la tocara allí. A pesar de su profesión, Clara había prohibido que ella y sus niñas se hacer eso. La sodomía era para buggers y putas comunes.

Y, sin embargo, se sintió sorprendentemente estimulante, aunque embarazoso. Una sensación extraña, pero no desagradable. Justo cuando Clara

comenzaba a gustar el extraño masaje de este lugar secreto, sintió que su dedo de él se iba. Un momento después volvió con algo menos agradable. Algo más grande, liso como la madera. Sí, junto con el olor a leche y pepino, ahora olía a palo de rosa y cera. Un suave y redondeado extremo de algo se introdujo en su agujero, esta cosa extraña que se sentía mucho más grande que un dedo. Por lo que podía ella decir, tenía la forma de una lágrima porque entraba con una punta, que ella acomodaba fácilmente, pero luego la forma se hinchó, dolorosamente, como una campana invertida, un tulipán o quizás una bombilla. La bombilla estaba presionada hasta el tope. Sofocada por su mordaza, Clara soltó un grito urgente. Todo esto mientras el capitán Hamilton había estado hablando, pero Clara había estado demasiado absorta por el enchufe para escuchar. Ahora, por fin, ella lo escucho.

"... has navegado al norte de mi buena opinión", le regañó. "Este es tu justo castigo".

Sí, esto fue un castigo. Por ahora, el extraño tulipán de madera en ese agujero privado había comenzado a arder con un repentino calor que crecía con cada segundo. Clara rechinó los dientes contra la mordaza de seda. Clara gritó. El capitán Hamilton se movió para pararse frente a su cuerpo restringido de ella. Inclinandose, él levantó su cabeza por su cabello y la miró fijamente a sus llorosos ojos azules.

"Esto es lo que merecen las rameras traviesos, ¿no?", preguntó retóricamente.

Él dejó caer su cabeza de ella. Los dedos de los pies de Clara bailaban en el piso de madera con desesperación, sus uñas de los pies golpeaban como pequeños martillos. Ella gritó una protesta salvaje que sonaba demasiado como "no" a los oídos de su atormentador.

"¿No?!" preguntó en su tranquilo barítono. "¿Dijiste que no?"

El dolor era insoportable. La lágrima fluía en los ríos de sus ojos. Ella nunca había experimentado algo como esto. Nunca.

Él agarró su cabello una vez más. Ella apenas podía concentrarse en su rostro, tan guapo pero tan cruel. Clara sintió que sus ojos giraban hacia atrás en su cabeza.

"Pronto terminará", dijo el capitán Hamilton en tono monótono.

Ella pensó en ese momento que él quería matarla. Y ella habría muerto felizmente en lugar de soportar esta tortura humillante y su dolor insoportable. El hombre era un verdadero sádico. Ella lo había juzgado mal. Había pensado demasiado en sí misma y en su facultad para manipular a los hombres. Clara

se había equivocado con el capitán Hamilton. No era un hombre con quien jugar. El capitán Hamilton no era un hombre para una burla. Y ahora Clara pagaría el precio, tal vez con su vida.

## Capítulo cinco

El capitán Hamilton se rió entre dientes. Clara había confesado hace un momento que, en la noche del atentado, temía que la terrible experiencia fuera la muerte de ella.

"Oh, eso es rico, querida", respondió el capitán Hamilton.

Él había sido amable con ella desde su venganza. Ahora, sentado en su salón compartiendo champaña y conversando agradablemente, el capitán Hamilton actuó como si no hubiera pasado nada entre ellos que fuera algo fuera de lo común. Fue una semana completa y cuatro días más tarde, incluso ahora, cada vez que ajustaba su posición sentada, Clara se daba cuenta de un dolor inquietante.

"Los caballeros se zuró en las nalgas a las jóvenes desobedientes durante siglos", explicó el capitán Hamilton. "En cuanto a la salve, la fórmula se remonta a la Antigua Roma, que se transmite de generación en generación. Podemos agradecer a Petronius, el gran escritor durante el imperio de Nerón, por registrar sus ingredientes. Aceite, pimienta molida y semilla de ortiga picada. Causas para dejar una picadura, ¿no es así?"

Clara aún no podía reírse de este desagradable incidente, pero podía apreciar su humor. Y tal vez el castigo había sido merecido. Nunca volvería a jugar un juego tan peligroso con el capitán Hamilton como lo había hecho con su truco de menta. Ella respetaría su autoridad sobre ella. ¿Qué otra cosa podía hacer?

"¿No me dijiste una vez que conocías a un joven llamado Ian McShane?", preguntó el capitán Hamilton. Había recogido un periódico doblado del armario de licores y se lo había dado a ella. Ella vio el encabezado de inmediato. "Confederado casualidades de guerra en Cedar Creek", decía.

Su corazón se aceleró.

"Aquí se reúnen las pérdidas de regimiento sufridas por el ejército Robert E. Lee en Cedar Creek, Virginia", el informe decía.

Allí siguió una larga lista de divisiones y regimientos y los nombres de los soldados individuales. Entre las víctimas de la división del general Ramseur se encontraban el propio general junto con cientos de sus hombres, incluido un soldado llamado Ian McShane, de cuarenta y un años. Clara volvió a leer el nombre una y otra vez. Ian McShane. Esa habría sido la edad de Ian

ahora. Ella pasó la página del periódico a la biografía de Ian.

El soldado Ian McShane, el ejército del norte de Virginia. Muerto en acción, 19 de octubre de 1864. Nacido en 1823 en Oxford, Carolina del Norte, hijo de Catherine y John McShane, John Ian McShane fue golpeado por una tragedia a una edad temprana cuando su madre y su padre murieron durante el brote de fiebre tifoidea en 1824. McShane fue criado en el orfanato masónico...

Clara tocó el fino papel de periódico, recordando al chico que una vez había amado, la sensación de su piel contra su cuerpo en un día tormentoso hace tanto tiempo. Ian McShane.

"... el soldado McShane fue enterrado en el campo de batalla, junto con 320 soldados confederados".

"¿Era ese el chico que conocías?", preguntó el capitán Hamilton.

"Sí", respondió Clara, con tristeza. "Él era."

Ella le devolvió el periódico al capitán Hamilton y tragó saliva. El pasado era pasado. Solo existía el presente y lo que una mujer podía hacer para mejorar sus circunstancias.

"Eso fue hace mucho tiempo", ella dijo, ocultando cualquier sentimiento que le había dejado al hombre joven ella había sabido y a la mujer joven que había sido.

"Sí", el capitán Hamilton estuvo de acuerdo. "Era. Y la vida no es siempre lo que nos gustaría que fuera. Lo cual me recuerda. Tengo algo que preguntarte. "

La voz del capitán Hamilton adoptó el tono formal que había llegado a reconocer como su señal de que ella debe estar tranquila.

"¿Sí, señor?" contestó ella.

Pregunte, esa era la palabra clave. Una solicitud. Un favor. No fue una orden, no fue un castigo. El capitán Hamilton estaba haciendo el papel del caballero en este momento, no del disciplinario, no del bruto. Clara sintió como si empezara a entenderlo. ¿O se estaba engañando a sí misma pensando que alguna vez podría leer la mente de este hombre inusual? El capitán Hamilton no se parecía a ningún otro hombre que ella hubiera conocido.

"¿Qué puedo hacer por usted, señor?", preguntó con amabilidad.

Él se rió de nuevo, sus ojos sonriendo. Ella le agradó, de eso estaba segura.

"Hace poco, una noche, los caballeros y yo tuvimos una discusión

privada sobre nuestro... ¿diríamos proclividades? Con aventureras como tú y tus chicas", comenzó.

"Una discusión muy interesante, estoy seguro", comentó Clara.

"De hecho," el capitán Hamilton estuvo de acuerdo. "La charla se prolongó hasta bien entrada la noche y, por fin, abordamos aventuras no cumplidas. Los deseos no cumplidos".

"Ya veo", dijo Clara. Porque ella vio ahora la dirección de la petición que venía.

"Señor Mortimer, nuestro excelente hombre de letras, expresó un particular anhelo tan delicado que le causó una gran mortificación al revelarlo a nosotros".

Clara tomó un trago de champán. Ella se preparó.

"¿Y qué podría ser eso, me pregunto, este anhelo particularmente sensible del señor Mortimer?", ella reflexionó.

El capitán Hamilton se rió una vez más, haciendo que las líneas alrededor de sus ojos se arrugaran. A pesar de sus mejores intenciones, Clara se sintió sucumbir nuevamente a sus encantos. Cuando era así, el capitán Hamilton era difícil de resistir. Un sádico encantador: ¿había tal ser en la creación de Dios? Si es así, él estaba sentado frente a ella.

"Desde su juventud, el señor Mortimer ha soñado con desflorar una chica inocente. "

"Ah", comentó Clara. "La perla más allá del precio".

"Sí", confirmó. "Yo, yo mismo, no estoy tan inclinado. Prefiero a la niña más triste pero más sabia".

Se detuvo para mirar directamente a los ojos de Clara como si encontrara en ellos tristeza y sabiduría. En deferencia, Clara bajó la mirada.

El capitán Hamilton continuó. "Algunos caballeros no comparten mi sentimiento", dijo. "Ellos desean el tesoro intacto, la flor no arrancado. Tan buen compañero es el señor Mortimer. En resumen, el señor Mortimer desea tenera una virgen. Le he asegurado que esto se puede arreglar".

"Dios mío", dijo Clara.

"¿Tu Dios?" el capitán Hamilton se burló.

"Es una expresión, señor, no una afirmación de hecho", dijo Clara con más irritación en su tono de lo que había querido revelar. Ella suavizó su voz.

"Rezo para que el señor Mortimer esta sano, pero si no lo está, espero que no sea de la superstición que aún sostienen algunos hombres de que una virgen los curará de la enfermedad de Venus", dijo Clara.

"El señor Mortimer está bastante bien ", respondió el capitán Hamilton. "No es una cura para la enfermedad venérea que él desea".

"Es una feliz noticia para el señor Mortimer", dijo Clara. "Desafortunadamente, hace mucho tiempo que mis chicas depositaron sus tiernos pétalos en el altar de esa misma diosa. Como saben, buen señor.

"Lo hago", respondió el capitán Hamilton rápidamente. "Y es por eso que he ideado un plan".

"¿Un plan?"

"Un plan. Te permitiré obtener una virgen de fuera del Castillo de Trueno. Creo que su hombre de color lo visita en ocasiones para satisfacer sus necesidades.

"Scopio, sí", afirmó Clara.

"Dirigirás a Scopio para que asegure una virgen y tráela aquí la víspera del trece de noviembre. Haré que mi hombre, Ichabod, la admita en la prisión por una puerta trasera para no despertar sospechas".

"¿Tu hombre Ichabod?"

El centinela que te ha acompañado de aquí para allá.

"Ah sí, Ichabod. Conocía su rostro pero no su nombre. ¿Eso es todo? —preguntó Clara con tanto sarcasmo como pudo poner en su lengua sin tentar al diablo en el capitán Hamilton.

"Eso es todo", terminó el capitán Hamilton.

"Entonces supongo que debería ir ", dijo Clara, apresuradamente antes de que él pudiera decir más. Ella vació su vaso y se levantó. El capitán Hamilton también se puso de pie, elevándose sobre ella.

" Debieras ", el capitán Hamilton estuvo de acuerdo. "Pero solo después de que termine contigo."

Se sentó de nuevo y se preparó la rodilla. Dándole palmaditas, dijo: "Ven aquí, niña".

Oh, pensó Clara. Él quiere eso. Sí, Clara estaba empezando a entender al capitán Hamilton, el hombre y sus oscuros deseos.

\*\*\*

"¿Alguna vez has pensado en irte?" preguntó Cliff.

"Pienso en poco más", respondió Bebé.

Cliff estaba haciendo un espectáculo de traer la comida de la mañana, llevándola lentamente a la celda que ahora era el hogar de Bebé. El desayuno de hoy era tocino y sémola con una galleta y salsa. Una taza de café de

achicoria vino en una taza de lata.

"No", aclaró Cliff. "Quiero decir, ¿alguna vez piensas en dejar tu, ah... profesión?"

"Oh," respondió Bebé. "Ese. Pues no, Cliff, yo no. Es una profesión respetable. Las damas de Nashville lo han demostrado o las bellezas de Francia, oigo decir.

"No sabría nada de todo eso", dijo Cliff. "Nunca he estado en Nashville. Nunca he estado en París. Demonios, Richmond era un largo camino para que yo viniera. Oh, lo siento señora".

"Disculpa aceptada", dijo Bebé, secamente.

Él estaba tímido ahora. Ella vio el rubor en sus mejillas de él. Bebé dudó y luego pensó, ¿por qué no arrojar precaución al viento? Seguramente los vientos de Virginia podrían soportar una pequeña brisa dentro del Castillo del Trueno.

"¿No te casarías con una chica de mi profesión entonces?", preguntó Bebé, audazmente, pero con un toque de burla en su lengua.

Ahora la cara de Cliff se enrojeció por completo.

"Yo, ah..."

Bebé se echó a reír, sosteniendo sus costados.

"¿Qué es todo esto?" Clara exigió, pero de una manera agradable. Ella había caminado desde su propia celda para ver la causa de la frivolidad.

"Cliff estaba proponiendo matrimonio", le dijo Bebé a Clara mientras le guiñaba un ojo a Cliff.

"¿Estaba él ahora?", comentó Clara. "Supongo que será una boda de junio. ¿O esperarás tu liberación, Bebé? "

Clara tuvo otro pensamiento en poco tiempo. "¿O ustedes dos escapan? Cliff podría fácilmente deslizarte por la puerta principal, me imagino",

Mirando directamente a los claros ojos azules de Cliff, Clara agregó, "Este joven haría bien huir contigo contigo".

Acantilado se aclaró la garganta antes de hablar.

"Ha pasado", les dijo.

"¿Qué ha pasado? " exigió Clara.

Acantilado continuó. "Los prisioneros han tratado de escapar. Uno casi lo hizo. Hizo que su chica tejiera un uniforme, como el mío, no sabrías la diferencia. Lo trajo escondido debajo de su falda".

"Dios mío", comentó Clara.

Cliff asintió. “Y entonces, un día, el prisionero se puso el uniforme sin previo aviso y caminó a través de la puerta principal, pasando a los guardias. Casi se salio con la suya”.

Bebé y Clara escucharon atentamente.

"¿Pero?", Incitó Clara.

"Pero fue descubierto por una pequeña cosa, sus zapatos, o la falta del zapatos. El prisionero andaba descalzo".

"Oh no", dijo Clara. "¿Por qué él no tenía zapatos?"

"Fueron robados la moche anterior", informó Cliff.

"Cielos arriba", comentó Clara.

Cliff se apoyó contra el marco de la puerta de la celda, relajándose en la conversación.

"Si iba a escapar, lo haría bien", dijo con una confianza que Bebé no había visto antes.

"¿Y cómo harías eso?" preguntó Bebé.

Volvió toda su atención a la joven.

"Me cavaría un túnel", respondió.

"¿Un túnel?" preguntó Bebé.

"Un túnel. Hay un trecho en Trueno donde ni siquiera los centinelas van a ir. Lo llamamos el callejón de las ratas. Está abajo del patio de las damas. Puedes verlo desde allí. No hay nada más que paja en la tierra y las ratas en todos lados. Las ratas lo convirtieron en su hogar hace mucho tiempo y nadie ha sido tan tonto como para intentar que se vayan. Yo cavaría un túnel debajo de allí. No tendría que ser demasiado largo. Es solo un corto camino desde el callejón de las ratas hasta la libertad. Y luego, una noche, al amparo de la oscuridad, me arrastraría hacia arriba y hacia arriba. Simplemente me alejaría de la vida en prisión”.

Clara estaba tomando todo esto. Bebé escuchaba como si escuchara a Cliff por primera vez.

"Lo harías", comentó Clara.

"Con seguridad, lo haría", dijo Cliff.

Era una aventura tonta, pensó Clara. Y, sin embargo, ¿qué era más tonto que la prisión cuando la libertad estaba a unos pocos pasos?

"Esta es charla ociosa", concluyó Clara, con sensatez. "No debes hablar de esto otra vez", le dijo a Cliff. "Vamos a decir nuestras oraciones y seremos liberados a su debido tiempo".

Era una tontería pensar en tales cosas cuando había asuntos más

urgentes que considerar. Clara seguía reflexionando sobre su dilema. Ella sabía que si el capitán Hamilton deseaba algo, cualquier cosa, esa cosa sería suya. A esta conclusión a la que había llegado durante sus ochenta y dos días de encarcelamiento en Castillo del Trueno. En este nuevo mundo extraño en el que ella vivía ahora, una virgen para un periodista no era una petición irrazonable. La mayor duda sobre al señor Mortimer fue sobre si merecía el elevado título de periodista. Escritor tabloide fue quizás el término más preciso. El Herald sería mejor usado como papel higiénico. La Tribuna de Nueva York era un mejor periódico, dijo el capitán, a pesar de su apoyo al radical Karl Marx en Inglaterra y a nuestro propio radical Abe Lincoln aquí en Estados Unidos.

Clara sabía que era mejor nunca presentar una opinión contraria a cualquier cosa que el capitán Hamilton dijera o quisiera. Ella había aprendido a estar de acuerdo con el capitán Hamilton, sin importar lo que supiera ella. Di como dice, o nunca nos iremos, pensó Clara, recordando a su Shakespeare. Si el capitán Hamilton dijo que Clara era una perra, entonces ella era una perra. Si él decía que ella era una zorra, ella era una zorra. Si la capitana Hamilton determinó que Clara necesitaba un castigo, entonces merecía ser castigada. Su verdad era su verdad de ella, sus deseos su deber. O así debía ser si ella deseaba sobrevivir en el Castillo del Trueno.

Mientras Bebé y Cliff se miraban, Clara reflexionó sobre su tarea. Una virgen en Richmond. ¿Había tal criatura que encontrar? Clara no miraría a los niños, a las niñas menores de dieciséis años. Eso era una depravación que ella no iba a consentir. Su mente vagó de regreso por una tarde hace mucho tiempo.

*El día que sucedió, Clara estaba sentada en el jardín de rosas con su pretendiente, Ian McShane, el muchacho del establo de la Escuela Morganton para Sordos y Mudos. Clara esperaba la llegada de su padre en su carruaje, recogiénola de los estudios del día sobre el lenguaje de los sordos. Su padre había insistido en que ella aprendiera el idioma para comunicarse mejor con su hermano menor, sordo ya que un caso de fiebre manchada lo había dejado sin su audiencia un año antes.*

*Esa tarde, Clara e Ian observaron cómo el cielo se volvía de un color amarillo espeluznante. Una tormenta de verano llegó a las estribaciones de los Apalaches, trayendo consigo una ola de truenos oscuros que se abrieron con un rugido y un relámpago. Un torrente de lluvia azotó las planicies. Atrapados en el aguacero, los otros estudiantes se apresuraron a regresar al edificio de ladrillos de la escuela. Todos excepto Clara.*

*Tomando la mano de Clara, Ian la condujo por el camino embarrado hasta el granero, a cierta distancia de la escuela. En la lluvia cegadora, Clara se dio cuenta rápidamente de que su visión era inútil ya que el diluvio la obligó a confiar completamente en Ian para guiar el camino. En el interior se refugiaron.*

*Desde su puesto, una yegua castaña y su potro volvieron sus ojos conmovedores a los dos intrusos. Más adelante, un gato curioso levantó su rostro gris desde el asiento de un cochecito de caballos. Sobre su gran rueda trasera, Ian arrojó su abrigo, el cual había empleado como un dosel para protegerse de la lluvia. Desatando y quitándose su sombrero húmedo, Clara sacudió su cabello para que se soltara, colgando en rizos mojados.*

*"Somos como dos ratas de río ahogadas", comentó Ian.*

*"Me atrevo a decir", estuvo de acuerdo Clara.*

*"Ven", le ordenó, guiándola de nuevo de la mano.*

*Esta vez fue a una escalera apoyada contra la viga transversal del pajar. Ella ascendió primero con Ian abajo lista para atraparla en caso de que hubiera dado un paso en falso. Se apresuró hasta que ellos uno se pararon en un espacio superior enmarcado por postes y vigas que sostenían un techo de gambrel en forma de pico. Colgando de un gancho de metal había una lámpara de aceite, que Ian ahora encendía con un fósforo de una caja de yesca. Las balas de heno se amontonaban al final de la habitación, cerca de una ventana grande y cerrada. Pasando por encima de una trampa, Ian condujo a Clara a una cama de paja suelta. Sobre la paja yacía una manta de lana gris, cubierta por una segunda manta.*

*"¿Es aquí donde duermes?" Preguntó Clara.*

*"Sí", respondió Ian. "Tengo una cama si la quiero. Pero esto me queda bastante bien".*

*Él le tocó el pelo, sus ojos vagaban desde su rostro hasta su cuello y más abajo.*

*"Cogerás tu muerte si no abandonas esas prendas mojadas", dijo.*

*Instintivamente, Clara se aferró a la tela de su blusa. Ella observó con tímida curiosidad cómo Ian se quitaba la camisa empapada, revelando su pecho liso y sin vello y sus perfectos pezones del tamaño de una moneda de diez centavos. Tomando su mano en la suya, él presionó su palma contra su caja torácica de él.*

*"Sentir", le dijo a ella. "¿Puedes sentir mi corazón latiendo en mi pecho?"*

*"Puedo", confesó ella. Más que eso, ella podía sentir su propio corazón latiendo con fuerza.*

*Con dedos suaves, Ian desabrochó la blusa y el corsé de Clara, deslizándose fácilmente sobre sus hombros y sobre sus brazos. En otro momento, él le aflojó la cintura y le bajó la falda y las enaguas hasta los tobillos. Se desabrochó las botas y se las quitó para permitir que Clara saliera de su vestido mojado. Ahora estaba parada solamente en su camisa y cajones.*

*"Debes perder su frialdad", advirtió. "Aquí. Tumbate en la manta".*

*Clara se dejó caer de espaldas, mirando a Ian todo el tiempo. La cubrió tiernamente con la capa superior de lana. Se quitó los zapatos y se dio la vuelta para desabrocharse los pantalones, que pronto se deslizaron por su ágil cuerpo y fueron echados a un lado. Tan pronto como Clara vio que él estaba desnudo debajo, ella apartó los ojos. Su rostro de Clara se enrojeció con un nuevo tipo de rubor. Ella mantuvo los ojos cerrados mientras Ian se arrastraba a su lado.*

*"Estás temblando", él dijo.*

*Ella estaba, pero no del frío.*

*"Déjame calentarte", le dijo, arrastrándose entre las mantas para recostarse junto a ella.*

*Él la abrazó cerca y, por primera vez en su joven vida de ella, Clara sintió la dulce satisfacción de un cuerpo de hombre presionado contra el suyo. Una ola de emoción cruda inundó su ser, ¡tantos sentimientos! La confusión, la aprensión y el deleite se mezclaron junto con algo completamente nuevo, algo que solo pudo nombrar como el pecado de lujuria que había escuchado predicar los domingos por la mañana. En el techo de hojalata, la lluvia caía en un ritmo insistente que coincidía con el pulso de los dos jóvenes amantes. Volviendo su rostro hacia el suyo, los labios de Clara se encontraron con su boca de Ian. Ella abrió para él, dándole la bienvenida a su lengua. Se besaron hasta que sus cuerpos se habían acomodado el uno en el otro.*

*Clara se dio cuenta de un latido extraño que comenzaba en ese lugar más privado entre sus muslos. La mano de Ian estaba sobre la tela húmeda y delgada que cubría los senos. Rodeando primero uno y luego el otro pezón antes sus dedos movido hacia abajo, Ian le acarició la barriga de ella hasta que encontraron la abertura de sus cajones. Clara se sonrojó ante la intrusión. ¡Seguramente este no fue el propósito de la entrepierna abierta!*

*Desde su infancia le habían dicho que su función era servir mejor a la naturaleza, pero ahora se preguntaba si eso no era lo que las ancianas también querían decir. La mano de Ian se abrió camino en la separación de las piernas del pantalón y en la mancha de carne húmeda que dolía de una manera curiosamente nueva. Clara gimió y susurró su nombre.*

*Levantándose luego de su lado hasta que estuvo equilibrado sobre ella, Ian colocó sus manos sobre la cama de paja. Mirando profundamente en sus ojos, besó a Clara con amor antes de bajar con una mano para colocar la cabeza de su miembro duro contra el nido de su sexo. Ella sintió en él vacilación, como si él estuviera luchando con alguna decisión final. En otro momento se decidió. Él empujó dentro de ella sin remordimientos. Clara sintió una extraña sensación de estiramiento seguida de un dolor tan intenso como el que jamás había conocido. Ella gritó cuando la virginidad se rompió, liberando un chorro de sangre caliente.*

*"Lanza tus piernas a mi alrededor", instó Ian.*

*Ella hizo lo que le decían y se sorprendió de que la nueva postura facilitara el acto de hacer el amor. El dolor disminuyó lentamente cuando Ian encontró un ritmo de vigor juvenil. Aunque a ella no le gustaba, Clara se sentía satisfecha cuando el cuerpo de Ian se sacudió con un fuerte gemido de liberación, y él se derrumbó sobre ella. Yacía allí inmóvil como la muerte. Clara se dio cuenta de su respiración, disminuyendo a un ritmo constante. La respiración de Ian también se había desacelerado a causa de sus frenéticos pantalones. ¡Y ahora vino de manera uniforme y con un ronquido! Él estaba roncando. Se había quedado dormido. Clara, también, se deslizó en un sueño satisfecho.*

*Un número desconocido de horas más tarde, ella se despertó al silencio. La lluvia había cesado con el paso de la tormenta. Levantando su cabeza del brazo de Ian, Clara miró alrededor del desván, inhalando su olor a levadura de heno, caballos y cuero. La confusión inquietó su mente por un momento hasta que recordó sus circunstancias, el día tormentoso y su rito de paso. Su mirada se posó en su novio. Aunque en realidad no era su novio, considerando los acontecimientos de la tarde, bien podría haberlo sido. Ella se preguntó la hora. La hora se hizo tarde. La oscuridad llenó el desván, roto solo por la luz de la luna que se filtraba a través de las grietas entre las tablas de las paredes del granero. En el gancho de metal, la lámpara de vela hacía mucho que se había quemado.*

*Clara se levantó de la cama de paja de Ian y se vistió en silencio*

*mientras él dormía. Recogiendo su vestido de un montón de heno, tocó la tela de algodón para encontrar que se había secado. Recogió el sombrero y los guantes y se alejó sin despertar a su amante de sus sueños. Tan pronto como bajó la escalera y se deslizó entre los caballos, llegó a la gran puerta principal. Deslizándose para abrirla, fue recibida por las vistas más desagradables. El superintendente de la escuela, el maestro Foote, estaba allí, levantando una linterna hasta que estaba al nivel de su cara. La audaz luz hizo que Clara parpadeara. Inclinandose hacia adelante para verificar la identidad del reprobado, el señor Foote frunció el ceño en reconocimiento. La luz brillante debajo de su barbilla comparó los rasgos de su rostro sombrío a una máscara usada para la Eva de Todos los Santos. En ese momento, una nube de murciélagos pasó volando por encima de ellos, emitiendo un suave sonido de aleteo.*

*"¡Señorita Adcock!", gruñó el maestro Foote.*

*Clara se desesperó porque un mundo de problemas estaba a punto de caer sobre su cabeza, más fuerte que la tempestad de aquel día. Ella tenía razón.*

*A la tarde siguiente, el camino había sido despejado de miembros caídos y surcos fangosos. Cuando el coche de caballos de su padre se detuvo frente a la escuela, el maestro Foote corrió hacia el doctor Adcock antes de que Clara pudiera localizarlo para explicarle. ¿Pero para explicar qué? ¿Que estaba enamorada de Ian McShane? ¿Un simple chico estable? ¿Alguien indigno de la hija de un médico?*

*"Una palabra, si me permite al Dr. Adcock", solicitó el Maestro Foote, deferencialmente.*

*"Espera en el coche de caballos, Clara", le ordenó el Dr. Adcock, preocupado y un poco perplejo.*

*Los dos hombres se mudaron a un lugar lo suficientemente lejos de Clara para que ella no pudiera escuchar su conversación. El maestro Foote habló todo al principio, mirando a Clara con desaprobación de vez en cuando antes de volver a centrar su atención en su padre. A su vez, el Dr. Adcock miró a Clara solo una vez, y en su rostro ella leyó primero el asombro, luego la negación, luego la ira, y finalmente la decepción. Apartando la mirada de Clara, el Dr. Adcock dirigió su mirada al suelo.*

*Unos minutos más tarde, la discusión concluyó con ambos hombres dándose la mano. El Maestro Foote apoyó la palma de la mano en la parte superior del brazo del Dr. Adcock, en un gesto que sugería que se requería*

*una demostración de apoyo moral adicional en estas difíciles circunstancias.*

*Clara se preparó. Su padre se unió a ella en el asiento y levantó las riendas. No dijo una palabra. Hubo silencio todo el camino a casa. Más tarde esa noche en su casa, su padre se acercó a ella y le dijo, "Has demostrado un grave error de juicio, Clara. Usted ha regalado el regalo máspreciado que una joven tiene para dar, un regalo que debe reservarse para su esposo. Te has degradado irreversiblemente con un joven de bajo carácter que aprovechó tu inocencia. Tal vez algún día te encuentres con un hombre que te perdone. En cuanto a mí, nunca lo haré".*

*¿Qué elección tuvo ella? Cuando Ian apareció en la ventana de su habitación en la oscuridad de la noche, suplicándole a Clara que se fuera con él a Richmond, dejó la casa de su padre y ella se fue.*

Clara sólo tenía quince años. No, no permitiría que el señor Mortimer despucie a una niña de quince años o menos. Una virgen. Y luego llegó a Clara. Era otro truco, y Clara había jurado no volver a engañar al capitán. Pero a la luz de sus circunstancias, ¿qué podía hacer ella?

## Capítulo seis

Por fin llegó la tarde de la desfloración. El capitán Hamilton le había dado la habitación al señor Mortimer, quedándose solo para proporcionar un acompañamiento de piano. Liebestraum de Listz, el capitán Hamilton había decidido. "Sueños de amor". Apropiado. La cama de bronce se había trasladado al centro de la sala, preparada con sábanas frescas y el edredón rojo. Esta noche no habría audiencia. Esto sería un asunto privado entre el señor Mortimer y su virgen.

Una hora antes, la virgen fue entregada por Scopio a Clara en una puerta trasera de la prisión. Clara consoló a la niña con la voz de una madre mientras Ichabod esperaba. El nombre de la niña era Isabelle. Ella era una criatura encantadora con una cara llena y hermosa, mejillas rojas regordetas y profundos ojos azules, complementando el color del sencillo vestido que cubría su esbelta figura. Un gorro azul oscuro remataba su cabello ondulado muy rubio.

"Isabelle", comenzó Clara. "Este hombre te llevará a alguien que te apreciará. Su nombre es señor Mortimer. Quiero que hagas todo lo que el señor Mortimer pregunta. ¿Puedes hacer eso por mí?"

"Sí, señora", respondió Isabelle.

"Buena niña", dijo Clara, palmeando su mano. "Ahora ve. Ichabod te mostrará el camino."

Entregada para el ritual de sacrificio, la niña inocente pronto estuvo desnuda, acostada en la cama que el capitán Hamilton le había proporcionado. El comandante no aprobó completamente este asunto de la depuración por placer. De alguna manera, parecía injusto alegrarse por el robo de lo que las jóvenes reservaban para su novio. El capitán Hamilton no solo se preocupó por las niñas mismas, sino también por los jóvenes que algún día buscarían sus manos en el matrimonio. ¡Imagina la decepción en su noche de bodas! Pero el capitán Hamilton había aprendido hace mucho tiempo en Oriente que los hombres requieren diferentes satisfacciones, o eso es lo que las chicas de geishas le habían asegurado. Los deseos del señor Mortimer tal vez no eran peores que los de cualquier otro hombre.

Desde su asiento al piano, el capitán Hamilton solo tuvo que mirar de reojo para observar el progreso. Sus dedos habían terminado la primera cadencia de Liebestraum y comenzaron la larga cascada de ensueño que

separaba las dos secciones de la pieza. Girando ligeramente la cabeza, el capitán. Hamilton vio que el señor Mortimer se había quitado los pantalones, aunque no la camisa, y había colocado su miembro erecto entre las piernas abiertas de la virgen. Fijada debajo de él en una sábana blanca, Isabelle suplicó en un chillido agudo.

"¡Oh, no señor!" ella rogó.

La protesta pareció servir solo para inflamar aún más al señor Mortimer. En respuesta, empujó su dura verga en su bolsillo casta.

"¡Abierto para mi!" ordenó el hombrecito.

"¡No!" gimió Isabelle. "¡Por favor, señor!"

Lamentablemente, el señor Mortimer parecía tener algunas dificultades con la tarea en cuestión. Parecía que la virginidad era tan renuente como la virgen.

"¡Lance sus piernas sobre mi espalda!", el señor Mortimer gritó con frustración.

Emitiendo un grito de protesta estrangulado, Isabelle obedeció. Agarrando sus caderas, el señor Mortimer presionándose sobre su forma retorcida

"¡Quédate quieto!" exigió. Isabelle se calló, gimiendo patéticamente. Insertando su arma masculina con más fuerza en el apretado agarre, el señor Mortimer empujó una y otra vez y una vez más hasta que con un rugido logró entrar en esa cueva húmeda de placer. Se retiró y volvió a zambullirse hasta que estuvo totalmente dentro del territorio virgen.

"¡Ay!" Isabelle chilló.

El señor Mortimer bombeaba rápidamente cuando la virgen jadeaba y sollozaba, y antes de que la canción de amor de Listz terminara, el periodista emitió un fuerte gemido gutural y terminó. Se levantó tan rápido como se había gastado, se puso los pantalones y las botas a toda prisa y se marchó de la habitación sin agradecimiento o despedida.

El capitán Hamilton concluyó Liebestraum y se puso de pie. Isabelle yacía temblorosa, una mancha de color rojo sobre la sábana blanca que servía como testimonio de la desfloración. Resistiéndose contra su impulso de consolar al pobre niña, el capitán Hamilton se despidió. Él enviaría a Ichabod a ver a la chica.

Y sin embargo, vaciló fuera de la puerta cerrada, escuchando los gemidos dentro del salón. ¿Era tan bestial como se rumoreaba que era? Él se preguntó. ¿Que no podía encontrar piedad en su corazón para consolar a una

virgen desflorada? Pero ahora el capitán Hamilton escuchó algo más, algo completamente fuera de lugar. ¿Esa risa que escuchó?

\*\*\*

"¡Me lo confesarás!", gritó el capitán Hamilton.

El slapjack de cola de castor encontró su objetivo en las mejillas enrojecidas del culo de alabastro de Clara. La habían arrojado sobre una silla de la manera más grosera que se pueda imaginar, y estaba atada de tal manera que no podía hacer nada más que mover el trasero en señal de protesta.

"¡Usted es un bruto, señor!", gritó ella de nuevo.

"Estoy de hecho", confirmó el capitán Hamilton. "¡Y bruto seré hasta que confieses!"

El slapjack golpeó de nuevo. La piel de Clara se sacudió en respuesta. Seguramente el capitán Hamilton la había marcado como suya con ese instrumento malvado. Habría ronchas y moretones, y ¿era esa sangre lo que ella sentía ahora? Algo caliente caía entre sus nalgas.

"¡Confiesa!" insistió él.

Sintió el golpe de la paleta de cuero una y otra vez.

"¡Sí! ¡Sí! Detente, y te confesaré", le suplicó Clara.

El capitán Hamilton mantuvo su brazo firme en el aire, el instrumento negro que lo castigaba aferrado por el mango.

"Bueno, entonces", dijo, deteniéndose.

Se calmó antes de devolverle el slapjack al cinturón. Con una fuerza impresionante, levantó él la silla a la que estaba atada Clara y la giró para que su cabeza de ella ahora se enfrentara la silla del capitán Hamilton. Se sentó de nuevo.

"Comience", le instruyó.

Clara inhaló profundamente, consciente de que había estado respirando de una manera tan superficial que casi se había desmayado.

"Lo confieso", dijo Clara. "La chica no era virgen".

"¡Ah!", respondió el capitán Hamilton. ¿Se estaba riendo? Clara levantó la cabeza.

"Ojos abajo en mi presencia", ordenó.

Ella bajó la cabeza de inmediato.

"Y sin embargo, dadas las apariencias...", le incitó.

"Un truco de puta", respondió Clara.

Sus cejas negras se alzaron sorprendidas.

"Dime", animó.

Clara tragó saliva antes de volver a hablar.

"Alum", explicó ella. "Disponible en cualquier boticario. Mezclado con aceite de almendras y cera, se puede insertar en una vagina antes del acto. Se aprieta muy bien y dura un buen rato".

"¿Hiciste eso hoy?", dijo el capitán Hamilton.

"Ay, sí", afirmó Clara. "Ha engañado a muchos hombres".

"¿Y la sangre?"

"No es sangre en absoluto", dijo Clara. "Era el jugo de cereza en un frasco se deslizó debajo de una almohada y se sacó en el momento oportuno. Estoy seguro de que el señor Mortimer estaba tan distraído por su pasión que no se dio cuenta".

El capitán Hamilton no pudo evitar sonreír y quedar impresionado si estuviera dispuesto a admitirlo tanto.

"Qué bruja tan inteligente eres, señorita Adcock. ¿Y la niña?"

"Me temo que ella es una de las mías", admitió Clara.

"Ya veo", reflexionó el capitán Hamilton. "Y no un niña en absoluto, supongo."

"No señor. Una niña de dieciocho años.

"¿El rubor virginal en las mejillas de la chica?"

"Jugo de remolacha, señor."

"Ya veo", reflexionó el capitán Hamilton.

Clara esperó en silencio. El capitán Hamilton mantuvo su propio silencio durante varios minutos antes de volver a hablar.

"¿Será este nuestro pequeño secreto?", preguntó con voz suave.

Clara suspiró audiblemente.

"Será", ella estuvo de acuerdo.

"Y haremos la paz, uno con el otro".

"Paz", repitió Clara. "Me gustaría eso, mucho."

"No más trucos", confirmó el capitán Hamilton.

"Ninguno, señor", le aseguró.

"No habrá ningún engaño de tu parte", dijo el capitán Hamilton.

"No, señor", dijo Clara.

"Buena chica", dijo el capitán Hamilton con aprobación. "La musaraña ha sido domesticada".

¿Pero ella tenía? Él tenía que estar seguro.

"Habrà una cosa más", él agregó.

"¿Sí, el capitán Hamilton?"

"Castigo."

Clara todavía estaba atada en su silla, con las mejillas de su culo aún herido del cuero del flapjack. ¿No era esto suficiente castigo?

"¡No!" protestó ella.

"Sí", insistió. "Me temo que se requiere un castigo adecuado. Si te dejas ir sin el castigo adecuado, no tengo ninguna garantía de que no repetirás la ofensa".

"Ay, pero te juro que no lo haré", dijo Clara en un torrente de palabras.

El capitán Hamilton levantó la mano y extendió los dedos.

"¡Silencio! Habrá castigo. El castigo será justo", dijo, terminando la discusión y moviéndose hacia la puerta. Al abrirlo, gritó por el pasillo, "¡Ichabod! ¡Ichabod! "

"Sí, señor", Ichabod llamó y vino corriendo. El capitán Hamilton volvió a entrar en la habitación. Clara podía sentir los ojos del guardia sobre ella, pero su cabeza estaba girada de tal manera que no podía verlo. El centinela, sin embargo, tenía una vista completa de sus nalgas expuestas de ella.

Llévate a esta puta al patio y cuélgala para que todos la vean. Déjala como está, desnuda como en pelotas. Que sea el patio de las mujeres, Ichabod. Le permitiremos un mínimo de modestia, incluso si ella no tiene modestia".

"Sí, señor", respondió Ichabod.

Y asegúrate de que ninguna de las mujeres acuda en su ayuda o hable con ella. Difundir la palabra."

"Sí, señor."

Se corrió la voz, y nadie lo hizo. Clara estaba desnuda en el patio de las mujeres, con los brazos encadenados a un poste. Afortunadamente, a ella no le colgaban desde los pulgares como los prisioneros que disgustaban al capitán Hamilton. Ella podía doblar los brazos detrás de la espalda o dejarlos a los lados, unidos por una cadena en cada muñeca, una cadena pesada que conectaba las dos muñecas pero con suficiente holgura para que Clara pudiera mover sus brazos hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás desde el poste de metal. Eso, al menos, fue una misericordia, no mostrada a sus homólogos masculinos.

Durante todo el día, hasta el atardecer, Clara permaneció desnuda, expuesta a los elementos. Ya era noviembre y por la tarde la temperatura había bajado drásticamente. A medida que se acercaba la oscuridad, una lluvia ligera comenzó a caer, lo que enfrió a Clara hasta el hueso. En la oscuridad de

la noche, Clara fue liberada de sus cadenas por Ichabod y regresó a su celda.

La fiebre comenzó dos días después. Clara supo que había estado durmiendo durante mucho tiempo cuando se despertó repentinamente para encontrar al Capitán Hamilton sentado en el borde de su cama, hablando con ella en un tono que sugería la mitad de una conversación. A través de su nebulosa conciencia, Clara se dio cuenta de que había estado ausente desde el comienzo de la conversación.

"¿Clara? ¿Clara? "

Ella escuchó al Cap. Hamilton llamando mientras se deslizaba en un sueño.

Para el cuarto día, Clara estaba delirando, murmurando palabras que no eran palabras sino solo sílabas de sonidos. El capitán Hamilton convocó a un médico del hospital Chimporazo. El doctor Eduardo Perry solo tenía que ver la cara enrojecida y la lengua blanca y escuchar la tos jadeante del paciente para pronunciar su declaración.

"Neumonía", determinó el doctor Perry. "Inflamación aguda de las membranas de los pulmones. En la neumonía, la sangre del cuerpo se extrae de la piel al inundar los pulmones con exceso de líquido. La única cura conocida es la sangría".

"¿Y cómo se hace eso, señor?", preguntó el capitán Hamilton.

El doctor sonrió.

"Con sanguijuelas. Necesitaré que el paciente sea trasladado a Chimporazo. Haré arreglos para el tratamiento allí".

El doctor Perry vaciló.

"Tomará algún esfuerzo para obtener las sanguijuelas, dado el bloqueo..."

El capitán Hamilton entendió.

"Maldita sea el costo", él declaró. "Maldita sea todo. Haz lo que necesites hacer, hombre. Pero debes salvar su vida de ella. Sálvate la vida de ella o tendrás que responderme".

Clara gimió ruidosamente. Echando la cabeza de lado a lado sobre la almohada, su hermosa rostra se contorsionó en un esfuerzo por respirar. Ahora una palabra se formó en sus labios.

"Por favor", susurró ella, con los ojos cerrados. "Por favor."

El doctor Perry había prestado atención. "Haré lo mejor que pueda, capitán Hamilton. Ten la seguridad de que lo haré".

Clara se quedó en silencio, deslizándose de nuevo en un sueño oscuro.

Clara soñó, y en el sueño vio a dos hombres fuertes levantarla. Pero luego volvió a mirar y vio que los hombres no eran hombres en absoluto, sino ángeles con alas brillantes, levantándola ella hacia arriba y hacia las blancas nubes de un cielo azul grisáceo. En otro momento, Clara vio que no era un cielo sino una manta, una manta gris azulada sobre una sábana blanca y en la sábana se colocó a Clara con suavidad. Ella bajó de las alturas y se metió en la nube, y el cielo de la manta se levantó sobre ella.

"¿Dónde estoy?" Ella murmuró.

Una voz profunda respondió, "Estás en el hospital, querida".

Luego otro sueño. Una sombra, delgada como una escoba, barrió la habitación. Él está buscando cadáveres, Clara quería decirle a alguien, pero no había nadie para contar. La escoba está buscando a los muertos para barrerlos. Me esta buscando, Clara pensó.

Y luego la escoba se derritió mientras formaba una cara, la cara verde espantosa de un súcubo. Un demonio, pensó Clara con horror. El demonio se cernió sobre ella, y su boca se ensanchó exponiendo los dientes de lobo detrás de los labios rojos de una mujer. Los labios descendieron sobre los pechos de Clara y chuparon y chuparon. Clara pudo escuchar el sonido de succión que el demonio hizo en su pecho.

"¡No!" gritó Clara.

Entonces una niebla se levantó y cubrió al demonio ya Clara también, y ella sintió frío, repentinamente frío. Tal vez esto sea la muerte, pensó Clara. Tal vez la muerte haya venido a reclamarme.

Y entonces vio a la Muerte, de pie al final de un túnel oscuro a la luz, parado allí con el uniforme de su oficial.

"¡Capitán!" le llamó Clara. "Mi capitán."

\*\*\*

Semanas después, bueno, de nuevo, Clara no recordaba nada de su tiempo con el doctor Perry. Pero cuando fue dada de alta del hospital de Chimporazo y regresó a la prisión del Castillo del Trueno, Clara era una mujer cambiada. La terapia de sanguijuelas la había curado de neumonía y había curado de ella otra cosa: su dependencia del capitán Hamilton. Nunca más volvería a confiar en este hombre que casi había causado su muerte de ella.

Por su parte, el capitán Hamilton también parecía haber cambiado debido a la terrible experiencia. La enfermedad de Clara lo había ablandado. El capitán Hamilton ya no era la bestia que él había estado con ella. Ahora estaba tierno en su remordimiento. El capitán Hamilton se siente culpable,

pensó Clara. Él necesita escucharme decir que lo perdono.  
Perdónalo. ¿Podría ella alguna vez?

## Capítulo siete

"Quiero que hagas algo por mí", dijo el capitán Hamilton, utilizando su voz más suave.

"¿Sí?" preguntó Clara.

Estaban sentados en sus sillas en el club de los caballeros, solo ellos dos. Solo habían pasado unos pocos días desde su estancia en el hospital y, sin embargo, allí estaba ella, de nuevo, como si nada hubiera pasado. Eso fue mucho en carácter con el capitán Hamilton. Negocio como de costumbre, este negocio de placer. Él le regaló una caja de madera clara de aproximadamente un pie de tamaño cuadrado.

"¿Para mí?"

El asintió.

"Ábrelo", dijo.

Levantando la tapa, Clara miró dentro.

"Oh mi", exclamó ella.

Colocando la caja en su regazo ella quitó su contenido. Era un vestido rojo-rosa con un diseño de flores blancas y una gran faja negra alrededor de su cintura.

"Oh, es hermoso", ronroneó Clara de pura delicia, sosteniéndola delante de ella por las mangas.

"Se llama un kimono", le informó el capitán Hamilton. "En Japón las geishas las llevan".

"Escuché un rumor de que estabas en Japón una vez", dijo Clara, tentativamente, apartando la vista de la bata por un momento antes de mirar a los colores vibrantes.

"Escuchaste bien", confirmó el capitán Hamilton. "Serví en la Marina de los Estados Unidos bajo el comodoro Perry. Vi a Japón entre 1853 y 1854".

"¿Y las geishas?" preguntó Clara. "Tú también los viste, supongo."

El capitán Hamilton se rió en voz baja.

"Sí, conocí a un número de geishas durante mi estancia en tierra".

"Estoy seguro de que lo hiciste", comentó Clara. "Bueno, esto es simplemente hermoso, el capitán Hamilton. No sé cómo agradecerte, pero estoy seguro de que ya has pensado en una manera".

El se rió de nuevo.

"Lo he hecho", admitió. "Puedes ponerte el kimono por mí".

"Sí, señor", respondió ella.

Clara se puso de pie y deshizo los botones del vestido de día, el blanco con el corpiño de encaje y una falda plisada. Sacando su pequeño cuerpo de la prenda de algodón, ella lo dejó caer a la alfombra antes de quitarse la camisa.

"Para", ordenó el capitán Hamilton. "Quédate un momento."

Clara se quedó inmóvil, perfectamente desnuda.

"Realmente eres una mujer hermosa", dijo, con sinceridad.

Clara sintió que su piel se ruborizaba de aprecio. Los hombres siempre habían felicitado a Clara por su rostro y figura, sin embargo, cuando el Capitán Hamilton dijo las mismas palabras que había escuchado tantas veces durante tantos años, de alguna manera adquirieron un nuevo significado. ¿Pero por qué? Clara se preguntó. ¿Seguramente ella no era tan tonta como para enamorarse de los encantos de su guardián? Porque eso era lo que era el capitán Hamilton. Él era el comandante de la prisión del Castillo del Trueno, y ella era su prisionera. Ella nunca debe olvidar eso.

"Gracias", dijo Clara, con rigidez.

Clara se había acostumbrado a las cosas buenas. Su carrera como señora del Paraíso de Eva había traído recompensas más allá de lo que podría haber imaginado como la hija de un médico de la zona rural de Carolina del Norte. Clara estaba acostumbrada a tener lo mejor de todo, incluyendo vestidos de Londres y París. Pero nunca hasta ahora había sentido su suave piel una tela tan delicada y tan sedosa como este kimono de Japón. Ella ató la faja alrededor de su pequeña cintura.

"Ay, Capitán. Hamilton", dijo ella en voz baja. "Esto es exquisito. Simplemente exquisito".

Él sonrió con placer.

"Me alegra que te guste", dijo. "Y tengo algo más para ti".

De su bolsillo sacó una pequeña botella marrón con un tapón en la parte superior.

"¿Qué es esto?" preguntó Clara cuando lo recibió de él.

"Majikku", respondió el capitán Hamilton. "La magia. Lo compré cuando estaba en Oriente, hace muchos años. Lo he estado guardando para una ocasión especial. Una dama especial".

Clara levantó el tapón del frasco y lo olió.

"Ah", dijo ella. "Une eau de toilette".

"Oui", confirmó el capitán Hamilton. "Por favor aplícalo".

Clara frotó la botella contra sus muñecas y cuello y luego volvió a olerla, tratando de identificar los olores. ¿Almizcle? ¿Clavo? ¿Canela? Y algo más.

"¿Qué es este extraño perfume? " preguntó Clara.

"Te lo dije", repitió el capitán Hamilton. "Majikku. Es la magia del láudano. Opio. Cannabis."

"Ay", dijo Clara. "Amapolas de Oriente. Por supuesto."

Dando un paso adelante, el capitán Hamilton quitó lentamente la cinta que Clara había atado alrededor de su cintura unos minutos antes. Él abrió el kimono para exponer su desnudez. Colocando una gran mano plana entre sus piernas de ella, ordenó, "Aquí también".

"Sí", dijo Clara.

Ella puso el perfume en los muslos internos. El capitán Hamilton pasó un dedo grueso a lo largo de sus labios inferiores.

"Aquí también", dijo. "Aplicalo aquí, también."

"Sí, señor", dijo Clara, obedientemente.

Inclinando la botella hasta que sus dedos se humedecieron con la tintura, ella extendió el líquido a través de sus pliegues.

"Dentro también", exigió el capitán Hamilton.

"Sí, capitán Hamilton".

Clara metió un dedo en su raja. Ella estaba muy mojada. Ella sintió que el líquido frío se extendía dentro de ella.

"¿Cómo te sientes?" preguntó el capitán Hamilton.

Clara reflexionó por un momento.

"Me siento bastante bien", ella afirmó.

Los ojos del capitán Hamilton se arrugaron con diversión.

"Estoy seguro de que lo eres", dijo. "¿Te gustaría sentarte?"

"Creo que lo haría", respondió Clara, mirando hacia la silla.

"Aquí", corrigió, asintiendo hacia abajo. "Aquí."

Ella se acomodó en la alfombra.

"Me uniré a ti", dijo quitándose las botas y los calcetines, luego los pantalones y la camisa. Se sentó, cruzando las piernas de modo que cada pie descansara debajo de la rodilla opuesta. Clara no pudo evitar notar que ya estaba erecto.

"Esto es lo que los orientales llaman la pose de meditación de loto", explicó. "Se originó en la India y fue prestado por los japoneses. Lo aprendí de las geishas".

"Ya veo", dijo Clara, sintiendo algo parecido a los celos ante la mención de las geishas. Pero ¿por qué ella demonios debería estar celosa de esas geishas?

"Pruébalo", le dijo a ella.

Ella lo hizo, imitando su postura de él.

"Bien", pronunció él cuando ella asumió la pose. Ajustó su posición para que sus rodillas desnudas se tocaran entre sí. Sus ojos de ella vagaron de nuevo a su miembro duro.

"Ahora quiero que coloques tus manos sobre tus muslos, con las palmas hacia arriba", instruyó.

Clara hizo lo que le dijeron. El capitán Hamilton se inclinó hacia adelante y, con una mano en el interior de cada muslo de ella, empujó suavemente sus piernas para ajustarlas.

"Allí", dijo, mirando a su grieta rosa expuesta de ella. "Cierra tus ojos."

Ella los cerró.

"Los occidentales tenemos mucho que aprender de nuestros amigos orientales", dijo el capitán Hamilton. "Lo que tú y yo intentamos aquí es la trascendencia de lo físico para lograr lo espiritual. ¿Lo entiendes?"

Clara abrió los ojos. No, ella no entendió. Pero, ¿realmente le importaba al capitán Hamilton si ella entendía o no? Clara estaba teniendo pensamientos tan extraños esta noche, desde que había olido ese perfume extraño.

"No estoy seguro", logró decir.

"Déjame aclarar", expuso. "La filosofía oriental nos dice que el universo es de dos partes, el yin y el yang. El yin es la parte femenina y el yang es el masculino. En todas las cosas hay dualidades. Luz y oscuridad, agua y fuego, sol y luna. El universo es uno, pero el uno se une como sus dos partes. ¿Está claro?"

"Creo que sí", dijo Clara. "¿Se necesitan dos mitades para hacer un todo?"

"En cuestión de palabras, sí, tienes razón", estuvo de acuerdo. "El yang necesita que su yin esté completo. ¿Entiendes lo que te digo, Clara?"

"Entiendo", dijo ella, aunque su mente se sentía tan borrosa que no estaba segura de haberlo hecho.

"Buena chica", dijo, pasando un suave dedo por la sensible piel de su vientre plano. Involuntariamente el cuerpo de Clara temblaba. Incluso su toque

se sintió diferente esta noche. Todos sus sentidos eran intensos y palpitantes. Sus dedos de él anchos fueron entre sus piernas, probando y burlando. Clara empujó sí misma hacia su mano.

"¡No! Quédate perfectamente quieto ", ordenó.

Clara se congeló en posición. Ella no se movería de nuevo, no importaba cuánto lo deseara ni cuánto la deseaba él. Porque ahora ella vio que su miembro duro también temblaba, moviéndose por sí solo en espasmos de necesidad insatisfecha. En otro momento vio como una gota de líquido claro se acumulaba en la punta.

"¡Montame!" exigió de repente.

Levantándose, Clara bajó sus muslos separados sobre su erección completa y envolvió sus brazos alrededor de sus fuertes y anchos hombros. El capitán Hamilton ajustó sus piernas del ella para que se enroscaran alrededor de su cintura. Moviendo sus grandes manos para ahuecar sus nalgas, apretó la tierna carne. Como había hecho con otros hombres en otros momentos en esta posición, Clara comenzó a subir y bajar por la dura verga.

"¡No!" corrigió el capitán Hamilton. "No te muevas. Quédate donde estés sin moverte".

Clara sostuvo su postura, sentándose ligeramente sobre sus muslos, su pinchazo dentro de ella.

"Quiero que respires conmigo", le ordenó. "En la inhalación, aprieta tu músculo vaginal. En el aliento, suelta. Inhale y apriete. Espira y relájate".

"Sí, el capitán Hamilton", murmuró Clara. "En y apretar. Fuera y relájate".

"Inhala conmigo", él dijo. Clara respiró hondo, apretando su coño. Mientras lo hacía, sintió que le apretaba la verga, hinchándose dentro de ella.

"Y fuera..." ella dijo, suavemente. Respiró, aflojando el agarre que su gato tenía sobre su miembro duro.

"Y dentro", él susurró. "Y fuera."

"Y dentro", ella repitió, también en un susurro. "Y fuera."

"Respira la energía del universo", él dijo en voz baja. "Y espíralo. Conviértete en uno con la respiración. Conviértete en uno conmigo".

Clara respiró dentro y fuera, dentro y fuera, apretando y soltando, dentro y fuera. Y él tenía razón: Clara podía sentir que se fundía en el cosmos, en el cielo nocturno y en mil millones de estrellas, y en él, el capitán Hamilton, este hombre tan inusual en el arte del amor oriental.

"No te muevas", susurró con urgencia.

Clara se mantuvo perfectamente inmóvil cuando una ola de sensaciones se apoderó de ella, chocando contra el centro de su ser, girándola una y otra vez en su imaginación mientras forzaba a su cuerpo a permanecer inmóvil. La ola le dio vueltas ella, hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás, con su cuerpo sacudiéndose locamente, en un poderoso éxtasis que no se parecía a nada que hubiera conocido. Clara se sintió como una perla en un collar de perlas. La cuerda vibraba a la música de las esferas. Clara era una mera gota de deseo en un vasto universo de puro placer. Ella ya no sabía dónde terminaba su cuerpo y comenzó el suyo. Eran un solo cuerpo, pulsando juntos.

"No te muevas", le oyó susurrar. Ella no se atrevió a moverse.

Clara se mantuvo perfectamente quieta mientras él llegó al climax dentro de ella.

\*\*\*

En los días y luego de las semanas posteriores a la recuperación de Clara de la neumonía, a ella le pareció que ella y el capitán Hamilton se habían convertido en amantes de una manera que nunca podría haber imaginado antes en su relación. Sus relaciones sexuales se hicieron cada vez más intensas cuando Clara se dio cuenta de que se había acostumbrado tanto a sus veladas juntas que su ausencia le doliera. A pesar de su resolución de permanecer independiente, Clara se enamoró del capitán Hamilton. Pero, ¿cómo podría ser eso? Era imposible, y sin embargo, su corazón luchaba con sentimientos conflictivos de lujuria, amor y renuencia.

Pero luego, dos días antes de Navidad, todo volvió a cambiar de una vez. Muy temprano ese viernes por la mañana, tres oficiales aparecieron en la puerta de la oficina del capitán Hamilton. La más fea de ellos hinchó su pecho, empujando los botones de latón en su uniforme de color amarillo.

"El capitán James Arnold Hamilton", dijo con una voz presumida de autoridad, "por el poder que me confió el Estado Confederado de Virginia, te coloco bajo arresto por el delito de los actos más crueles e inhumanos de negligencia y abuso, por aceptar sobornos de los presos y por el delito de homicidio".

El oficial soltó esta última palabra mientras lanzaba una mirada ferozmente de desaprobación al comandante, quien parecía estar tomando su sorprendente arresto con calma.

"Es mi deber transportarte para comparecer ante el honorable juez Wilkinson del tribunal de distrito de la ciudad de Richmond a las mil cien

horas de hoy".

Con un aire de autosatisfacción, el detective concluyó su actuación al liberar al capitán Hamilton de sus esposas de policía, pistolas, cuchillos y slapjack. Los otros dos oficiales se quedaron con expresiones vacías en sus caras opacas, sin hacer nada. La fea taza a cargo terminó el drama de la escena poniendo del capitán Hamilton dentro las esposas y llevándolo por la calle Cary.

Se corrió la voz por la prisión como la viruela. Bebé fue la primera en escuchar.

"Capt. ¡Hamilton ha sido arrestado! "ella le dijo a Clara.

"¿Detenido? " preguntó Clara, desconcertada.

"Detenido. Cliff lo vio él mismo. Tres enchufes feos se llevaron al capitán con puños. Ha sido acusado de matar a un hombre".

"¿Mató a un hombre?" Clara se dio cuenta de que solo estaba repitiendo palabras vacías que no tenían sentido para ella. "¿Qué hombre?"

"Un yanqui. No sé su nombre, el alma pobre ", respondió Bebé. "Murió de colgar en el poste".

Clara recordó el prisionero demacrado que vio esa primera noche después de dejar el salón del capitán Hamilton. Al prisionero lo habían colgado por sus pulgares en el patio de los hombres.

"Dios mío," jadeó Clara.

"Cliff dice que el capitán Hamilton ha sido falsamente acusado porque Cliff sabe a ciencia cierta que el yanqui murió de inanición. El yanqui se negó a comer. Hablaba de estar en la India durante la década de 1840 con el comercio de opio. Dijo que se enteró de algo llamado protesta contra el hambre por parte de los Gentoos. El yanqui dijo que lo han hecho en la India durante siglos ", dijo Bebé, sin aliento.

"Nunca he oído hablar de tal cosa", comentó Clara. "Morir de hambre cuando tenemos disturbios de pan aquí en Richmond por falta de comida".

"Lo sé," Bebé estuvo de acuerdo. "Pero eso no es lo único que han acusado al capitán Hamilton. Se enteraron del club de los caballeros".

Ahora Clara sintió que se le revolvía el estómago, no de hambre sino de miedo.

"Cliff dice que están trayendo a un nuevo hombre para que esté a cargo. Dice que es amigo de Jeff Davis de West Point. El general Sidney Anderson es su nombre".

"¡Oh no! " exclamó Clara. "¡No es el general limpio!"

Pero era cierto. El año nuevo, 1865, vio a un nuevo comandante en la prisión del Castillo del Trueno, un ambicioso militar que había asistido a West Point con Jefferson Davis cuando era un joven cadete. Sin el conocimiento de todos, a excepción de Clara, el general Anderson también era un antiguo cliente del Paraíso de Eva. De hecho, él era el caballero conocido como general limpio. Como Clara sabía muy bien, el general limpio sufrió un pequeño problema con su miembro, cual no se levantó a menos que primero él se pusiera un vestido de dama. Dada la naturaleza potencialmente vergonzosa de su predilección de él, la ascensión del general Anderson—el general limpio—al alcaide de la prisión del Castillo del Trueno no fue un buen augurio para ella y sus chicas, temía Clara.

Ella tenía razón. Inmediatamente, el general Limpy se dispuso a deshacer todo lo que había hecho el capitán Hamilton. El primer cambio fue la eliminación del club de los caballeros. No habría sobornos en el Castillo del Trueno, dijo el general Anderson a un periodista del Despacho Diario de Richmond, quien parecía ansioso por creerle. Todos los prisioneros serían tratados igual.

Lo que significaba que todos los prisioneros, incluidos los caballeros de Hamilton y las chicas de Clara, ahora compartirían las mismas condiciones miserables. La vida privilegiada que Clara y sus chicas habían disfrutado llegó a un repentino final cuando fueron arrastradas nuevamente al área común del ala de las mujeres.

"Se restaurará el orden", dijo el general Anderson a la multitud de prisioneros reunidos para el recuento matutino. "La decencia prevalecerá. No fallaré a la buena gente de Richmond como lo hizo mi predecesor".

Las cosas no salieron bien para ese predecesor. A fines de enero, el capitán Hamilton había sido juzgado en el tribunal de la opinión pública, incluso antes de que se determinara su destino. Cliff encontró a Bebé y Clara en el patio de las mujeres y les leó en voz alta del Despacho Diario de Richmond.

"El ex director de la prisión del Castillo del Trueno está recluido en la cárcel de Richmond, acusado de numerosos delitos, incluido el asesinato injustificado de un preso de la Unión con motivo de un ligero comentario hecho por dicho prisionero contra el comandante. El testimonio contra el capitán Hamilton es del personaje más confiable".

"¡Mi pobre capitán!" exclamó Clara.

Cliff era ahora la única fuente de contacto de Clara con el mundo

exterior. Unos días después, Cliff leyó en voz alta el veredicto.

"El día de su juicio, el capitán Hamilton se dirigió a la multitud como si fuera un actor en el escenario y el juez fuera su audiencia. Vestido con su traje de noche, el capitán Hamilton se arremolinaba con sus botas negras y se presentaba ante el tribunal. El juez no quedó impresionado con el dramaturgo fallido. El capitán Hamilton fue declarado culpable de todos los cargos.

"El juez Ricardo Wilkinson pronunció la sentencia diciendo. 'Señor James Arnold Hamilton, por crímenes de lesa humanidad, te condeno a veinte años de trabajos forzados con la pelota y la cadena en el lugar que el fiscal general pueda dirigir. Hasta ese momento, cumplirás tu sentencia en la prisión confederada del Castillo del Trueno en Richmond, Virginia'.

"Oh, Dios mío", exclamó Clara.

"Espera", dijo Cliff. "Hay algo sobre ti."

"¿Yo?" Preguntó Clara.

Acantilado siguió leyendo.

"Se determinó que una cantidad de prisioneros dentro del Castillo del Trueno se habían beneficiado de los crímenes del capitán Hamilton. El juez Wilkinson impuso tiempo adicional a esos prisioneros.

"¿Qué?" Preguntó Clara. "¿Qué tiempo adicional?"

"Eso es lo que dice el periódico", informó Cliff. "Tiene una lista de nombres. La tuya está aquí con la sentencia de ciento ochenta días adicionales para ser servida en Castillo Trueno".

"¿Qué?" Clara dijo de nuevo. ¿Otros ciento ochenta días más sumados a su castigo original de cuatrocientos ochenta días? ¿Podría ser esto verdad?

Pero era cierto, no solo para Clara, sino también para sus chicas y para los caballeros del club de caballeros. Era más de lo que algunos de ellos podían soportar.

\*\*\*

"¿Escapar?" dijo Clara, un poco demasiado fuerte. "¿Estas loco?"

"¡Silencio! ¡Cállate!" insistió Bebé, llevando su dedo índice a sus labios rosados. Miró a su alrededor con recelo para ver quién había oído por casualidad. Estaban acurrucados en el patio de mujeres, donde habían ido a lavarse en la bomba de agua de la comunidad. "Cliff nos ayudará", dijo Bebé, suavemente.

"Acantilado", repitió Clara. "Oh niña".

"No, no", Bebé la tranquilizó. "Él sabe cómo".

Clara miró hacia el cielo gris pizarra. Era a finales de febrero de

1865, y había llegado el frío. Ella se estremeció bajo su abrigo de lana. La bomba de agua estaba congelada.

"¿Y cómo podría ser eso?" preguntó Clara, desafiante.

"El callejón de ratas ", susurró Bebé.

"¿Qué?" Preguntó Clara.

"El callejón de ratas", dijo Bebé en voz alta.

La boca de Clara formó una O perfecta.

"Ay, no", dijo ella.

"Ay, sí", replicó Bebé. "Cliff dice que hay una chimenea en la gabinete que se usaba para quemar tallos de tabaco. El Castillo del Trueno solía ser una fábrica de tabaco".

"Sí". Clara asintió. "Recuerdo."

"Nadie va allí", explicó Bebé. "Cliff puede dejarnos entrar después de que toque en su corneta La muerte no es el final. Dijo que un hombre podía sacar los ladrillos de la pared de la chimenea y cavar un túnel detrás de ellos, justo debajo del Callejón de Rat y pasar por el portón trasera de la prisión".

Clara tenía demasiadas preguntas para hacerlas todas a la vez. Ella comenzó con la más obvia.

"¿Nosotros?" preguntó ella. "¿Déjanos entrar después de La muerte no es el final?"

Bebé sacudió la cabeza con un tirón para que las ondas de su largo cabello rojo cayeran alrededor de su cara.

"No las mujeres, por supuesto. Los hombres."

"¿Los hombres?" repitió Clara.

"Los hombres que planean este escape", declaró Bebé.

"¿Hombres? " preguntó Clara. "¿Más de un hombre? ¿Más que Cliff?"

"Sí", dijo Bebé con cierta impaciencia, "Cliff ha reclutado a una pandilla de ellos. Su capitán Hamilton está muy ansioso... "

Los ojos de Clara se ensancharon.

"¿El capitán Hamilton? ¿Es parte de esto? "

"Ay, sí", le aseguró Bebé. "Él está liderando el cargo, por así decirlo. Cliff es el renegado. El capitán Hamilton es el comandante".

"Ay de mí", dijo Clara con un suspiro.

"¿Puedo contarte un secreto?" preguntó Bebé.

Clara se echó a reír.

"¿Porque? ¿No lo has hecho ya?"

Bebé ignoró esto.

"Comienzan esta noche", confesó ella.

"Dios mío", dijo Clara lentamente. Ella se levantó el cuello de su abrigo. La nieve se había detenido en la noche, pero el suelo estaba helado. Bebé llevaba solo un vestido amarillo y parecía no importarle el frío en absoluto.

"Me dirás cuando este escape esté a punto de suceder, ¿no?", preguntó Clara.

"Lo haré", le aseguró Bebé y luego se detuvo para mirar profundamente a los ojos preocupados de Clara.

"¿Estás con nosotros?" preguntó Bebé.

Clara no respondió. La verdad fue que ella no estaba segura.

## Capítulo ocho

“Sun Tzu, El Arte de la Guerra. Cada batalla se gana antes de pelear”, recitó el capitán Hamilton.

Los conspiradores se habían reunido en el patio de los hombres después de comer un patético desayuno de pan duro y papilla de maíz en el comedor. El general Anderson había ordenado más de una docena de nuevas requisitos que establecían reglas adicionales para la operación de la prisión del Castillo del Trueno. Cada mañana, a las cinco en punto, los prisioneros fueron despertados por la repiqueteo de platillos. A las cinco y media, los prisioneros debían reunirse para el contando matutino, los hombres en el patio de los hombres y las mujeres en el suyo.

A las seis en punto, el desayuno se servía en los comedores, uno para las noventa mujeres prisioneras, el otro lleno de más de novecientos hombres. Posteriormente, los reclusos tuvieron libertad para deambular por los quads o regresar a sus celdas hasta la cena en el comedor a las cuatro en punto.

Ahora, reunidos en su patio, los hombres de lo que antes había sido el club de caballeros del capitán Hamilton formaron un círculo de confianza, inclinando sus cabezas hacia un centro imaginario del compromiso.

"El más fuerte de ustedes sufrirá el trabajo duro", entonó el capitán Hamilton. "Eso significa que usted, el señor Woods, y usted, el señor Carpenter".

El desertor confederado y el espía de Pinkerton asintieron en consentimiento.

"El más pequeño de ustedes cavará a través del túnel", continuó el capitán Hamilton. "Son ustedes los señores Jiménez y Mortimer".

"¿Yo?" preguntó el señor Mortimer con una voz que chilló nerviosamente.

"Sí, señor", respondió el capitán Hamilton. "Eres tan pequeña como una mujer y pasarás más fácilmente a través del espacio estrecho".

"Pero..." el Sr. Mortimer balbuceó.

"Sin peros, señor. ¿A menos que decidas quedarte atrás?"

"Bueno no..."

"Entonces está resuelto. Comenzaremos esta noche, caballeros. Los señores Woods y Carpenter se reunirán conmigo en el sótano del ala noreste después el jugador juega La muerte. He arreglado que Clifford Buford privado

te libere de tus celdas y te muestre el camino".

"¿Y qué papel debo jugar?", preguntó el señor West, el principal reportero del Herald de Nueva York.

"Tu eres ambos son inteligentes y fuertes", respondió el capitán Hamilton. "Serás mi segundo al mando. Estarás a mi lado durante la excavación y escape".

"Muy bien", respondió el señor West.

Comenzaron esa noche, el jueves 9 de marzo de 1865. El lugar había sido elegido: una pared de ladrillos al lado izquierdo de la chimenea de la gainete. La caja de fuego había estado fría desde que la fábrica se había convertido en una prisión casi tres años antes. Bajo la guía del capitán Hamilton, los señores Woods y Carpenter trabajaron arduamente para recoger el mortero entre los ladrillos utilizando los cinceles proporcionados por Cliff. Tres noches de trabajo de esta manera habían transcurrido antes de que se descubriera un cuadrado de cemento de dos por dos y dos pies y medio detrás de los bloques rojos retirados. Con la nueva luz de cada amanecer, los hombres reemplazaron los ladrillos para que, a simple vista, todo pareciera como siempre había sido. A pesar de que nadie entró en la sala de incendios, el Capitán Hamilton no se arriesgaría a que el general Anderson ordenara una inspección de las instalaciones.

El lunes 13 de marzo se produjo un cambio de planes. En lugar de trabajar de noche, el capitán Hamilton ordenó a los señores Carpenter y Woods que se reunieran con él en el sótano después del desayuno. Ahora comenzó el trabajo ruidoso. Desvistiendo hasta los pantalones, los cofres desnudos y relucientes de sudor, los dos hombres más fuertes atacaron la pared con picos. Gruñendo y gimiendo, los músculos abultados por el esfuerzo, en el crepúsculo de esa noche, los trabajadores se habían abierto paso hasta la tierra fangosa detrás de la pared de cemento.

Naturalmente, esta actividad había generado una cantidad peligrosa de ruido, una falla estratégica que podría haber evitado el intento de escape antes de que ocurriera. El capitán Hamilton había anticipado esto y con la ayuda de Cliff, la raqueta se había cronometrado perfectamente. Como sucedió, el general Anderson había ordenado la instalación de barras de hierro en todas las ventanas del interior de la prisión. La intención del nuevo comandante había sido desalentar los pensamientos de escapar de las mentes de los prisioneros. Era una buena ironía, no perdida en el capitán Hamilton.

Al día siguiente volvió la rutina. Después de que escucharon a Cliff

tocar "Ya he las llevado a la luz", el capitán Hamilton y los señores West, Carpenter y Woods se reunieron en la sala de incendios. Tomando turnos, los dos hombres excavaron una excavación de dos pies detrás de la pared de ladrillos y luego salieron, dirigiéndose hacia el norte a través de la tierra. En la parte delantera del túnel, el Sr. West esperó, llenando cubos de hojalata con el suelo extraído y luego entregándolos al callejón de las ratas, donde fueron arrojados debajo de pilas de paja.

Para la noche del quince, el túnel se había vuelto demasiado estrecho para que los hombres corpulentos pudieran maniobrar. El señor Jiménez, con su ligero cuerpo, fue enviado a continuación para continuar la excavación. En este punto, el trabajo había tomado un ritmo constante. Hubo el trabajo de la noche seguido del acercamiento del alba. Con el amanecer llegó el conocimiento de que todos los signos de trabajo tendrían que ser eliminados. Los ladrillos fueron reemplazados en la pared de la chimenea, la suciedad y el polvo barrida y depositada en el patio de los hombres. La tierra excavada fue entregada en cubos al callejón de las ratas, disfrazada con paja.

En la noche del decimoséptimo, el señor Jiménez fue relevado de su deber.

"Haces tu nación orgullosa de ti, señor", dijo el capitán Hamilton al cubano.

El hombre más pequeño, el señor Mortimer, fue enviado al túnel, que ahora se extendía seis pies de largo pero solo dos pies de ancho y dos pies y medio de altura. El señor Mortimer fue menos que entusiasta en su respuesta. Mientras se abría camino a través de la tierra oscura y húmeda, fue recibido repetidamente por ratas, sus cuerpos chillando correteaban a lo largo de sus costados y sobre sus piernas y espalda y cabeza.

"¡Ratas!" él gritó. El señor Mortimer confesó ahora que estaba miedo de los roedores y que habría preferido enfrentarse a Cerberus que a estos demonios fangosos y de cola larga del segundo círculo del infierno.

"¡Se un hombre!" el capitán Hamilton advirtió al cavador, quien había emergido para volver a encender la vela que cada hombre llevaba al túnel. La ropa y la piel del señor Mortimer estaban teñidas de rojo con arcilla y negras con heces de rata.

"Soy un hombre", replicó antes de regresar a su empresa.

Sin embargo, ningún hombre se atrevió a cuestionar la estrategia ni su papel en la trama. Estaba claro que el capitán Hamilton supervisaba la operación, evaluaba el progreso del trabajo de cada noche y mantenía a los

hombres a tiempo. Mientras el capitán Hamilton dormía, que era poco, el señor West se desempeñaba como su reemplazo al mando. Después de nueve noches de excavación, el túnel había crecido lo suficiente como para que fuera necesario un carro de tierra. El pasaje era demasiado estrecho para que un hombre se diera la vuelta, requiriendo en cambio que el cavador se arrastrara hacia atrás como un cangrejo, arrastrando el cubo lleno de lata con él.

Una vez más, el capitán Hamilton proporcionó la respuesta: un sistema ingenioso, que reemplazó el uso desperdiciado de la mano de obra. Astuto, sin ser notado, el soldado Buford había robado un taladro durante la instalación de las barras de hierro sobre las ventanas de la prisión. El capitán Hamilton usó ese taladro ahora para hacer dos orificios en la parte superior de los cubos de hojalata utilizados para la excavación. A través de estos agujeros, pasó una cuerda de unos sesenta pies de largo, una cuerda por cada agujero. La forma en que funcionaba el sistema era la siguiente: el hombre que cavaba dentro del túnel usaba una cuerda para tirar del cubo hacia él. Cuando el cubo estaba lleno de tierra, el cavador tiró de la otra cuerda para que el hombre de la entrada supiera que era hora de tirar del cubo hacia él para vaciarlo. Todo fue idea del capitán Hamilton, por lo que se llevó todo el crédito.

De ida y vuelta, de un lado a otro iba el balde, noche tras noche en la oscuridad iluminada solo por la poca luz de una vela. A medida que el señor Mortimer se arrastraba cada vez más a lo largo del estrecho camino del túnel, encontraba cada vez más difícil respirar. El aire era húmedo y asqueroso con el olor de la descomposición. Las ratas pasaron corriendo, chillando ante el extraño intruso humano en esto tumba viviente.

La mañana del veinte de marzo llegó con una sensación de presentimiento. El cielo negro había palidecido hasta un gris luminoso, amenazando con nevar. El sol saldría como lo hacía todos los días poco después de las siete en punto. Las cuatro llegaron y se fueron y cuando los hombres se prepararon para terminar sus tareas para la noche, todo comenzó a suceder una vez.

Desde su posición, diez pies dentro de la pared de la tierra, el señor Mortimer dio una última puñalada con su martillo. Golpeando algo que parecía una gran roca, golpeó de nuevo y luego con más fuerza, martilleando obstinadamente contra el objeto inmóvil. Y entonces estalló. Una avalancha de líquido pútrido se precipitó en su cara de él, forzando su cuerpo hacia atrás con la presión de mil libras de heces humanas, orina y agua. El señor

Mortimer cerró la boca, pero demasiado tarde. Un trago de la horrible solución se deslizó por su garganta. Amordazado, cerró los ojos cuando fue empujado hacia atrás, con los brazos y las piernas agitándose en el ataque.

En la entrada del túnel, el desafortunado excavador fue expulsado como un nuevo nacimiento en una inundación de líquido amniótico.

"¡Jesús!" exclamó el señor West. "¿Qué demonios pasó?"

El señor Mortimer se puso de pie, limpiándose la mierda líquida de la cara con las manos sucias.

"Debo haber golpeado una línea de alcantarillado", respondió.

"Cristo, hombre", dijo el señor West. "Hueles a letrina".

"¡Me siento como si hubiera estado en el río Styx!", se quejó el señor Mortimer.

Pronto sería el momento para el recuento matinal en el patio. El capitán Hamilton se hizo cargo.

"Señor West", instruyó él. "Lleva al señor Mortimer al patio. Lávelo lo mejor que pueda en la bomba de agua. Haré que el soldado Buford le traiga ropa limpia. Señor Jiménez, limpiaremos este desastre. Tomaremos paja del callejón de ratas para absorber el derrame. Date prisa ahora, todos. Hay que hacerlo antes del recuento de personas.

Sorprendentemente, nadie fuera de la Sala de Incendio se había dado cuenta de la ruptura en la línea de aguas residuales. Había otras seis líneas, informó el Bufford privado al capitán Hamilton. Un descanso no interrumpiría el funcionamiento de los demás. ¿Y el olor? Bueno, no era peor que el hedor de la vida cotidiana en la prisión del Castillo del Trueno. Los hombres aparecieron para el recuento de la mañana a las cinco y media y para el desayuno a las seis. Nadie sospechaba nada en absoluto.

En la noche del vigésimo segundo se reanudó la obra. El Jiménez fue enviado de regreso a la entrada del túnel con la tarea de cavar cuatro pies al sur del camino original. En ese punto comenzó un nuevo túnel, en dirección al este. Para el servicio más allá y más allá, el capitán Hamilton declaró que el señor Mortimer fue relevado de su deber de excavación. El señor Jiménez cavaría el uno segundo túnel de la tierra desaliñada. Se emplearía el mismo método. Y así comenzó de nuevo. De un lado a otro movido el balde hasta el segundo túnel fue construido.

A las tres de la mañana del viernes 24 de marzo, por fin, el señor Jiménez se tiró de la cuerda hasta que se estiró hasta alcanzar la marca de cincuenta y tres pies. Le había llevado diecisiete días de trabajos forzados.

Con la ayuda de Buford privado, el capitán Hamilton había calculado la longitud del túnel para que su punto final quedara directamente debajo del piso sucio de un cobertizo de tabaco no utilizado en la calle Cary. Todo lo que quedaba era cavar hacia arriba a través del suelo de la choza. La liberación se encontraba a pocos metros de distancia.

"Corre la voz", el capitán Hamilton instruyó al señor West. "Dígales a los hombres que preparen sus mochilas y que a las mujeres para empacar las bolsas. Pero sé discreto. Nadie debe saberlo. Los trece de nosotros no sea que alertemos a los guardias".

El señor Jiménez trabajó en serio en el otro extremo del túnel. El suspenso fue doloroso, incluso para un viejo guerrero como el capitán Hamilton. Esperando, podía sentir su corazón acelerado en su pecho de él. Todo estaba en juego, y todo podría perderse en un instante.

Y luego llegaron las noticias. El señor Jiménez salió de la entrada del túnel, con la cara enrojecida por el esfuerzo y el polvo.

"¡Todo está perdido!" gimió en español. "¡Todo está perdido!"

"¡Inglés, hombre! ¡Inglés! ¿Qué estás diciendo?", exigió el capitán Hamilton.

El pequeño cubano estaba a punto de llorar.

"Todo está perdido, señor. ¡Una piedra!"

El señor Jiménez se inclinó por la cintura, recuperando el aliento.

"¡Explique!" ordenó el capitán Hamilton.

El señor Jimenez compuesto él mismo y continuado en inglés.

"Hice una abertura y vi luz arriba. Pero justo cuando pensé que había visto el cielo arriba, mí, ah... ¿Como se dice pala de la mano? "

"No sé lo que está preguntando, hombre", dijo el capitán Hamilton, con impaciencia.

"Si, si", respondió el señor Jiménez. "Mi pala golpeó algo duro. Así que vuelvo a golpear. No se movería este algo duro. Así que desenterré y giré hasta que pude sentir que la tierra cedía".

"Sí", el capitán Hamilton le preguntó. "¿Y?"

"Y la tierra se derrumbó sobre mí. Fue una piedra, señor. ¡Una piedra grande!"

"Cristo", juró el capitán Hamilton, comprendiendo ahora lo que había ocurrido.

"La piedra está en el túnel ahora, bloqueando nuestra vía de escape. Era demasiado pesado para que yo lo levantara. Lo siento. Todo está perdido".

El capitán Hamilton reevaluó, poniendo su mente militar en el problema.

"Lo hiciste bien", el capitán Hamilton le dijo al señor Jiménez. Dándole una palmada en la espalda, cubierto de barro, el capitán Hamilton dijo, "Enviaremos a un hombre más fuerte. Lo hizo bien, señor. Bien hecho."

Así tranquilizado, el señor Jiménez se salió del patio para lavarse y vestirse con ropa limpia. La fuga se retrasaría. Otra noche, otro día gastado en de anticipación.

La noche siguiente, el señor West fue enviado al túnel. Fue un apretón apretado para el periodista de torso barril, arrastrándose esos cincuenta y tres pies de oscuridad iluminados solo por una vela empujada delante de él. Pero al fin llegó a la piedra. Fue un desafío en verdad, digno de Sísifo. Sin camisa, con sus protuberantes bíceps brillando de sudor, el señor West se movió, empujó y gruñó, su rostro se sonrojó por el esfuerzo. Sus gritos de él se podían escuchar todo el camino de regreso a la entrada, el fuerte gemido mientras ejercía una fuerza sobrehumana.

Reapareció no más de un minuto después, arrastrándose hacia atrás a través del túnel.

"Esta fuera. ¡Somos libres!", exclamó. "Levanté la cabeza y vi el interior de la choza. ¡Somos libres! ¡Hay una salida!"

El periodista normalmente reservado estaba fuera de sí con la alegría del momento. El capitán Hamilton aplaudió.

"¡Buen hombre!", gritó.

"Sí, sí", confirmó el señor West. "Podemos arrastrarnos y seguir hacia arriba. La roca rodó hacia el lado del el punto final".

"Entonces está hecho", dijo el capitán Hamilton. "Nos prepararemos hoy. Esta noche haremos nuestro escape. Corre la voz a los demás.

El señor West ofreció su mano, enguantada con tierra y los malos recuerdos del problema de los prisioneros. "Buena suerte", le dijo al capitán Hamilton.

"Buena suerte", repitió el capitán Hamilton.

\*\*\*

"No señor. No lo haré ", gritó Clara desafiante.

"Tranquilo, silencioso", insistió el capitán Hamilton.

Se habían encontrado a la luz de la luna en el patio de los hombres y ahora estaban en la sala de incendios. Cuando Cliff apareció en su celda para despertarla antes de la medianoche, Clara estaba demasiado sorprendida para

hacer algo más que seguir a la joven guardia de manera incuestionable a través de la puerta de la celda abierta hacia el patio de los hombres. Allí, bajo una luna llena, ella había visto al capitán Hamilton de cerca por primera vez desde su arresto. Parecía cansado, más delgado de cara y más áspero de lo que ella lo recordaba de diciembre pasado.

Pero el capitán Hamilton todavía era guapo, aún comandante, todavía confiado. Clara lo había echado de menos. Él tomó su mano y la condujo a una puerta que bajaba las escaleras hasta el sótano. En la habitación para la quema, ella se había sorprendido al encontrar a sus chicas y a los hombres del club de caballeros. ¡Todos parecían haber sabido sobre el escape excepto ella! Todos llevaban mochilas o bolsas de mano que abultaban con sus pertenencias.

"No, señor", dijo Clara de nuevo. "He trabajado demasiado duro y demasiado tiempo para perder todo ahora. ¿Y qué pasa si fortuna nos sonríe y no somos atrapados sino que emergemos, como usted dice, en calle de Cary? ¿Entonces que? ¿A dónde iré? ¿Que haré?"

"Se ha arreglado", le aseguró el capitán Hamilton. "Hay un simpatizante de la Unión en Church Hill..."

"¿Un simpatizante de la Unión? ¿Qué simpatizante de la Unión?" preguntó Clara. Antes de su encarcelamiento, ella creía que en Richmond no pasaba nada de lo que ella no estaba al tanto. Ella no conocía a nadie desleal a la Confederación en toda la ciudad.

"El nombre no es su preocupación", respondió el capitán Hamilton. "Su preocupación es solo por su propia seguridad y bienestar. Y no estás ni seguro ni bien en la prisión del Casillo del Trueno".

Esto que Clara sabía que era verdad. Desde que el general Anderson había asumido el control de la institución, su salud y su espíritu de ella habían caído una vez más. Y aún quedaban más días en su sentencia de prisión de los que podía contar, tantos que había ella perdido la pista en la desesperación.

Además, el general Anderson no era mejor que el resto de su sexo. Clara había visto la forma en que miraba él a las chicas y sabía que era solo una cuestión de tiempo antes de que comenzaran sus demandas de él. Sí, todos los hombres se parecían en lo que se refería a sus deseos, ya fuera esos deseos que estuvieran oscuros o vestidos con ropa de mujer.

"Oh, por favor, Clara", rogó Bebé. "Venga con nosotros". Cliff estaba al lado de Bebé, y Clara vio que él también llevaba una mochila. Por un momento Clara se sintió tentada. ¿Podría el amor conquistarlo todo, como

decían los poetas?

Ella sacudió su cabeza. No, eso fue una tontería. Esta era la realidad. Ella no podía correr el riesgo. No se sabía cuánto duraría la guerra. Todos los días parecía que había otro informe de más hermanos muertos en batalla, como su novio. La guerra había tomado una forma demoníaca. La causa ya no se parecía a la esperanza pura que había sido solo unos pocos años atrás. Ahora era algo más, algo terco y sin corazón. Hubo demasiado derramamiento de sangre. Clara no quería nada más que el fin, sin importar quién ganó la maldita guerra. Pero no había un final a la vista. Ella no podía arriesgarse a violar la ley una vez más.

"No puedo arriesgarme", le dijo Clara a Bebé. "Es diferente para ustedes chicas. Eres joven. Puedes huir y comenzar tu vida de nuevo en otro lugar. Eso no es cierto para mí. Tengo mi casa en la calle décima, el Paraíso de Eva. Tengo todo lo que trabajé tan duro para construir".

No, ella estado muy lejos de Caryville, Carolina del Norte. Clara no lo arriesgaría todo ahora. Ella cumpliría su sentencia en el Castillo del Trueno.

"No iré", le dijo a Capt. Hamilton.

"Ya veo", dijo el capitán Hamilton. Hizo una pausa, mirándola a los ojos. Su gran mano acunó su rostro con un toque tan suave que pensó ella que podría desmayarse. Reflexivamente, ella levantó la mano para tocar sus labios y luego, sin pensarlo, volvió la palma de la mano hacia su boca. Él besó la tierna piel. Ella amaba tanto a este hombre, pensó de repente y luego censuró el pensamiento. Oh no, ella no podía amarlo. Ella no se permitiría esa debilidad.

"Lo siento mucho, querida", dijo el capitán Hamilton.

"¿Perdón?" preguntó Clara, aunque una parte de su mente ya había comprendido que algo desafortunado estaba por suceder. Ella tenía razón.

Antes de que tuviera tiempo de reflexionar sobre su sospecha, Clara sintió una tela alrededor de su frente, cubriéndose los ojos. Un momento después, otra tela fue empujada en su boca de ella y un vendaje rodó tres veces alrededor de sus labios y la parte posterior de su cabeza. En poco tiempo, sus brazos fueron empujados hacia adelante por sus codos y sus muñecas atadas por una cuerda. Era el señor West quien ataba; ella podía oler el olor a pipa de madera en su ropa. Al mismo tiempo, alguien la sujetó con un cinturón. Las grandes manos se sentían familiares en su cuello.

"Llévala ahora", ordenó el capitán Hamilton a alguien.

Clara se sintió arrodillada y presionada hacia abajo en un pequeño

espacio húmedo que olía a tierra.

"Date prisa, señor West", llamó el capitán Hamilton desde algún lugar detrás de ella. Urgido por el señor West, Clara se arrastró lo mejor que pudo, ciega como estaba, con las palmas de las manos rozando la tierra debajo de ella. Se arrastró lo mejor que pudo, ciega como estaba, con las palmas de las manos rozando la tierra debajo de ellas.

Mi falda, pensó. Porque se había vestido apresuradamente cuando Cliff la había despertado, deslizándose en la primera cosa que tenía a mano. La tela blanca quedaría completamente arruinada. Pero no importa, se regañó a sí misma. Un vestido en ruinas sería el menor de sus problemas, si esta escapada resultara mal.

"¡Date prisa!" llamó el señor West detrás de ella. ¿Y le acaba de abofetear el culo? Ella levantó la cabeza en señal de protesta y luego, pensándolo mejor, bajó la barbilla de inmediato y avanzó a un ritmo más rápido.

Poco después, ella había llegado a la pared de tierra en el otro extremo. Aquí era necesario parar. Mientras lo hacía, ella sintió que muchos brazos se agachaban para agarrarla, tirando de ella hacia arriba. Y de repente ella estaba fuera y respirando, si no era aire fresco, al menos aire que era menos ofensivo para su nariz. Un momento después, ella escuchó el sonido del señor West levantándose y saliendo del agujero.

"Buen trabajo, hombres", él dijo. Por ahora Clara sentía una multitud a su alrededor, olores masculinos de sudor y tabaco, aromas femeninos de cítricos y palisandro. Su venda de ella no fue quitada, ni sus restricciones. Ella no podía hablar pero trató de murmurar, sin embargo, detrás de su mordaza.

"Silenciar ahora", dijo el señor West. "Tengo que vigilarte hasta que llegue el capitán Hamilton. Él será el último en salir".

Clara no tenía más remedio que quedarse esperando, todavía atada a las muñecas, con los ojos vendados y amordazados, y completamente a merced de sus captores. ¡Qué ridícula su suerte! De ser el prisionero de general limpio a ser prisionero del capitán Hamilton. ¿Siempre se exigirá a Clara que se someta a un hombre con autoridad? Si ese era su destino, Clara suponía que prefería ser la subordinada del capitán Hamilton.

A las tres de la mañana, doce de los trece prisioneros habían salido del agujero y se habían reunido en el cobertizo.

"¿Dónde estamos?", preguntó una voz femenina, la dulce voz irlandesa

identificándola como perteneciente a Marie O'Hara.

"Un granero de tabaco", respondió el señor West. "El canal está a dos cuadras al sur. Un barco espera a los que van al oeste al condado de Chesterfield. Eso será Buford privado, señorita Bebé Cannon y señor Gabe Cook. El soldado Buford ha arreglado con su familia allí para esconderte".

"Dios te bendiga señor", le dijo señor Cook a Cliff.

"Un vagón se llevará el resto a Williamsburg, caído a la Unión", continuó el señor West. "El capitán Hamilton y la señorita Adcock caminarán la corta distancia hasta una casa segura. Permanecerán en Richmond".

"¿Casa segura?" murmuró Clara.

"Casa de seguridad", confirmó el señor West. "Habrá un objetivo en la cabeza del capitán Hamilton. Él será el primero que busquen las autoridades. Es demasiado peligroso para él viajar. Pondría en peligro la vida del resto de nosotros".

Clara entendió. Pero ¿por qué se suponía que ella se quedaría con el capitán Hamilton? Ella no se le había dado una opción en el asunto. Era tan típicamente arrogante del capitán Hamilton pensar que ella elegiría quedarse con él en lugar de ir con los demás. ¿Cómo podía él presumir de conocer su mente y su voluntad de ella? De hecho, en este momento, Clara no estaba del todo segura de cumplir con sus deseos. Quizás ella escaparía con Bebé y Cliff para vivir la guerra en el aislamiento de la isla de Farrar.

Los brazos cubiertos de barro del capitán Hamilton aparecieron por el agujero. Arrodillándose para ayudarlo, el señor West sacó al hombre grande del túnel. Quitándose el polvo, el capitán Hamilton se inclinó para cubrir el agujero con un cuadrado de madera cortado para tal fin.

"Estás libre ahora", le dijo a Clara.

Ella sintió que sus restricciones se soltaban y se fueron con la ayuda de muchas manos: primero la venda, luego la mordaza y luego la cuerda. El soldado Cliff Buford abrió la puerta del cobertizo y miró hacia afuera. Con el uniforme de su guardia, sería el menos probable que despertara sospechas si alguien lo viera en la calle.

"El camino está despejado", anunció.

"Que la fortuna te favorezca", le dijo el capitán Hamilton mientras Cliff se alejaba en la oscuridad. No habían pasado más de quince minutos antes de que él regresara. Mientras tanto, la espera había parecido a Clara como horas. Al final, Cliff estaba de nuevo dentro de la choza.

"El barquero espera nuestra llegada al muelle", dijo al grupo.

"Igualmente el conductor del vagón en la calle principal".

"Debemos darnos prisa", anunció el capitán Hamilton.

¿Podría ser esta la despedida final? ¿Clara nunca volvería a ver a sus chicas? Era imposible pensar tales pensamientos. Ella quitó las nociones infelices de su mente.

"¡Oh, Clara!", gritó Bebé, abrazándola como a una niña con su madre.

Clara la abrazó todo el tiempo que se atrevió, dada la urgencia del momento.

"Debemos apurarnos", el capitán Hamilton lo convenció.

"Sí", dijo Clara y se separó de la angustiada niña.

El privado Cliff Buford tomó la mano de la señorita Bebé Cannon y la condujo afuera. Los otros siguieron. Clara observó cómo sus hijas y los hombres de lo que alguna vez había sido el club de caballeros del Capitán Hamilton caminaban enérgicamente a través de un pasillo entre dos edificios de ladrillo. Luego desaparecieron, uno por uno, en la noche negra.

"Apúrate", el capitán Hamilton susurró al oído de Clara.

Fue el momento de la decisión. Clara todavía podría correr para atrapar a los demás. O podría quedarse con este hombre que se había convertido en la persona más importante de su mundo. ¿Pero por qué? ¿Por qué ella debería permitir que el capitán Hamilton sea su señor y maestro? Este hombre, tan imperfecto y humano, este hombre que había cometido errores tan terribles de juicio, este hombre de mal genio, vano, magistral y, sí, muy guapo. ¿Por qué ella debería ir con él? ¿Cuándo la esperanza de la verdadera independencia está al alcance?

"Debemos darnos prisa", repitió el capitán Hamilton con urgencia.

¿Sería su vida de Clara mejor sin el capitán Hamilton? ¿O ya era demasiado tarde para ella elegirsu curso de acción? ¿Había su corazón elegido para ella?

## Capítulo nueve

Clara trató de imaginar su vida sin el capitán Hamilton en ella. El pensamiento era insoportable. Para bien o para mal, ¿no fue ese el voto de boda? ¿En la enfermedad y en la salud, para los más ricos o para los más pobres? No es que Clara alguna vez considerara dando su mano en matrimonio al capitán Hamilton, incluso si él le preguntaba. Ni siquiera si él le rogaba. Ni siquiera si él se lo exigiera. (Bueno, tal vez si él lo exigiera).

De repente, todo estaba claro en su mente. Clara sabía lo que tenía que hacer. Ella seguiría al capitán Hamilton. Para bien o para mal. Sosteniendo su mano firme, Clara se apresuró por las calles empedradas de Fila de Tabaco, de Cary a calle veintidós a Grace, pasando luces de gas que iluminaban el camino de la pareja en una noche sin luna. Ya era casi el amanecer de la mañana del domingo 26 de marzo. Dos señoras se encontraban en la puerta de una casa, a pocos metros de la dirección que el capitán Hamilton había recibido, absorto en una conversación tranquila. Cuando el capitán Hamilton y Clara pasaron, las mujeres dejaron de hablar para observarlas.

"¿Te parecen yanquis?", preguntó una dama a la otra.

El capitán Hamilton y Clara se apresuraron a pasar junto a ellos a un ritmo más rápido, sin esperar a escuchar la respuesta. Unos pocos metros más y habían llegado a su destino de 2301 calle de Gracia. La casa pertenecía a señorita Elizabeth Vanderbilt, más conocida en los círculos sociales de Richmond como Lizzie alegre. Desestimada por ser una heredera de espíritu elevado pero inofensivamente excéntrica, la señorita Vanderbilt era en realidad una decidida cuáquera y una inteligente abolicionista que dirigía el Richmond subterráneo para esclavos desde su mansión en colina de la iglesia.

El golpe en la puerta de entrada del capitán Hamilton fue respondido por una pequeña mujer negra con un vestido de sirvienta cubierto por un largo delantal blanco con un babero. Sus rizos negros estaban metidos dentro de una gorra blanca.

"Buscamos un puerto seguro", dijo el capitán Hamilton, como le habían dicho que dijera.

"Sí señor. Entra, por favor", le dijo la criada.

El salón estaba resplandeciente, decorado en la popular moda del renacimiento gótico con dinero de Vanderbilt.

"Bienvenidos". Escucharon los dos. Se giraron para ver a una

encantadora figura que bajaba por la escalera de caracol. Clara se sorprendió. Ella había vislumbrado a la señorita Vanderbilt desde lejos, en el teatro, en la calle, pero la diferencia en clase y privilegio nunca les había permitido encontrarse. La señorita Vanderbilt era claramente alguien cuya condición social y riqueza le habían permitido a ella cumplir con su inclinación por mantener el ideal femenino. Ella era increíblemente hermosa.

"Señorita Vanderbilt", dijo Clara, bajando los ojos.

La abolicionista tomó su mano entre las suyas.

"Querida", dijo señorita Vanderbilt, "qué valiente eres. Mucho más valiente que yo". Ella apretó la pequeña mano de Clara para darle énfasis antes de dejarla ir.

"Capitán Hamilton ", arrulló la señorita Vanderbilt, volviéndose hacia él. "Nos reunimos de nuevo... en circunstancias menos encantadoras".

¿Que circunstancias? Clara se preguntó.

"Sí", el capitán Hamilton estuvo de acuerdo.

Fue grosero, pero Clara no pudo contener la lengua.

"¿Y cómo se conocen?", preguntó ella.

Cada uno miró a Clara y luego de uno a otro antes de que la señorita Vanderbilt respondiera.

"Capitán Hamilton es uno de mis amigos más queridos en Richmond", ella afirmó. "Siempre lo he tenido en mi más alta estima".

El capitán Hamilton asintió. "Y yo a ti", le dijo a ella.

Clara detectó un ligero rubor en las mejillas del capitán Hamilton, ahora cubierto con las cortas cerdas negras de una barba nueva.

La señorita Vanderbilt sonrió un poco tristemente. "Sígueme, si quieres", dijo ella.

Ella los condujo por la escalera circular hasta el segundo piso donde pasaron dos habitaciones para llegar al extremo oeste de la casa. El trío se detuvo en un lugar donde una cuerda colgaba de un panel en el techo.

"¿Lo harías?", preguntó la señorita Vanderbilt al capitán Hamilton de una manera que Clara encontró un poco demasiada coqueta.

El capitán Hamilton dio un paso adelante para darle un tirón a la cuerda, bajó el panel y desplegó una escalera de madera de escalones poco profundos.

"De esta manera", instruyó la señorita Vanderbilt, subiendo con cuidado al ático.

El ático era un espacio alto, de al menos siete pies de altura, que

permitía a los tres conspiradores caminar fácilmente hacia su extremo más lejano hasta ellos llegar a lo que parecía ser una pared sólida. Al recoger un martillo que yacía en el piso de madera, la señorita Vanderbilt golpeó la pared tres veces. Apareció el contorno de un cuadrado de madera. Ella tocó de nuevo hasta que la plaza cayó hacia adelante, revelando un agujero lo suficientemente grande para entrar.

Siguiendo a la señorita Vanderbilt en el interior, Clara vio que el interior consistía únicamente en un colchón en el piso áspero y una olla de cámara. Una sola ventana que daba al sudoeste hacia la calle Gracia dio la única luz a la pequeña habitación. El ático olía a rancio.

"Esto tendrá que bastar", declaró la señorita Vanderbilt. "Lo más importante es que te mantengamos a salvo. Y oculto, si las autoridades te buscan aquí".

"¿Lo harían?" Preguntó Clara.

"Es poco probable", respondió la señorita Vanderbilt. "Pero no nos atrevemos a arriesgarnos a nada hasta que hayas sido sacado a escondidas de Richmond".

"Esto será suficiente", declaró el capitán Hamilton.

"Los arreglos están en proceso", les aseguró la señorita Vanderbilt. "Hay rumores de que esta guerra pronto terminará. Tengo un espía en la casa blanca Confederada".

"¿Lo haces?" Clara se quedó pasmada.

"Lo hago", respondió la señorita Vanderbilt. "Mi esclava emancipada, María Celeste. Convencí a Varina de emplearla como doméstica".

"¿Varina?" preguntó Clara, incrédula. "Varina Davis? ¿Esposa del presidente Jefferson Davis? "

"Sí", dijo la señorita Vanderbilt, enérgicamente. "He cenado con los Davises en muchas ocasiones".

Un espía en la casa blanca Confederada. Una casa segura en la calle Gracia. Después de quince años en Richmond, Clara pensó que conocía la ciudad. Ahora ella se preguntaba si alguna vez lo había sabido.

\*\*\*

"Silencio", instigó el capitán Hamilton.

Su mano fue a la boca de Clara para mantenerla cerrada. Ella olió su aroma en las puntas de sus dedos. Levantando de donde él yacía sobre ella, su pecho de él brillaba con el sudor. Él todavía estaba dentro de ella, erecto.

Clara se dio cuenta de la razón de la mano: debía haber estado

gimiendo. Él tenía razón, por supuesto. Se requería discreción, incluso para hacer el amor. Un momento después ella sofocó un grito cuando llegaron a sus clímax.

Qué verdaderamente extraña se había vuelto su vida, reflexionó Clara. Ella apenas podía recordar la inocencia que había estado tantos años atrás en Caryville, ni recordar a los seres queridos que había dejado atrás. Ella apoyó la cabeza en el pecho del capitán Hamilton mientras él se dormía. Clara se preguntó distraídamente si su padre todavía estaba vivo. ¿El doctor Adcock había perdonado a su hija por su indiscreción juvenil? ¿O la había repudiado para siempre? Ella nunca lo sabría. Clara nunca se arriesgaría a dejar que su padre la viera como era ahora, la mujer en la que se había convertido. Clara Anne Adcock: señora, prisionera, fugitiva. Qué verdaderamente extraña se había vuelto su vida.

\*\*\*

La mañana del domingo, el dos de abril de 1865, amaneció clara y brillante. Desde la pequeña ventana del ático, Clara observó cómo la señorita Vanderbilt se alejaba de su mansión hacia la calle Gracia. La heredera giró a la izquierda, caminando hacia la casa de los amigos en Cary para el servicio del domingo por la mañana. El día fue el segundo de abril de 1865. Sin el conocimiento de los ciento cincuenta mil residentes que llamaron hogar a Richmond, la historia estaba a punto de suceder, incluso mientras seguían con sus vidas como si este día no fuera diferente a cualquier otro.

La señorita Vanderbilt regresó a su casa antes del mediodía, corriendo hacia el ático donde Clara y el capitán Hamilton permanecieron ocultos. La simpatizante de la Unión, normalmente tranquilo, era de ojos salvajes y alerta.

"Los yanquis están llegando", la señorita Vanderbilt dijo sin aliento. "Los rumores están volando por todas partes. Richmond se está quemando".

"¿Qué?" preguntó Clara. Mirando por la ventana ella vio unas bocanadas de humo oscuro en el cielo azul.

"Están diciendo que el general Lee ha ordenado a los rebeldes que destruyan la ciudad. Todo el tabaco, el algodón, el licor, los suministros de alimentos, todo eso antes de que los Yankees nos alcancen. La fila del tabaco está en llamas. La fábrica de papel también. Con mis propios ojos vi a soldados confederados moverse de taberna a taberna, rompiendo botellas de whisky en la acera. El whisky de Tennessee está chapoteando en las calles de Richmond, rodando por las canaletas y por el desagüe".

"No lo creo", dijo Clara, rotundamente.

"Créelo", replicó la señorita Vanderbilt. "Con mis propios ojos, vi empleados que quemaban documentos frente al capitolio. ¡Las siete colinas están en llamas!

"Dios mío", exclamó Clara. El capitán Hamilton permaneció en silencio, con su frente fruncida.

"Pero lo peor de todo es que los habitantes de Richmond están amotinados", continuó la señorita Vanderbilt. "Cuando los rebeldes abrieron los comisarios, revelaron el contenido dentro. Como saben, hace dos años se les dijo a los ciudadanos de Richmond que había escasez y que debían arreglárselas con casi nada para comer, solo un poco de pan de maíz, frijoles y agua con sabor a azúcar morena. Usted, capitán Hamilton, sabe que había reservas para aquellos con la influencia o la riqueza para comprarlas".

"Lo sé, sí", acordó el capitán Hamilton, recordando la buena comida que ofreció a los hombres de su club de caballeros.

"Parece que al comienzo de la guerra, los especuladores arrinconaron el mercado de carnes ahumadas y harina, azúcar y café", explicó la señorita Vanderbilt. "La gente pasaba hambre mientras los especuladores esperaban a que terminara la lucha, cuando obtendrían su recompensa".

"Los sinvergüenzas," siseó Clara. "¿Eran yanquis?"

"No", respondió la señorita Vanderbilt. "Eran virginianos, haciéndolos aún más despreciables".

Clara se quedó muda. Verdaderamente, el sur que ella había conocido había desaparecido, reemplazado por el infierno de codicia, lujuria y fuego de este infierno.

"Es tiempo de irse", instó la señorita Vanderbilt. "Las tropas estarán aquí pronto. Van de puerta en puerta, obligando a todos a evacuar".

"Sí, debemos irnos", acordó el capitán Hamilton.

"Yo no", declaró la señorita Vanderbilt. "Voy a esperar a mis unionistas. Todavía tengo trabajo que hacer por ellos".

"Pero..." , el capitán Hamilton comenzó en protesta.

"¡No!" gritó la señorita Vanderbilt. "Tienes que ir. ¡Ve ahora!"

Ellos fueron.

En la calle, Clara se cubrió los labios con un pañuelo para evitar que las cenizas se deslizaran hacia su boca. El viento se había levantado, girando brasas brillantes en el aire caliente y arrojando cenizas como copos de nieve negros. En todas partes había caos, residentes desesperados a pie o a caballo o en carritos de caballos corriendo hacia el Puente de Mayo para escapar de

la ciudad en llamas. Los dos refugiados se convirtieron en parte de la ola de humanidad desesperada que huía de la capital de la Confederación, abandonando la esperanza, corriendo por sus vidas.

Justo antes de llegar al puente, Clara y el capitán Hamilton escucharon una explosión que sacudió la tierra. Volviéndose, Clara vio una densa columna de humo negro que se elevaba desde el muelle.

"Eso es la herrería de Tredegar ", observó el capitán Hamilton. "Dios mío, está en llamas".

Incluso desde el puente, Clara podía sentir el calor del incendio. Un momento después, escucharon otro estallido ensordecedor cuando el arsenal estatal explotó como si hubiera sido golpeado por una bomba, rompiendo ventanas, arrancando puertas de sus goznes y volcando lápidas en el cementerio de la colina de Shockoe. Un jadeo colectivo surgió de la multitud en el puente, mirando con horror e incredulidad a la tormenta de fuego que había sido su ciudad.

"Es el apocalipsis", declaró el capitán Hamilton.

Eso parecía.

El fuego barrió la ciudad sobre el viento, saltando de bloque en bloque, de colina en colina, de edificio en edificio, hasta que no quedó más que una lluvia de finas cenizas y un paisaje de madera ardiente y una pila de ladrillos. Al final del día, la casa de la señorita Vanderbilt se perdió en el infierno junto con El paraíso de Eva. La prisión del Castillo del Trueno, la casa blanca Confederada, el hotel cambio, todos se habían ido.

Clara parpadeó ante la imagen de la ciudad que había amado. Era imposible creerle a sus ojos. Y sin embargo era verdad. Richmond, Virginia estaba en ruinas.

Seis días después, el general Robert E. Lee entregó sus veintiocho mil tropas Confederadas al general de la Unión Ulysses S. Grant en Appomattox. La guerra había terminado.

\*\*\*

Una nueva era estaba sobre ellos. Todo estaba cambiando tan rápidamente que a Clara le resultaba difícil saber qué pensar sobre algo. Los Estados Unidos serían ahora un lugar diferente de lo que había sido solo unos meses antes. Ella y el capitán Hamilton habían llegado al final del Puente de Mayo, al sur de Richmond.

"¿A dónde iremos?", ella le preguntó. El capitán Hamilton estaba a punto de responder cuando fueron interrumpidos por una fuerte voz masculina.

"¡Señorita Adcock!" gritó la voz.

Clara se volvió para ver el rostro familiar de un caballero sentado en un carro tirado por dos caballos negros de ojos salvajes.

"Señor Mansfield", llamó Clara en reconocimiento.

El cochecito de caballos se acercó y se detuvo. El capitán Hamilton miró al conductor con recelo.

"Ha pasado mucho tiempo", dijo señor Mansfield.

"Sí, lo ha hecho", respondió Clara.

"Lo siento, nos reunimos en estas circunstancias", él dijo.

"Sí, es trágico", respondió Clara. "Es bastante increíble lo que le ha pasado a nuestra ciudad".

"Lo es", el señor Mansfield estuvo de acuerdo y luego le preguntó, "¿Puedo ofrecerle un paseo?"

Clara le dio al capitán Hamilton una breve mirada, buscando.

"Oh, mi amor", dijo ella, dándose cuenta de su error. "Capitán Hamilton, este es el señor Ricardo Mansfield, Don, un querido amigo y mi abogado. Señor Mansfield, ¿puedo presentarte al capitán Hamilton?"

"¿Cómo está usted, señor?", dijo el capitán Hamilton un poco rígido.

"Bastante bien, considerando todas las cosas", respondió señor Mansfield. "Bien, ¿Clara? ¿Capitán Hamilton? "

El capitán Hamilton se volvió hacia Clara.

"Ahora eres una mujer libre, Clara. No eres un prisionero de hombres. Eres libre de hacer lo que quieras. Puedes seguir sin mí, si ese es tu deseo".

Clara vaciló.

"Necesito escucharlo decirlo, capitán Hamilton".

Su boca se abrió y luego se cerró como si las palabras estuvieran atrapadas en su garganta.

"Yo..." él comenzó.

"¿Sí?"

"Yo..."

"¿Sí señor?"

"Yo... maldita sea. Te amo", él dijo.

Clara sonrió.

"Y te amo", declaró ella, de manera práctica. "Pero eso no es lo que quise decir. Necesito escucharte decir que lo sientes. Necesito escucharte pedir mi perdón. Casi me matas, señor".

"Oh, eso", murmuró el capitán Hamilton.

"¡Si, eso!"

No le tomó más de un segundo corregir su error.

"Realmente lo siento, mi señora amor, por el mal que te he hecho. Por todos los males. Te pido perdón", él dijo.

"Hmph", respondió Clara. Ella lo hizo esperar hasta que su expresión de dolor la hizo reír.

"¿Y entonces?" preguntó él, tenso.

"Te perdono", dijo ella.

Ahora se echó a reír de alivio cuando Clara se volvió hacia el señor Mansfield. "Estaremos encantados de aceptar su gentil oferta", ella le dijo a Mansfield.

"Excelente", dijo señor Mansfield.

El capitán Hamilton le ofreció la mano para ayudarla a subir dentro la parte trasera del cochecito. No era un lugar para una dama, pero tendría que ser suficiente. El capitán Hamilton se levantó y se deslizó a su lado a ella. En su prisa por abandonar la ciudad en llamas, habían dejado atrás sus pocas pertenencias restantes. No tenían nada ahora excepto el uno al otro.

"¿A dónde vas?", preguntó el capitán Hamilton. El señor Mansfield sacudió las riendas, facilitando a los caballos una marcha lenta. "San Francisco", llamó por encima de su hombro.

"¿San Francisco?" repitió el capitán Hamilton.

"Sí, a través de Nueva York. Hay un barco llamado la Ciudad Dorada que navega hacia California. Planeo estar en el barco cuando se va de puerto otra vez".

"Ya veo", comentó el capitán Hamilton. "Estuve en San Francisco una vez como joven marinero. Es una hermosa ciudad".

"Tengo una hermana allí", agregó Clara. "Al menos yo hice. No sé si ella todavía está en la ciudad".

"¡Deberías venir!", les gritó el señor Mansfield a ambos. "Tomaremos la gran camino de vagones a Filadelfia, luego hay un tren a la ciudad de Nueva York. Desde Nueva York cogeremos la Ciudad Dorada a Panamá. Luego cruzaremos la jungla a pie y en bote por el río hasta llegar a la costa y la ciudad de Panamá. De allí es otro barco a California".

"Toda una aventura", comentó el capitán Hamilton.

"De hecho", respondió el señor Mansfield. "Tengo amigos que habían hecho el viaje. Algunos de ellos son extremadamente ricos ahora con oro de California".

Los caballos se acomodaron en un trote cómodo. Clara miró a su compañera, el hombre en el que ahora confiaba con su vida. La oscuridad a su luz, la luna a su sol, el yang a su yin. Para bien o para mal. Ay, por favor, que no sea para peor, pensó Clara.

"¿Qué piensas?" preguntó ella, ya sabiendo la respuesta. Por supuesto que él iría, y por supuesto ella lo seguiría.

"San Francisco..." él consideró.

"California", Clara completó el pensamiento.

"Sí, creo que tendremos una aventura, querida", dijo el capitán Hamilton.

El cochecito de caballos los mecía suavemente de lado a lado al encontrar el camino hacia el norte.

---

---

\*\*\*

Gracias por leer El club de los caballeros: un romance de la guerra civil de Clara Adcock. Espero que lo hayan disfrutado.

Soy un hablante nativo de inglés, educado en los Estados Unidos en español como segundo idioma. Esta traducción es mía. Espero haberlo hecho bien. Si ves formas en que puedo mejorar, no dudes en avisarme.

Me pueden encontrar en @PriscillaSteamy en Twitter o Priscilla Stuart en Goodreads o Priscilla Stuart en Amazon.

¡Gracias!